

HISTORIA DE LA
ESTUPIDEZ HUMANA

PAUL TABORI

Libros Tauro

INTRODUCCIÓN

Algunos nacen estúpidos, otros alcanzan el estado de estupidez, y hay individuos a quienes la estupidez se les adhiere. Pero la mayoría son estúpidos no por influencia de sus antepasados o de sus contemporáneos. Es el resultado de un duro esfuerzo personal. Hacen el papel del tonto. En realidad, algunos sobresalen y hacen el tonto cabal y perfecto. Naturalmente, son los últimos en saberlo, y uno se resiste a ponerlos sobre aviso, pues la ignorancia de la estupidez equivale a la bienaventuranza.

La estupidez, que reviste formas tan variadas como el orgullo, la vanidad, la credulidad, el temor y el prejuicio, es blanco fundamental del escritor satírico, como Paul Tabori nos lo recuerda, agregando que “ha sobrevivido a millones de impactos directos, sin que éstos la hayan perjudicado en lo más

mínimo”. Pero ha olvidado mencionar, quizás porque es demasiado evidente, que si la estupidez desapareciera, el escritor satírico carecería de tema.

Pues, como en cierta ocasión lo señaló Christopher Morley, “en un mundo perfecto nadie reiría”. Es decir, no habría de que reírse, nada que fuera ridículo. Pero, ¿podría calificarse de perfecto a un mundo del que la risa estuviera ausente? Quizás la estupidez es necesaria para dar no sólo empleo al autor satírico sino también entretenimiento a dos núcleos minoritarios: 1) los que de veras son discretos, y 2) los que poseen inteligencia suficiente para comprender que son estúpidos.

Y cuando empezamos a creer que una ligera dosis de estupidez no es cosa tan temible, Tabori nos previene que, en el trascurso de la historia humana, la estupidez ha aparecido siempre en dosis abundantes y mortales. Una ligera proporción de estupidez es tan improbable como un ligero embarazo. Más aún, las consecuencias de la estupidez no sólo son cómicas sino también trágicas. Son reideras, pero ahí concluye su utilidad. En realidad, sus consecuencias negativas a todos influyen, y no sólo a quienes la padecen. El mismo factor que antaño ha determinado persecuciones y guerras, puede ser la

causa de la catástrofe definitiva en el futuro.

Pero encaremos el problema con optimismo. Acabando con la raza humana, la estupidez acabaría también con la propia estupidez. Y ése es un resultado que la sabiduría nunca supo alcanzar.

En su inquieto (y fecundo) libro, Paul Tabori describe los aspectos divertidos y las horribles consecuencias de la estupidez. El lector ríe y llora (ante el espectáculo humano) y sobre todo reflexiona. A menos, naturalmente, que el lector sea estúpido.

Pero no es probable que la persona estúpida se sienta atraída por un libro como éste. Una de las concomitantes de la estupidez es la pereza, y en nuestro tiempo hay cosas más fáciles que leer un libro (especialmente un libro sin ilustraciones y que no ha sido condensado). Tampoco trae un cadáver en la cubierta, ni una joven bella y apasionada.

Sin embargo, el lector que supere esta introducción y el breve primer capítulo hallará después abundante derramamiento de sangre y erotismo, y también ingenio, rarezas, fantasmas y exotismo. Quizás no existe argumento, porque esta obra no es de ficción, pero hay algunos episodios auténticos (o por lo menos bastante probados), cualquiera de los cuales podría servir de base a un cuento... o a una

pesadilla.

Tabori muy bien podría haber llamado a su libro: *La anatomía de la estupidez*, pues ha encarado el tema con el mismo bagaje de erudición y de entusiasmo que Robert Burton aplicó en *La Anatomía de la Melancolía*. Aquí, lo mismo que en el tratado del siglo XVII, hallamos una sorprendente colección de conocimientos raros, cuidadosamente organizados y bien presentados. Aparentemente, Tabori leyó todo lo que existe sobre el tema, de Erasmo a Shaw y de Oscar Wilde a Oscar Hammerstein.

El autor revela el tipo de curiosidad intelectual que no se atiene a las fronteras establecidas por la cátedra universitaria o por las especialidades científicas, y que es tan difícil hallar en nuestros días. A semejanza del estudioso europeo de la generación anterior, o del hombre culto del Renacimiento, pasa fácilmente de la historia a la literatura, y de ésta a la ciencia, citando raros volúmenes de autores franceses, alemanes, latinos, italianos y húngaros. Sin embargo, su prosa nunca es pesada ni pedante. En lugar de exhibir un arsenal de notas eruditas, oculta las huellas de su trabajo, del mismo modo que el carpintero elimina el aserrín dejado por la sierra.

Aunque Tabori dice modestamente de su libro

que es mero “muestrario”, se trata de un muestrario profundamente significativo. Si, como dice el autor, ésta no es la historia completa de la estupidez, sólo nos resta sentirnos impresionados (y deprimidos) ante la vastedad del tema. Sería lamentable llegar a la conclusión de que es posible escribir sobre la estupidez del hombre un libro más voluminoso que sobre su sabiduría.

La fascinación que ejerce la obra de Tabori proviene precisamente de la variedad de los temas abordados. Obras antiguas, medievales y modernas le han suministrado toda suerte de hechos increíbles y de leyendas creíbles sobre este “astro siniestro que difunde la muerte en lugar de la vida”. El autor cita sorprendentes ejemplos de estupidez relacionados con la codicia humana, el amor a los títulos y a las ceremonias, las complicaciones del burocratismo, las complicaciones no menos ridículas del aparato y de la jerga jurídica, la fe humana en los mitos y la incredulidad ante los hechos, el fanatismo religioso, sus absurdos y manías sexuales, y la tragicómica búsqueda de la eterna juventud.

Sí, éste es el lamentable archivo de la humana estupidez, desde los vanos ritos de Luis XIV hasta la autocastración de la secta religiosa de los skoptsi;

desde el miembro de la Academia Francesa de Ciencias que obstinadamente insistió en que el invento de Édison, el fonógrafo, era burdo truco de ventríloquo, a la técnica de Hermippus, que aseguraba la prolongación de la vida mediante la inhalación del aliento de las jóvenes doncellas, desde la fe en la vid que producía sólidas uvas de oro, al bibliófilo italiano que consagró veinticinco años a la creación de una biblioteca de los libros más aburridos del mundo. ¡Cuán estúpidos somos los mortales!

En general, Paul Tabori se contenta con relatar la historia de la estupidez, acumulando ejemplos y más ejemplos. En su condición de estudioso objetivo, no deduce moralejas ni extrae lecciones. Sin embargo, como hombre sensible que es, experimenta dolor y desaliento. “La estupidez”, nos dice con tristeza, “es el arma más destructiva del hombre, su más devastadora epidemia, su lujo más costoso”.

¿Sugiere Tabori una cura efectiva de la estupidez? ¿Anticipa el pronto fin de esta peste? Tiene algunas ideas, relacionadas con la salud de la psiquis, y alienta ciertas esperanzas. Pero conoce demasiado bien a la raza humana, de modo que no puede prometer mucho. Habida cuenta de la experiencia de

siglos, abrigar mayores esperanzas sería también dar pruebas de estupidez.

I

**LA CIENCIA NATURAL DE LA
ESTUPIDEZ**

Este libro trata de la estupidez, la tontería; la imbecilidad, la incapacidad, la torpeza, la vacuidad, la estrechez de miras, la fatuidad, la idiotez, la locura, el desvarío. Estudia a los estúpidos, los necios, los seres de inteligencia menguada, los de pocas luces, los débiles mentales, los tontos, los bobos, los superficiales; los mentecatos, los novatos y los que chochean; los simples, los desequilibrados, los chiflados, los irresponsables, los embrutecidos. En él nos proponemos presentar una galería de payasos, simplotes, badulaques, papanatas, peleles, zotes, bodoques, pazguatos, zopencos, estólidos, majaderos y energúmenos de ayer y de hoy. Describiré y

analizará hechos irracionales, insensatos, absurdos, tontos, mal concebidos, imbéciles... y por ahí adelante. ¿Hay algo más característico de nuestra humanidad que el hecho de que el *Thesaurus* de Roget consagre seis columnas a los sinónimos, verbos, nombres y adjetivos de la “estupidez”, mientras la palabra “sensatez” apenas ocupa una? La locura es fácil blanco, y por su misma naturaleza la estupidez se ha prestado siempre a la sátira y la crítica. Sin embargo (y también por su propia naturaleza) ha sobrevivido a millones de impactos directos, sin que éstos la hayan perjudicado en lo más mínimo. Sobrevive, triunfante y gloriosa. Como dice Schiller, aun los dioses luchan en vano contra ella.

Pero podemos reunir toda clase de datos de carácter semántico sobre la estupidez, y a pesar de ello hallarnos muy lejos de aclarar o definir su significado. Si consultamos a los psiquiatras y a los psicoanalistas, comprobamos que se muestran muy reticentes. En el texto psiquiátrico común hallaremos amplias referencias a los complejos, desequilibrios, emociones y temores; a la histeria, la psiconeurosis, la paranoia y la obsesión; y los desórdenes psicósomáticos, las perversiones sexuales, los traumas y las fobias son objeto de cuidadosa aten-

ción. Pero la palabra “estupidez” rara vez es utilizada; y aún se evitan sus sinónimos.

¿Cuál es la razón de este hecho? Quizás, que la estupidez también implica simplicidad... y bien puede afirmarse que el psicoanálisis se siente desconcertado y derrotado por lo simple, al paso que prospera en el reino de lo complejo y de lo complicado.

He hallado una excepción (puede haber otras): el doctor Alexander Feldmann, uno de los más eminentes discípulos de Freud. Este autor ha contemplado sin temor el rostro de la estupidez, aunque no le ha consagrado mucho tiempo ni espacio en sus obras. “Contrástase siempre la estupidez”, dice, “con la sabiduría. El sabio (para usar una definición simplificada) es el que conoce las causas de las cosas. El estúpido las ignora. Algunos psicólogos creen todavía que la estupidez puede ser congénita. Este error bastante torpe proviene de confundir al instrumento con la persona que lo utiliza. Se atribuye la estupidez a defecto del cerebro; es, afirmase, cierto misterioso proceso físico que coarta la sensatez del poseedor de ese cerebro, que le impide reconocer las causas, las conexiones lógicas que existen detrás de los hechos y de los objetos, y entre

ellos”.

Bastará un ligero examen para comprender que no es así. No es la boca del hombre la que come; es el hombre que come con su boca. No camina la pierna; el hombre usa la pierna para moverse. El cerebro no piensa; se piensa con el cerebro. Si el individuo padece una falla congénita del cerebro, si el instrumento del pensamiento es defectuoso, es natural que el propio individuo no merezca el calificativo de discreto... pero en ese caso no lo llamaremos estúpido. Sería mucho más exacto afirmar que estamos ante un idiota o un loco.

¿Qué es, entonces, un estúpido? “El ser humano”, dice el doctor Feldmann, “a quien la naturaleza ha suministrado órganos sanos, y cuyo instrumento raciocinante carece de defectos, a pesar de lo cual no sabe usarlo correctamente. El defecto reside, por lo tanto, no en el instrumento, sino en su usuario, el ser humano, el ego humano que utiliza y dirige el instrumento.”

Supongamos que hemos perdido ambas piernas. Naturalmente, no podremos caminar; de todos modos, la capacidad de caminar aún se encuentra oculta en nosotros. Del mismo modo, si un hombre nace con cierto defecto cerebral, ello no lo con-

vierte necesariamente en idiota; su obligada idiotez proviene de la imperfección de su mente. Esto nada tiene que ver con la estupidez; pues un hombre cuyo cerebro sea perfecto puede, a pesar de todo, ser estúpido; el discreto puede convertirse en estúpido y el estúpido en discreto. Lo cual, naturalmente, sería imposible si la estupidez obedeciera a defectos orgánicos, pues estas fallas generalmente revisten carácter permanente y no pueden ser curadas.

Desde este punto de vista, la famosa frase de Oscar Wilde conserva su validez: “No hay más pecado que el de estupidez”. Pues la estupidez es, en considerable proporción, el pecado de omisión, la perezosa y a menudo voluntaria negativa a utilizar lo que la Naturaleza nos ha dado, o la tendencia a utilizarlo erróneamente.

Debemos subrayar, aunque parezca una perogrullada, que conocimiento y sabiduría no son conceptos idénticos, ni necesariamente coexistentes. Hay hombres estúpidos que poseen amplios conocimientos; el que conoce las fechas de todas las batallas, o los datos estadísticos de las importaciones y de las exportaciones puede, a pesar de todo, ser un imbécil. Hay hombres discretos cuyos conocimientos son muy limitados. En realidad, la extraordinaria

abundancia de conocimientos a menudo disimula la estupidez, mientras que la sabiduría de un individuo puede ser evidente a pesar de su ignorancia... sobre todo si la posición que ocupa en la vida no nos permite exigirle conocimientos ni educación.

Lo mismo nos ocurre con los animales, los niños y los pueblos primitivos. Admiramos la sagacidad “natural” de los animales, la vivacidad “natural” del niño o del hombre primitivo. Hablamos de la “sabiduría” de las aves migratorias, capaces de hallar un clima más cálido cuando llega el invierno; o del niño, que sabe instintivamente cuánta leche puede absorber su cuerpo; o del salvaje que, en su medio natural, sabe adaptarse a las exigencias de la Naturaleza.

“Si nuestra pierna o nuestro brazo nos ofende” exclama con elocuencia Burton en *La anatomía de la melancolía*, “nos esforzamos, echando mano de todos los recursos posibles, por corregirla; y si se trata de una enfermedad del cuerpo, mandamos llamar a un médico; pero no prestamos atención a las enfermedades del espíritu: por una parte nos acecha la lujuria, y por otra lo hacen la envidia, la cólera y la ambición. Como otros tantos caballos desbocados nos desgarran las pasiones, que son algunas fruto de

nuestra disposición, y otras del hábito; y una es la melancolía, y otra la locura; ¿y quién busca ayuda, y reconoce su propio error, o sabe que está enfermo? Como aquel estúpido individuo que apagó la vela para que las pulgas que lo torturaban no pudiesen hallarlo...”

Burton señala aquí una de las principales características de la estupidez: apagar la vela- ahogar la luz- confundir la causa y el efecto. Las pulgas que nos pican prosperan en la oscuridad; pero nuestra estupidez supone que si no podemos verlas, ellas tampoco nos verán... del mismo modo que el hombre estúpido vive siempre en la inconciencia de su propia estupidez. El hombre realmente discreto lo es sin pensar. Su mente no es la fuente de su propia sabiduría, sino más bien el recipiente y el órgano de expresión. El ego que piensa correctamente no tiene otra tarea que la de tomar nota de los deseos instintivos. A lo sumo, decide si es conveniente o no seguir estos impulsos en las circunstancias dadas. Esta “crítica” no constituye una cualidad independiente del ego pensante, sino desarrollo final de un proceso instintivo. Cuando cobra caracteres conscientes o superconscientes, fracasa. Como previene Hazlitt: “La afectación del raciocinio ha provocado más lo-

curas y determinado más perjuicios que ningún otro factor”. En los niños y en los pueblos primitivos se observa que el pensamiento está consagrado casi exclusivamente a la autoexpresión y no a la creación. Pues toda actividad creadora es siempre resultado del instinto, por mucho que nos esforcemos por infundirle carácter consciente.

Existen individuos en quienes el instinto y el pensamiento están totalmente fusionados; en tal caso nos hallamos frente a un genio, un ser humano capaz de expresar cabalmente sus cualidades humanas. Pero esto es posible únicamente cuando el hombre no utiliza el pensamiento para disimular sus propios instintos, sino más bien para darles más perfecta expresión. Todos los grandes descubrimientos son fruto de la perfecta cooperación entre el instinto y la razón. Dice el doctor Feldmann:

“En la práctica médica a menudo observamos que los medios de expresión- el proceso de pensamiento- parece desplazar completamente los instintos, monopolizando o usurpando el lugar de éstos. El pensamiento es esencialmente una inhibición, y si domina la vida espiritual del individuo, puede determinar la parálisis total de las emociones. En este caso nos hallamos ya ante una condición

patológica, relacionada con el sentimiento de la anormalidad y de la enfermedad, capaz de provocar sufrimientos y de obligar al hombre a negar una de las más importantes manifestaciones de la vida humana: sus emociones. Por lo tanto, es posible alcanzar la sabiduría por dos caminos: absteniéndose totalmente de pensar, y confiando exclusivamente en los instintos, o pensando, pero sólo para expresar el propio yo. En su condición de seres emocionales, todos los hombres son iguales, del mismo modo que sólo existen pequeñas diferencias anatómicas entre todos los miembros de la raza humana. Por consiguiente, el hombre estúpido es tal porque no quiere o no se atreve a expresar su propio yo; o porque su aparato pensante se ha paralizado, de modo que no es apto para la autoexpresión, de modo que el individuo no puede ver u oír las directivas impartidas por sus propios instintos”.

Toda actividad humana es autoexpresión. Nadie puede dar lo que no lleva en sí mismo. Cuando hablamos, o escribimos, o caminamos, o comemos, o amamos, estamos expresándonos. Y este yo que expresamos no es otra cosa que la vida instintiva, con sus dos fecundas válvulas de escape: el instinto de poder y el instinto sexual.

Los animales, los niños, los hombres primitivos se esfuerzan por expresar su voluntad y sus deseos sólo con el fin de satisfacer o de realizar su propia voluntad. El obstáculo fundamental y permanente que se opone a la realización de los deseos humanos, a la expresión de la voluntad humana, es la Naturaleza misma; pero en el transcurso del tiempo se ha desarrollado cierta instintiva cooperación entre la Naturaleza y el hombre, de modo que al fin ambos factores son casi idénticos, o, por lo menos, uno de ellos se ha subordinado completamente al otro.

La vida social del hombre y la vida cultural de la humanidad se han desarrollado de un modo extraño. La expresión de la voluntad y del deseo ha tropezado con dificultades cada vez mayores. De ellas, la primera y principal reviste carácter esencialmente ético. Pero expresar el deseo y la voluntad ha sido siempre necesidad fundamental y general del hombre, independientemente de las normas éticas a las que debió someterse. Digamos de pasada que dichas normas constituyen el fundamento de toda nuestra cultura. Pero, en esencia, todas las realizaciones culturales de la humanidad son expresiones de la voluntad humana; es decir, realizaciones de deseos

humanos.

Y ésta es la razón, afirman algunos psicólogos, de que puedan existir seres estúpidos; es decir, de que sea posible la contradicción entre el Homo sapiens y la estupidez. Si el esfuerzo por satisfacer los propios deseos o por expresar la propia voluntad tropieza con resistencias excesivas, dicha resistencia cobra carácter general, e incluye al instrumento fundamental de expresión: el pensamiento.

Quizás esto parezca demasiado retorcido y complejo, pero un ejemplo sencillo servirá de aplicación. Consideremos la estupidez aguda y temporaria que es fruto de la vergüenza. El sentimiento de vergüenza es más intenso y más frecuente durante la pubertad. Arraiga en la sexualidad, y responde al hecho de que la madurez sexual resulta cada vez más evidente. El ego, educado para negar u ocultar esta situación, siente que, sea cual fuere la actitud que adopte (hablar, caminar, etc.) siempre está expresando lo que, precisamente, se le ha enseñado a ocultar. De este modo se crea una situación en virtud de la cual el adolescente no puede expresarse. Es decir, el sujeto no quiere hacerlo. Hay un violento choque entre el deseo y la realización, entre la voluntad y las fuerzas deformadoras. En la mayoría

de los casos triunfa la represión. La derrota del deseo y de la voluntad aparece como expresión de “estupidez”. Las risitas de las muchachas; el paso vacilante y torpe de los adolescentes; las extrañas contradicciones de la conducta de aquellas y de éstos, son consecuencia de este conflicto.

Durante el desarrollo del ser humano, el constante esfuerzo por obtener poder, la vergüenza subconsciente ante su propio egocentrismo, y la estupidez aguda y temporaria que esta vergüenza provoca, surgen con caracteres cada vez más destacados. Sea cual fuere el centro de la actividad individual, el hombre aspira a destacarse del resto (ya se trate de jugar a los naipes o de amasar una fortuna). Al mismo tiempo, teme que su intención sea evidente... o demasiado evidente. Procura ocultarla, pero le inquieta la posibilidad de que sus esfuerzos por disimularla fracasen, o de que se frustre su propia ambición. Por eso en muchos casos se abstiene de actuar (estupidez pasiva) o actúa erróneamente (estupidez activa).

Si este sentimiento de vergüenza se torna crónico, también la estupidez se convierte en condición crónica. Con el tiempo, el hombre olvida que su estupidez no es más que un desarrollo secundario;

siente como si su condición fuera la de un “estúpido nato”. A medida que la estupidez lo envuelve, y que se resigna a ella, le es cada vez más difícil adquirir conocimientos, y la ignorancia se suma a la estupidez, de modo que un par de anteojeras se agrega al otro.

Por consiguiente, la estupidez es esencialmente miedo, nos dice el doctor Feldmann. Es el temor a la crítica; el temor a otras personas, o al propio yo.

Por supuesto, la estupidez tiene diferentes formas y manifestaciones. Algunas personas son estúpidas sólo en su círculo familiar inmediato, o con ciertas relaciones, o en público. Algunos son estúpidos sólo cuando necesitan hablar; otros, cuando se ven obligados a escribir. Todas estas “estupideces limitadas” pueden combinarse. Ocurre a menudo que los niños se muestran brillantes e inteligentes en el hogar, pero no en la escuela; en otros casos, obtienen buenos resultados en la escuela pero en el hogar revelan escasa capacidad. Ciertas personas demuestran estupidez en las relaciones con el sexo opuesto... padecen una forma de impotencia mental. Hay hombres que preparan cuidadosamente el principio de la conversación, y luego no saben qué decir. Se retraen y renuncian a la tentativa, para evitar

la derrota. El mismo fenómeno se observa en muchas mujeres, aunque ellas pueden refugiarse, en la convención, todavía vigente, según la cual al hombre toca llevar el peso principal de la conversación.

La estupidez y el temor, ¿son sinónimos absolutos? Charles Richet, el eminente psicólogo e investigador de ciencias ocultas, encaró derechamente el problema... ¡y luego resolvió esquivarlo! Su definición es de carácter negativo: “Estúpido no es el hombre que no comprende algo, sino el que lo comprende bastante bien, y sin embargo procede como si no entendiera.” Yo diría que esta frase incluye demasiados elementos negativos. El doctor L. Loewenfeld, cuya obra *Über die Dummheit* (Sobre la estupidez), de casi 400 páginas, alcanzó dos ediciones entre 1909 y 1921, enfoca el problema de la estupidez desde el punto de vista médico; pero este autor se interesa más por la clasificación que por la definición.

Agrupada del siguiente modo las formas de expresión a través de las cuales se manifiesta la estupidez:

“Estupidez general y parcial. La inteligencia defectuosa de los hombres de talento. La percepción inmadura. La escasa capacidad de juicio. La desatención, las asociaciones torpes, la mala memoria.

La torpeza, la simplicidad. La megalomanía, la vanidad. La temeridad, la sugestionabilidad. El egotismo. La estupidez y la edad; la estupidez y el sexo; la estupidez y la raza; la estupidez y la profesión; la estupidez y el medio. La estupidez en la vida económica y social; en el arte y la literatura; en la ciencia y la política.”

La famosa obra del profesor W. B. Pitkin, *A Short Introduction to the History of Human Stupidity*, fue publicada en 1932, el mismo año en que publicó su libro, aún más famoso, *Life Begins at Forty!*. La “breve introducción” ocupa 574 páginas, lo cual demuestra tanto el respeto del profesor Pitkin por su tema como su propia convicción de que el asunto es prácticamente inagotable. Pero también él evita ofrecer una definición histórica o psicológica.

El propio Richet, en su breve *L'homme stupide*, no encara definiciones ni clasificaciones. Describe, entre otras, las estupideces del alcohol, del opio y de la nicotina; la necedad de la riqueza y de la pobreza, de la esclavitud y del feudalismo. Aborda los problemas de la guerra, de la moda, de la semántica y de la superstición; examina brevemente la crueldad hacia los animales, la destrucción bárbara de obras de arte, el martirio de los precursores, los sistemas de

tarifas protectoras, la explotación miope del suelo, y muchos otros temas. Richet no atribuyó a su libro carácter de estudio científico; se satisfizo con presentar algunos ingeniosos y variados pensamientos y ejemplos. Algunos de sus capítulos poco tienen que ver con la estupidez, y para establecer cierta tenue relación entre el tema y el desarrollo se ve obligado a ampliar desmesuradamente el sentido de la expresión.

Max Kemmerich consagró toda su vida a reunir hechos extraños y desusados de la historia de la cultura y de la civilización. Sus obras, entre las que se cuentan *Kultur-Kuriosa*, *Modern-Kultur-Kuriosa*, y la extensa *Aus der Geschichte der menschlichen Dummheit* (primera edición, Munich, 1912), son esencialmente apasionados ataques contra las iglesias, contra todas las religiones establecidas y contra los dogmas religiosos. Kemmerich era librepensador, pero de un tipo especial, pues carecía del atributo más esencial del librepensador: la tolerancia. La tremenda masa de chismes históricos, rarezas y material iconoclasta que reunió incluyen apenas unas pocas contribuciones pertinentes a la historia de la humana estupidez.

Un húngaro, el doctor István Ráth-Végh, consagró casi diez años a reunir materiales y a escribir sus

tres libros sobre la estupidez humana. Los tres volúmenes se denominan *La historia cultural de la estupidez*, *Nuevas estupideces de la historia cultural de la humanidad*, y (título un tanto optimista) *El fin de la estupidez humana*. El doctor Ráth-Végh, juez retirado, que durante la mitad de su vida había observado las locuras y los vicios humanos con ojo frío y jurídico, estaba ampliamente equipado para la tarea: era lingüista, experto historiador y hombre de profundas simpatías liberales. Pero también tenía limitaciones, confesadas francamente por él. Puesto que escribía en la Hungría semifascista, debía limitarse al pasado y evitar cualquier referencia a la política. No intentó analizar ni realizar un estudio global; su objetivo fue entretener e instruir al lector dividiendo a las locuras humanas en distintos grupos. Las 800 páginas de sus tres volúmenes representan quizás la más rica fuente de materiales originales sobre la estupidez humana.

Remontándonos en la historia, hallamos otros exploradores de esta selva lujuriosa y prácticamente infinita. En 1785, Johann Christian Adelung (autor prolífico, lingüista, y bibliotecario jefe de la Biblioteca Real de Dresde) publicó en forma anónima su *Geschichte der menschlichen Narrheit*. Esta enorme obra

estaba compuesta por siete volúmenes, pero su título fue un error, pues poco tenía que ver con la historia. Era simplemente una colección de biografías: vidas de alquimistas, impostores y fanáticos religiosos. De ellos, sólo unos pocos eran exponentes o explotadores de la estupidez.

Sebastián Brant, hijo de un pobre tabernero de Estrasburgo, educado en los principios del humanismo en la Universidad de Basilea, publicó en 1494 su brillante *Barco de los Necios*. A bordo de esta notable nave, dirigida a Narragonia, viajaba una colección sumamente variada de tontos, descritos en 112 capítulos distintos, escritos en pareados rimados. Con el título *The Shyp of Follys* fue traducido por Alexander Barclay, el sacerdote y poeta escocés, aproximadamente catorce años después de la edición original, y difundió en toda Europa la fama de Brant. Digamos de pasada que Barclay agregó bastante al original. Brant tenía un robusto sentido del humor, y él mismo se puso a la cabeza de la “tropa de necios”, porque poseía tantos libros inútiles que “no leía ni entendía”. En *El barco de los necios* el sentido humanista se combinaba con un espíritu realmente poético y agudo, y podemos afirmar que, con ligeras modificaciones de forma, la mayoría de los

necios de Brant siguen a nuestro lado.

Thomas Murner, continuador e imitador de Brant, se educó en Estrasburgo, fue ordenado sacerdote a los diecinueve años, y viajó mucho; estudió en las universidades de París, Freiburg, Colonia, Rostock, Praga, Viena y Cracovia. Su *Conspiración de los Necios* y *La Hermandad de los Picaros* revelaron más ingenio y una verba más franca y cruel que el ataque relativamente suave que Brant llevó contra la estupidez. Clérigos, monjes y monjas, barones salteadores y ricos mercaderes, reciben todos implacable castigo; se presiente en Murner una conciencia social muy avanzada con respecto a su tiempo (aunque su vida personal poco armonizó con sus principios).

En esta incompleta lista de exploradores de la humana estupidez, he dejado para el final al más grande de ellos. *El Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam es la más aguda sátira y el más profundo análisis de la tontería humana. En la epístola de introducción, dirigida a Tomás Moro, el autor nos explica cómo compuso su libro, durante sus “últimos viajes de Italia a Inglaterra”. Una atractiva imagen: el rollizo holandés, que avanzaba al trote corto de su cabalgadura, deja atrás el mediodía abundoso

y claro, y se acerca al septentrión turbulento y helado, cavilando sobre la eterna estupidez de la humanidad, a la que nunca odió, y por el contrario compadeció y comprendió perfectamente.

“Supuse que este juego de mi imaginación te agradaría más que a nadie, ya que sueles gustar mucho de este género de bromas, que no carecen, a mi entender, de saber ni de gusto, y que en la condición ordinaria de la vida te comportas como Demócrito (...) Pues siempre será una injusticia que, reconociéndose a todas las clases de la sociedad el derecho a divertirse no se consienta ningún solaz a los que se dedican al estudio; sobre todo si la chanza descansa en un fondo serio y si está manejada de tal suerte que un lector que no sea completamente romo saque de ella más fruto que de las severas y aparatosas lucubraciones de ciertos escritores Y por consiguiente, si alguno se considerase ofendido, o si la conciencia le acusa o, por lo menos, teme verse retratado en ella (...) el lector avisado comprenderá desde luego que nuestro ánimo ha sido más bien agradar que morder.”

He citado extensamente a Erasmo porque en estas pocas líneas de su carta de introducción se condensa casi todo el argumento de mi propio libro.

Si yo fuera absolutamente honesto (pero ningún autor puede serlo) aún reconocería que en las páginas del *Elogio de la locura* todo está dicho con más brillo, concisión e inteligencia que lo que jamás podría atreverme a esperar de mi propia prosa. Sin embargo, como la humana estupidez se reproduce y florece adoptando formas constantemente renovadas, considero que siempre hay lugar para una nueva obra que describa y explore nuestra infinita locura.

En cierto sentido, la estupidez es como la electricidad. El más moderno diccionario técnico dice de la electricidad que es “la manifestación de una forma de la energía atribuida a la separación o movimiento de ciertas partes constituyentes de un átomo, a las que se da el nombre de electrones.”

En otras palabras, no sabemos qué es realmente la electricidad. Y aunque suprimamos la palabra subrayada, el resto no constituye una definición. La electricidad es la “manifestación” de algo. De modo que, al esquivar la definición de la estupidez- pues el “tenor” de Feldmann o el enfoque negativo de Richey no son, en realidad, una definición-seguimos el precedente establecido por muchos sabios.

Cuando yo era niño, tenía un tutor privado bas-

tante excéntrico. No creía en la eficacia de la memorización de versos o de fechas; y poseía audacia suficiente como para atreverse a obligar a su alumno a que hiciera trabajar su propia mente, independiente y a menudo dolorosamente. Uno de los ejercicios de lógica que me planteó consistía en establecer la relación entre el sol y una variada colección de cosas: un vestido de seda, una moneda, una pieza escultórica, el diario. No era muy difícil establecer vínculos más o menos directos entre el centro de nuestra galaxia y todo lo que existe sobre la tierra. Y, naturalmente, mi tutor trataba de demostrar que todo se origina y tiene su centro en el sol, y que nada puede desarrollarse y sobrevivir sin él.

Si no podemos definir la estupidez (o si sólo formulamos una definición parcial), por lo menos podemos tratar de relacionar con ella la mayoría de las desgracias y debilidades humanas. Pues la estupidez es como una luz negra, que difunde la muerte en lugar de la vida, que esteriliza en lugar de fecundar, que destruye en lugar de crear. Sus expresiones forman legión, y sus síntomas son infinitos. Aquí sólo podremos describir sus formas principales, y realizaremos el examen detallado del fenómeno en el cuerpo de este libro.

El prejuicio constituye ciertamente una de las formas más notables de la estupidez. Ranyard West, en su *Psychology and World Order*, resume perfectamente las características del fenómeno:

“El prejuicio humano es universal. Su fundamento es la humana necesidad de respeto. Son muchos los medios por los cuales la mente humana puede esquivar los hechos; no existen, en cambio, recursos que permitan anular el deseo individual de aprobación. Los hombres y las mujeres necesitan tener elevada opinión de sí mismos. Y con el fin de alcanzar este objetivo es preciso que nos disimulemos de mil modos distintos la realidad de los hechos. Negamos, olvidamos y justificamos nuestras propias faltas y exageramos las faltas ajenas.”

Pero esto es sólo el fundamento del prejuicio. Si, por ejemplo, creemos que todos los franceses son libertinos, todos los negros negados mentales, y todos los judíos usureros, sólo de un modo vago e indefinido podemos atribuir estas posturas al “deseo de autorrespeto”. Después de todo, es posible tener elevada opinión de nosotros mismos sin rebajar al prójimo.

El prejuicio racial, quizás la forma más común de este matiz de la estupidez, es más o menos uni-

versal. Así lo afirma G. M. Stratton en su *Social Psychology of International Conduct* (1929) y agrega que “es característico de la naturaleza humana este tipo particular de prejuicio”. Subraya, además, otros dos importantes aspectos:

“A pesar de su universalidad, rara vez o nunca es innato el prejuicio racial. No nace con el individuo. Los niños blancos, por ejemplo, no demuestran prejuicios contra los de color, o contra las niñeras negras, hasta que los adultos se encargan de influirlos en ese sentido.”

(Concepto expresado con más concisión y belleza por Oscar Hammerstein en la famosa canción de *South Pacific*: “Es necesario que te enseñen a odiar...”)

Finalmente, dice G. M. Stratton: “Este universal y adquirido prejuicio «racial», en realidad nada tiene de racial. Puede observarse que no guarda relación con las características raciales; ni siquiera con las diferencias que existen entre diversos núcleos humanos, sino pura y exclusivamente con el sentimiento de una amenaza colectiva... El llamado prejuicio «racial» es en realidad una mera reacción biológica del grupo a una pérdida experimentada o inminente, una reacción que no es innata, sino fruto

de la tradición, renovada por las vivencias de nuevos prejuicios sufridos.”

Por lo menos superficialmente esta explicación parece bastante razonable, y armoniza con la teoría del doctor Feldmann, según la cual toda forma de estupidez es expresión de temor.

Pero quizás la cosa no sea tan sencilla. Pues si el prejuicio racial (expresión principal de esta forma particular de imbecilidad) es simplemente asunto de “amenaza colectiva”, ¿cómo se explica que lo padezcan personas que ni remotamente sufren la amenaza de negros, chinos o judíos? En cambio, la regla tiene gran número de excepciones allí donde la amenaza efectivamente existe... o por lo menos parece existir. A pesar de las opiniones del eminente señor Stratton, creo que la actitud de los que alienan prejuicios raciales o de cualquier otra naturaleza, presupone una condición mental a la que debemos denominar estupidez, aunque sólo sea por falta de palabra más apropiada. No es innata- en esto podemos coincidir con el autor de *Social Psychology of International Conduct*- y no es natural. Pero aunque ningún individuo se halle completamente liberado de prejuicios, el efecto de sus prejuicios sobre sus actos lo convierte en estúpido reaccionario o hace

de él un ser humano equilibrado. En otras palabras, el hombre discreto o inteligente podrá sublimar o superar sus prejuicios; el estúpido, será inevitablemente presa de ellos.

En términos generales, el prejuicio es ente pasivo. Quizás odiemos a todos los galeses, pero ello no significa que saldremos a la calle y acometeremos a puñetazos al primero de ellos que encontremos... aunque estuviéramos seguros de hacerlo con impunidad. En cambio, la intolerancia es casi siempre activa. El prejuicio es un motivo; la intolerancia es una fuerza propulsora. No fue prejuicio lo que impulsó a las diversas iglesias cristianas a exterminarse mutuamente los fieles; fue la intolerancia. Aquí, naturalmente, la historia es depositaria de ancha veta de estupidez. El hombre de prejuicios podrá negarse a vivir entre irlandeses o japoneses; el intolerante negará que los irlandeses o los japoneses tengan siquiera derecho a vivir. A menudo ambas formas de estupidez coexisten, o una de ellas determina el desarrollo de la otra. El hombre de prejuicios quizás se rehúse a enviar sus niños a escuelas abiertas a alumnos de cualquier raza; el intolerante hará cuanto esté a su alcance para suprimirlas.

En los capítulos que siguen expondré muchísi-

mos casos de prejuicio y de intolerancia; la ilustración histórica será harto más efectiva que cualquier teorización para demostrar la relación directa que existe entre la estupidez y el terrible precio que la humanidad debe pagar por sus prejuicios y sus actitudes de intolerancia.

La ignorancia, ¿es otra forma de la estupidez? Desde cierto punto de vista, sí... del mismo modo que la fiebre es parte de la enfermedad, sin ser la enfermedad misma. Ya hemos demostrado que el ignorante no es necesariamente estúpido, ni el estúpido es siempre ignorante. Pero ambas condiciones no pueden ser separadas absolutamente. A igualdad de posibilidades de educación, no es difícil determinar la línea que separa a la estupidez de la ignorancia. El niño o el adulto estúpidos aprenden dificultosamente conceptos útiles, aunque aprendan de corrido versos en latín o las fechas de las batallas. Por consiguiente, la estupidez alimenta y presupone la ignorancia; la condición aguda se convierte en crónica.

Estas tres formas o manifestaciones de la estupidez no son sino las más universales o comunes. La fatuidad o locura, la inconsecuencia y el fanatismo podrían ser objeto de diagnóstico y descripción

separados, como los ingredientes tóxicos de un veneno complejo.

Pero existen también formas de la estupidez que pertenecen a una profesión o a una clase: la estupidez del cirujano (tan cabalmente descrita en *Doctor's Dilemmas*, de Shaw) que sólo cree en su bisturí; la estupidez del político, que supone que sus propias promesas incumplidas se olvidan tan fácilmente como los votos que depositó durante las sesiones del Parlamento o del Congreso; la estupidez del general, que siempre está librando “la penúltima guerra”. Los ejemplos son infinitos. O la estupidez de clase de la nobleza francesa antes de la Revolución; la estupidez suicida de gran parte de la historia española, incapaz de reconciliarse con la realidad o con el paso de las épocas, la estupidez de los efendis árabes, en su cerril egoísmo y en la traición a los humildes fellahin; la estupidez de los reaccionarios y de los anticuados, que impulsan la clandestinidad del vicio, en lugar de intentar su cura... Sí, la lista es interminable.

Todo esto poco importaría si el estúpido sólo pudiera perjudicarse a sí mismo. Pero la estupidez es el arma humana más letal, la más devastadora epidemia, el más costoso lujo.

El costo de la estupidez es incalculable. Los historiadores hablan de cielos, de la cultura de las pirámides y de la decadencia de Occidente. Tratan de ajustar a ciertas pautas los hechos amorfos, o niegan todo sentido y propósito al mundo y al devenir nacional. Pero no es barata simplificación afirmar que las diversas formas de la estupidez han costado a la humanidad más que todas las guerras, pestes y revoluciones.

En los últimos años, los historiadores han comenzado a convenir en la idea de que el principio de las desgracias y de la decadencia de España debe ubicarse en el período inmediato al descubrimiento de América. Naturalmente, el descubrimiento no es la causa directa de esa decadencia (aunque don Salvador de Madariaga ha desarrollado en ingenioso ensayo las buenas razones por las cuales España NO debía haber respaldado la empresa de Colón), sino la estupidez de la codicia; es decir, la codicia del metal áureo. El examen atento del problema demuestra que la riqueza que España extrajo de Perú o de Méjico costó por lo menos diez veces más en vidas, y descalabró no sólo la economía española sino también la europea. Este sentimiento de codicia es anterior a España, y no ha desaparecido en los

tiempos modernos. Hoy día, en que la mayor parte del oro mundial está guardado en los sótanos de Fort Knox, continuamos sufriendo el influjo del metal amarillo.

¿A cuántas familias, a cuántos individuos arruinó la estupidez del ansia de títulos, condecoraciones y ceremonias? En Versalles, en Viena o en El Escorial, ¿cuántos nobles hipotecaron sus propiedades y arruinaron el futuro de sus familias para gozar del favor del soberano? ¿Cuánto ingenio, esfuerzo y dinero se invirtió en la tarea de alcanzar esta o aquella distinción? ¿Cuántas obras maestras quedaron sin escribir mientras sus posibles autores hacían las visitas que son requisito de la elección a la Academia Francesa? ¿Cuánto dinero fue a parar a las arcas de los genealogistas para demostrar que tal o cual familia descendía de Hércules o del barón Smith?

Quizás la forma más costosa de estupidez es la del papeleo. El costo es doble: la burocracia no solamente absorbe parte de la fuerza útil de trabajo de la nación, sino que al mismo tiempo dificulta el trabajo del sector no burocrático. Si se utilizara en textos escolares y libros de primeras letras un décimo del papel que consumen los formularios, Libros

Blancos y reglamentaciones, se acabaría para siempre con el analfabetismo. Cuántas iniciativas frustradas, cuántas relaciones humanas destruidas a causa de la “insolencia de los empleados”, a causa del desarrollo múltiple y parasitario del papeleo.

“La ley es el fundamento del mundo”, dice una antigua saga. Pero también, y con mucha frecuencia, la ley ha hecho el papel del tonto. En nuestros días, un juicio consume quizás menos tiempo que en la época de Dickens, pero cuesta cinco veces más. Los abogados viven sobre todo gracias a la estupidez de la humanidad; pero ellos mismos impulsan el proceso cuando ahogan en verborrea legal lo que es obvio, demoran lo deseable y frustran el espíritu creador.

¿Cuánto ha pagado la humanidad por la estupidez de la duda? Si hubiera sido posible introducir todas las invenciones útiles e importantes sin necesidad de luchar contra las argucias y la obstrucción del escepticismo estúpido (pues también hay, naturalmente, la duda sana y constructiva), habríamos tenido una vacuna contra la viruela mucho antes de Jenner, buques de vapor antes de Fulton y aviones décadas antes de los hermanos Wright. A veces la estupidez de la codicia y la estupidez de la duda se

combinan en impía alianza (como en los casos en que una gran empresa compra la patente de una invención que amenaza su monopolio, y la archiva durante años, y quizás para siempre).

¿Y qué decir de la estupidez de la idolización del héroe? Es el fundamento de todos los gobiernos totalitarios. Ninguna nación, ni siquiera los alemanes, experimentan amor por la tiranía y la opresión. Pero cuando la estupidez del instinto gregario infecta la política, cuando la locura del masoquismo nacional se generaliza, surgen los Hitler, los Mussolini y los Stalin. Y quien crea que esto último constituye una simplificación excesiva del problema, que lea unas pocas páginas de *Mein Kampf*; que estudie los discursos de Mussolini o las declaraciones de Stalin.

No hay una sola línea que sea aceptable para la inteligencia o el cerebro normal. La mayoría de los conceptos son tan absurda tontería, que incluso un niño de diez años podría advertir la falsa lógica y la absoluta vaciedad.

Y sin embargo, ha sido y es el alimento diario de millones de seres humanos. Han creído, durante variables períodos de tiempo, que los cañones son mejores que la manteca, que cierto árido desierto

africano podía resolver el problema de la sobrepoblación italiana, y que es provechoso al proletariado trabajar en beneficio de un imperialismo burocrático que se oculta tras la barba de Carlos Marx.

¿Es necesario siquiera aludir al costo de esta estupidez masiva? Quince millones de muertos en una sola guerra, y destrucciones que no podrán ser compensadas ni en un siglo. En toda Alemania, ¿hubo alguien capaz de ponerse de pie para decirle a Hitler que era simplemente un imbécil? Hubo quienes lo calificaron de pillo, de loco, de soñador, (y algunos hay que todavía lo creen un genio), pero la estupidez era lo suficientemente profunda como para impedir que nadie hablara en voz alta. ¿Alguien se atrevió a decir a Mussolini que los italianos no estaban destinados a desempeñar el papel de nuevos romanos, y que un país podía prosperar sin necesidad de conquistas? Durante los últimos veinte años hemos pagado el precio de ese silencio, y continuaremos pagándolo durante las próximas dos generaciones, y quizás durante más tiempo aún.

¿Cuál es el costo de la credulidad, de la superstición, del prejuicio, de la ignorancia? Imposible pagarlo ni con todo el oro del universo. ¿Cuánto pagamos por las locuras del amor... o mejor dicho,

por el gran número de imbecilidades que florecen alrededor del instinto amoroso? Olvídense por un instante el aspecto moral, y piénsese en la frustración, la tortura, el poder destructivo de los amores fracasados en el curso del tiempo. Por cada obra maestra de un amante afortunado, hubo un centenar de vidas desgraciadas, un millar de amores iniciados promisoriamente pero interrumpidos mucho antes de su fin lógico.

Moliere y otros cien autores han zaherido al médico incapaz y estúpido, al farsante y al charlatán. Con todo el respeto que la noble profesión médica merece, diré que estos tipos humanos siempre existieron y siempre existirán. ¡Cuántas muertes provocaron las “curas milagrosas”, cuántos cuerpos arruinados por los “elixires”! Hoy más que nunca florece la fe ciega en las drogas “milagrosas” y en las terapias mentales. La existencia de los falsos médicos de la fe y de los anuncios en los diarios indios (en los que se ofrece curar, con el mismo producto, todas las enfermedades, desde los forúnculos a la lepra) demuestra que la estupidez humana no ha cambiado.

Un tipo parecido de locura es el que hace la prosperidad del astrólogo y del palmista, del falso

médium y del adivinador de la fortuna. Y cuando las actividades de estos individuos sólo se reflejan en las columnas de los diarios y en las ferias campesinas, podemos sonreír con tolerancia. Pero toda la estupidez y la superstición relacionada con la inútil búsqueda de medios que permitan al hombre penetrar el misterio de su propio futuro, y vincular con sus propias y minúsculas preocupaciones los movimientos de las estrellas, toda esta extraña mezcla de pseudo ciencia y pura charlatanería ha provocado tragedias y desastres suficientes como para llegar a la conclusión de que su costo es uno de los más elevados en el balance final de la estupidez humana. De esto último hay sólo un paso a la recurrente histeria masiva sobre el fin del mundo, proclamado para hoy o para mañana. Quizás el agricultor ya no descuida sus campos, ni el artesano su banco de trabajo, como ocurría en siglos pasados, pero el plato volador, los ensueños alimentados por el género de la ciencia ficción, y las manías religiosas y de otro carácter promueven desastres periódicos.

Éstas son sólo unas pocas manifestaciones de la estupidez humana, pero su costo total en vidas y en dinero alcanza cifras astronómicas. No pretendo insinuar que haya muchas posibilidades de que el

costo disminuya. Pero aunque poco nos aprovechará para el futuro, deberíamos por lo menos no forjarnos ilusiones con respecto a nuestro pasado y a nuestro presente. Desde el principio del mundo hemos pagado el precio de nuestra estupidez, y continuaremos haciéndolo hasta que eliminemos, mediante explosiones, toda forma de vida de la superficie de la tierra...

Este libro intenta presentar por lo menos las principales facetas de la estupidez a lo largo del desarrollo histórico y en nuestros propios días. No abriga la intención de deducir moralejas, y ni siquiera de sugerir remedios. Si bien es cierto que en Gran Bretaña a veces se condena a los delincuentes habituales a períodos de “educación correctiva”, a nadie se le ha ocurrido todavía obligar a los estúpidos a someterse a un curso de sabiduría, ni ha intentado suministrarles un mínimo de inteligencia. Gastamos millones en la fabricación de bombas atómicas, pero en todo el mundo los maestros son los trabajadores intelectuales peor pagados. La conclusión que de todo ello puede extraerse es tan obvia, que creemos mejor dejar que el lector llegue a ella por sí mismo.

Entre las dos guerras en Europa Central existió un insulto favorito, que adoptaba la forma de una

pregunta. Solía preguntarse: “Dígame... ¿duele ser estúpido?” Desgraciadamente, no duele. Si la estupidez se pareciera al dolor de muelas, ya se habría buscado hace mucho la solución del problema. Aunque, a decir verdad, la estupidez duele... sólo que rara vez le duele al estúpido.

Y ésta es la tragedia del mundo y el tema de esta obra.

II

LA VORACIDAD DE MIDAS

1.

Antes de la Primera Guerra Mundial las islas Palau (anteriormente Pelew) pertenecían a Alemania, que en 1899 las había comprado a España. Luego, en 1918, se convirtieron en mandato japonés. Con desprecio de la obligación impuesta por la Liga de las Naciones, el Japón las convirtió en bases fortificadas, que le fueron muy útiles durante la Segunda Guerra Mundial. Las islas Palau fueron escenarios de los más sangrientos combates librados en el Pacífico, y la isla central, la de Yap, adquirió notoriedad en la historia de la guerra. Actualmente todo el grupo de islas se encuentra en manos nor-

teamericanas.

Pero mucho antes de los alemanes, los japoneses o los norteamericanos, Yap era famosa por cierta particularidad: su moneda. Aunque inocentes y primitivos, los nativos de bronceada piel conocían la institución del dinero. El único inconveniente era que Yap carecía absolutamente de metales; y si bien había abundancia de conchas, frutos y dientes de animales, los habitantes de Yap llegaron a la conclusión de que un sistema monetario fundado en estos objetos tan comunes carecería de la estabilidad necesaria. Era preciso hallar un material tipo que poseyera auténtico valor intrínseco.

En definitiva eligieron el producto de una isla situada a doscientas millas de distancia: las piedras de una gran cantera, un material perfecto para la fabricación de ruedas de molino. La isla estaba a gran distancia; extraer y dar forma a las piedras implicaba considerable esfuerzo. Por consiguiente, se dijeron los habitantes de Yap, habían hallado la moneda perfecta.

Una piedra redonda y chata de aproximadamente un pie de diámetro correspondía más o menos a media corona o a un dólar de plata. Si se la perforaba en el centro, se podía pasar un palo por el

agujero, y llevarla al mercado... aunque el portador no pudiera caminar muy erecto. Cuanto más grande la piedra, mayor su valor. La enorme piedra de molino de doce pies de diámetro era el equivalente de un billete de mil dólares; y el agujero practicado en el centro podía dar cabida al jefe indígena más corpulento.

Pero, ¿cómo se utilizaba esta moneda? ¿Era preciso trasladar estas piedras, cuyo peso era de varias toneladas, cada vez que se compraba o vendía algo? El pueblo de Yap era demasiado inteligente para acometer tan pesada tarea. Se dejaban las piedras en el sitio original, en el jardín o en el patio del primer propietario; adquirían la condición de propiedad inmueble, y se las transfería sencillamente a nombre del nuevo propietario. El pueblo de Yap carece de lenguaje escrito, de modo que el convenio era puramente verbal; pero era respetado más fielmente que un documento de cincuenta páginas redactado por un regimiento de abogados. En Yap había muchos hombres adinerados cuya “riqueza” se hallaba dispersa por toda la isla. Naturalmente, tenían derecho a visitar su propiedad, a inspeccionarla, a sentarse en el agujero central y a satisfacer su orgullo de propietarios. Y en este orgullo se complacían tanto

como el avaro que recuenta su dinero o el accionista que corta sus cupones.

Pero la historia no acaba aquí. Yap sufre a menudo tifones tropicales. Tampoco son raros los maremotos. A veces se descargaban con enorme violencia, y las grandes piedras iban a parar a las lagunas. Una vez superado el difícil momento, reparadas las chozas y enterrados los muertos, los nativos se dedicaban a buscar el dinero que habían perdido. Lo hallaban en el fondo de los lagos, claramente visible gracias a la transparencia de las aguas.

Pero, establecida la ubicación de las piedras, a nadie se le pasaba por la cabeza la idea de rescatarlas. Hubiera sido tarea muy difícil; sea como fuere jamás se realizó el intento. El dinero, la riqueza estaba allí; ni el prestigio familiar ni la situación individual sufrían porque esa riqueza estuviera sumergida en una o dos brazas de agua.

Actualmente, del 75 al 80 por ciento del oro mundial está en Fort Knox, Kentucky. Se han dispuesto complicadas precauciones contra la posibilidad de ataque atómico. Basta mover una o dos palancas para inundar los depósitos. Pero aunque el oro está en depósitos subterráneos, y fácilmente

podría quedar sumergido, el valor de la moneda norteamericana no se ha visto afectado en lo más mínimo.

El dólar es siempre el “todopoderoso dólar”, porque la gente sabe que el oro está allí. Y lo mismo puede decirse de todos los países que todavía se ajustan al patrón oro. ¿Hay tanta diferencia entre el oro de Fort Knox y las ruedas de molino de Yap?

2.

La historia del oro es la historia de la humanidad. Es también un importante ingrediente de la religión, desde el becerro de oro a las estatuas doradas cubiertas de joyas de las madonnas y de los santos. La Edad Media sombría y rígida personificó la idea del oro en el judío del ghetto, ser despreciado, a menudo maltratado y cuya condición era semejante a la de un paria; un ser, en fin, excluido de la comunidad, a quien los pintores flamencos del siglo XV reflejaron con ingenuo y venenoso odio. En aquellos siglos de tosquedad y rudeza el pueblo sentía supersticioso temor del oro y de su oculto poder; los alambiques de los alquimistas eran ins-

trumentos de Satán. No existía auténtica comprensión del valor del oro; se lo condenaba a la esterilidad, y apenas intentaba multiplicarse y florecer, se lo perseguía con el hierro y el fuego.

Las primeras transacciones bancarias revistieron, a los ojos del hombre medieval, el carácter de magia pura, y los misterios del capital provocaron en él la misma inquietud que los fenómenos de cierta peligrosa alquimia. En aquella limitada edad del hierro, los judíos fueron los únicos poseedores del secreto áureo. Con la mágica llave del crédito abrieron los bazares de Oriente, y con las fórmulas de su álgebra dorada descifraron los misterios de la humanidad. Entre las poderosas murallas urbanas se levantaba el ghetto, sombrío, ominoso y extraño, con sus calles y pasajes estrechos y sinuosos; era como la montaña magnética de las Mil y Una Noches, que atraía hacia sí a las naves. Del mismo modo, el ghetto acumulaba los tesoros áureos por conducto de invisibles canales.

El orgulloso caballero golpeaba en medio de la noche a la puerta del ghetto, tras de la cual los parias del oro guardaban sus tesoros; un hombre de turbante de patriarca y oscuro caftán que le otorgaba apariencia sacerdotal, abría la puerta, lenta y

cautelosamente. Era “Nataniel”, el mismo que, según aseguraban los gentiles, escupía sobre la sagrada hostia y crucificaba niños en Viernes Santo. Sin embargo, los gentiles acudían a “Nataniel”... porque necesitaban oro. Dentro de la casa, las sucias paredes exteriores se convertían en desconcertante espectáculo de belleza y esplendor. Ricas telas y vasos brillantes del Asia fabulosa, incienso indio, pesadas sedas... Detrás de las cortinas bordadas de extraña belleza, pálidas mujeres de grandes y húmedos ojos negros contemplaban al caballero que hipotecaba su tierra y su castillo por unas cuantas piezas de oro.

Los reyes hacían lo mismo: primero tomaban prestado de los judíos, luego los nombraban tesoreros y recaudadores de impuestos. Samuel Levi, tesorero del rey Pedro de Castilla, fue un mago de las finanzas. “Un hombre amable y sereno”, dice el cronista, “a quien el Rey mandaba buscar cuando necesitaba dinero. Graciosamente, lo llamaba Don Samuel. Y entonces se ideaba el nuevo impuesto.” En Francia, los judíos fueron precoces adeptos del nuevo arte. Después que se los expulsó, Nicholas Flamel amasó una gran riqueza mediante especulaciones con la propiedad judía. Fue su sucesor Jacques Coeur, en un período de dura prueba para el

país. Organizó el comercio levantino, explotó las minas e inventó la ciencia de la estadística; creó el sistema impositivo y aprovechó las más ricas fuentes financieras en beneficio de su país. Francia expropió la riqueza de este genio económico y lo premió desterrándolo; murió en una isla griega, pobre y olvidado.

Con el tiempo, el maltratado “prestamista” se convirtió en el respetado y poderoso banquero. Los monarcas participaron en el negocio: Luis XI en Francia, Enrique VII en Inglaterra, Fernando V en España y el emperador Carlos V en todo el mundo. Poco a poco también los gentiles conocieron los secretos del oro. Italia dio el ejemplo; los banqueros lombardos se convirtieron en el arquetipo representado otrora por los judíos. El comercio, la banca, la especulación todo lo que había sido condenado y despreciado, se desarrolló con extraordinaria pompa. En las pequeñas repúblicas se abrieron casas de cambio; a veces los hijos de los banqueros compraban con su oro la mano de princesas reales. Las banderas comerciales compitieron con las enseñas nacionales, y desde sus lagunas Venecia se elevó a las alturas del esplendor oriental. En sus *Nozze di Cana*, Paolo Veronese presenta a estos principescos

mercaderes, tipos sensuales, pero sin la debilidad oriental, huéspedes de monarcas. Todos ellos (los duques de Medici, los despóticos Sforza, que pagaron el rescate de Francisco I, y los genoveses que fundaron Galatz, sobre el Danubio, una casa de cambio en el corazón mismo del Islam) comenzaron con los métodos y con el oro de los judíos. El oro produjo milagros y creó el Renacimiento; y el metal en bruto, adquirido por los comerciantes, se purificó en la retorta del arte para transformarse en las obras maestras de Cellini y D'Arfé.

En esa época Italia dio vida a la deslumbrante escena de la segunda parte del *Fausto* de Goethe, en la que el dios de la riqueza ya no es un ser ciego y maltrecho, como en las sátiras de Luciano y de Aristófanes, sino más bien un individuo de majestuosa belleza, de apariencia divina, reclinado en carro triunfal, que saluda con mano esbelta cargada de anillos. Y con cada una de sus graciosas bendiciones, como en un cuento de hadas, llueven de los cielos gotas de diamante.

Y luego, Alemania, y el siglo de los Fugger. Las complejas operaciones bancarias pusieron fin a la época de la caballería, que había cobrado caracteres extremos. Mammón puso su planta victoriosa sobre

el cuello de San Miguel. “En Augsburgo tengo un tejedor que podría comprar fácilmente todo esto”, dijo desdeñosamente en París el emperador Carlos cuando le mostraron las joyas de la corona. Si se estudian en Munich los retratos que pintó Holbein de Antón Fugger y de su familia, pronto se advierte la presencia de una dinastía. El padre, en su chaqueta ribeteada de piel, parece un monarca nórdico, con su cabeza orgullosa y la expresión de quien tiene conciencia de su propio poder. En el otro cuadro están arrodillados sus hijos, quienes sostienen rosarios en las manos; los niños, rígidos y precozmente graves, como príncipes españoles, y las mujeres en actitud de elegante devoción, plenamente conscientes de que podrían levantar una iglesia para su santo patrón cuando se les antojara. La Madonna aparece gentil y sonriente... sobre un fondo de oro. Frente a los retratos de Holbein hay dos caballeros de Durero. Han desmontado y tienen aire sombrío y contristado. Parecen mortalmente cansados y agobiados de preocupaciones, como si dijeran: “Malos son los tiempos...” En estas obras maestras hallamos expresado todo el sorprendente contraste del siglo áureo: el ascenso del oro y la decadencia del hierro.

A medida que nos aproximamos a la época moderna, se acentúan el poder y la influencia del oro. En el siglo XVIII Inglaterra dejó de lado la armadura del guerrero y vistió la chaqueta del empleado de la casa de cambio. La India, con todas sus maravillas y sus terrores, debió sufrir la conquista. Holanda se convirtió en enorme astillero para sus mercaderes. Ambas naciones identificaron la política con el oro. El oro se convirtió en poder estatal, conquistador, soberano y civilizador... El príncipe de mercaderes que sube las escaleras de la Bolsa con un paraguas bajo el brazo, puede financiar al Gran Mogol, destronar rajás y equipar ejércitos enteros. En las oficinas revestidas de paneles de la Casa de la India se fusionan reinos lejanos y se trazan y borran las fronteras de dominios fabulosos. El mercader que fuma su pipa de arcilla a la puerta de su oscura oficina de Ámsterdam llega a los mismos mercados; y aquí es un comerciante en pimienta, y allí un príncipe... Ciertamente, estos hombres no inmovilizaban sus capitales, y sea cual fuere la opinión que nos merezcan a la luz de las modernas concepciones económicas, en esta industriosa y tenaz adquisición de riqueza había cierta dramática grandeza que los pintores holandeses del siglo XVIII supieron expre-

sar cabalmente en sus “cuadros de los mynheor”.

En Francia el oro se convirtió relativamente tarde en factor poderoso. Todo se resistía a su dominio: la aristocracia, la moral, los prejuicios y especialmente cierta repugnancia que caracterizó a la Edad Media francesa. El poder del oro se personificó en los traitants, a quienes la corona arrendaba los impuestos. En las comedias, estos vampiros eran figuras cómicas; pero en la vida real su función acarrearía resultados terriblemente trágicos. Eran ejecutores del fisco, y en el más cruel sentido de la palabra. En su carácter de extorsionadores reales con patente, eran el terror de la gente a la que saqueaban implacablemente, y a la que podían exprimir “hasta la última gota de sangre”. La riqueza escandalosa de estos individuos se tornó tan proverbial como su extrema inmoralidad, y en ellos el pueblo odiaba a la más despreciable encarnación del oro. Mientras en Inglaterra, Holanda, Italia y Alemania se obligó al oro a trabajar y a producir, en Francia permaneció estéril y aun hostil durante mucho tiempo. Adoptó la forma de capital y sólo creó provocativas formas de lujo y de frivolidad.

Pero los financistas franceses eran como becerros de oro a los que se engordaba para el sacrificio.

Saint-Simon nos ofrece la horrible descripción de estos monopolistas del oro, en quienes la grosera codicia del procónsul se unía al piratesco espíritu de extorsión del sátrapa. “Le Roi veut” (El Rey lo quiere) era la fórmula mágica de Voysin y de Desmaret. Sobre todo este último era un auténtico Ministro de la Usura; fue el mismo a quien Colbert sorprendió en delito de falsificación; después de varios años en desgracia retornó a la administración financiera y sentenció a Francia a la tortura de los “impuestos del diezmo”. “Era oro”, dice Saint-Simon, “del que manaba la sangre de los cuerpos torturados”.

Cuando Luis el Grande necesitaba dinero para su Minotauro versallesco, los *messieurs traitants* eran los primeros hombres de Francia. Samuel Bernard, que se declaró en quiebra con deudas por cuarenta millones, y luego se elevó a las más altas cumbres de la riqueza, se relacionó por vía matrimonial con las antiguas familias de Molé y de Airepoix, y cierto día la corte, petrificada, lo vio caminar al lado del Rey Sol por los senderos de los jardines de Marly. Saint-Simon reflexiona sobre las humillaciones a que debían someterse aun los monarcas más poderosos. Naturalmente, se relacionaban con el oro. Y sin embargo, entonces Francia experi-

mentaba aún general resentimiento con respecto al implacable despotismo del oro; ¿no es difícil imaginar el efecto de la comedia de Molière sobre los tensos y maltratados nervios de los contemporáneos!

Al fin, la nobleza arruinada se sometió al poder del oro. Cuando Madame de Grignan consintió en el matrimonio de su hijo con la heredera del “intendente general” Saint Arman, acuñó la frase: “De tiempo en tiempo, aún la mejor tierra debe recibir abono fresco”. El conde de Evreux casó con la hija de Crozat, que le aportó una dote de dos millones, y además veinte millones “para el futuro”; pero jamás tocó ni siquiera un cabello de su esposa. Cuando se enriqueció gracias a la fantástica estafa de John Law, devolvió la dote y envió a la joven de regreso a la casa del padre.

3.

Ni la luz deslumbrante del sol naciente, ni el brillo enceguecedor del mediodía, ni el esplendor del atardecer, jamás podrían inspirar o inflamar la imaginación humana en la misma medida que el frío

centelleo del oro. Es cierto que fue frecuente la adoración religiosa del sol, pero se trataba de un culto merecido por esta divinidad honesta y fidedigna. Pues hasta ahora nunca ocurrió que el sol se pusiera sin levantarse de nuevo. El mito de Ícaro advertía a los mortales de la conveniencia de no acercarse demasiado al astro, y la suerte de Faetón enseñaba que no debía jugarse con el tiempo, determinado por la marcha del sol.

Pero piénsese en el oro, el más esquivo, el más vengativo, el más seductor de todos los dioses. Cuando no se lo busca, sus pepitas ruedan a los pies del viajero, se acumulan en las orillas de los ríos, y el metal revela sus ricas vetas al golpe casual de pico. Perseguido, centellea un instante, como una mujer juguetona... y luego se oculta para siempre, sin dejar rastros. ¡Cuán a menudo un campo de oro se convierte en zona estéril, desaparece el polvo de oro de los ríos, y en las anchas vetas de las minas el mineral se extingue súbitamente!

Mientras los españoles, obsesionados por la manía del oro, perseguían los tesoros de los caciques, llegaron a California. Allí revisaron cada choza, cada aldea, cada pueblo indígena... pero no hallaron oro. Sin embargo, les hubiera bastado inclinarse, pues las

partículas de oro estaban bajo las plantas de sus pies. Soñaban con el fabuloso Eldorado, y no sabían que ya estaban en él. ¡Cómo habrá gozado el espíritu del oro con la broma cruel que jugó a sus adoradores!

Los aventureros europeos en busca de tesoros recorrieron durante trescientos años el suelo de California; pero a nadie se le ocurrió examinar las centelleantes arenas de los arroyos, para comprobar a qué obedecían los reflejos arrancados por la luz del sol. En 1849, mientras se realizaban excavaciones para echar los cimientos de un molino, algo atrajo la atención de James Wilson Marshall, el socio de John A. Sutter; y entonces comenzó la gran fiebre del oro. El oro había esperado tres siglos, el tiempo que la estupidez humana necesitó para ver lo que estuvo siempre a la vista de todos.

El oro es un burlador, un bribón y un charlatán. Siempre logró fantástica publicidad, y lo rodearon mitos y leyendas que hallaron un público dispuesto y tontos a granel. Las antiguas crónicas abundan en relatos sobre los sorprendentes milagros del oro; y algunos de ellos han llegado hasta nuestros días.

Los centenares de toneladas del oro de Salomón, los tesoros de Midas y de Crespo, las manzanas

doradas de las Hespérides, el vellón de Jasón... he aquí un hilo brillante que recorre las páginas de los anales precristianos. La riqueza de Fenicia, decía el rumor, se fundaba en el oro recibido de Hispania. Afirmábase que las naves fenicias retornaban con anclas de oro puro de sus viajes a Occidente, pues habían agotado las mercancías y debían canjear las anclas de hierro por otras del precioso metal.

En el siglo I a.C. Diodorus Siculus explicó esta edad de oro española. Afirmó que los nativos nada sabían del oro y no le atribulan valor; pero que en cierta ocasión había estallado en los Pirineos un pavoroso incendio de bosques, y que las llamas habían devastado regiones enteras, fundiendo el oro oculto en las montañas, el cual entonces fluyó cuesta abajo, en forma de arroyos del metal, con gran desconcierto de los bárbaros, que lo contemplaban por primera vez.

Pero los hombres estaban dispuestos a aceptar versiones más fantásticas aún. Muchos creían firmemente que los animales conocían también el valor del metal más apreciado y codiciado por la humanidad.

En su *De Natura Animalium*, Claudius Aelianus, el retórico romano que vivió tres o cuatrocientos

años antes de Cristo, describió a los buitres que anidaban entre las rocas estériles de Bactria. Con sus garras duras como el hierro, estas aves sagaces separaban el oro del granito, y guardaban con celo feroz los tesoros que reunían, por temor a la codicia de los humanos.

Plinio el Viejo se mostró escéptico con respecto a estos animales legendarios. Pero en cambio presentó en su *Historia Naturalis* como un “hecho científico” el caso de las hormigas recolectoras de oro:

“Son muy admiradas las antenas de hormigas indias conservadas en el Templo de Hércules, en Eritrea. En la región septentrional de la India viven hormigas del color de los gatos; su tamaño es el mismo del lobo egipcio. Extraen el oro de la tierra. Lo acumulan durante la estación de invierno; en verano se ocultan bajo tierra para huir del calor. Entonces los indios roban el oro. Pero deben actuar con mucha rapidez, pues cuando huelen la presencia del ser humano, las hormigas salen de sus agujeros, persiguen a los ladrones y, si los camellos de éstos no son suficientemente veloces, destrozan a los intrusos. Tal la velocidad y el ánimo feroz que el amor al oro despierta en estos animales.” (*Tanta pernicitas feritasque est cum amore auri. Historia Naturalis, XI,*

XXXXVI.)

De acuerdo con Heródoto, algunas de estas hormigas habían sido capturadas y se las mantenía en la corte del rey de Persia.

Estrabón agrega en su *Geographia* que se apelaba a un ardid especial para robar el oro de las hormigas: los ladrones esparcían polvo envenenado cerca de las madrigueras, y mientras los codiciosos animales se regodeaban con el cebo, se procedía a recoger rápidamente el oro. Estrabón cita a otros autores, lo cual demuestra que los escritores antiguos no tenían la menor duda respecto de la realidad de estos extraños animales.

Sabemos que los eruditos de la Edad Media consideraban casi sacrílega cualquier expresión de escepticismo con respecto a los autores antiguos. Era posible comentar sus obras, desarrollarlas... pero no criticarlas. ¡No es de extrañar, entonces, que la historia de las hormigas recolectoras de oro se convirtiera en parte integrante del zoológico medieval!

Brunetto Latini, preceptor de Dante, miembro prominente del partido güelfo, después de diez años de exilio en Francia ocupó el puesto de canciller de Florencia. Escribió una enciclopedia en prosa, *Li Livres dou Trésor*, en el dialecto del norte de Francia.

Fue impreso por primera vez en italiano el año 1474, y hace menos de cien años se publicó una edición en el dialecto francés original. Latini realizó un cabal resumen de todos los tesoros del conocimiento medieval. Redactó una enciclopedia en gran escala: empieza con la creación del mundo y reúne todos los materiales conocidos sobre geografía, ciencias naturales, astronomía... y aún política y moral.

Las famosas hormigas fueron a refugiarse en el capítulo sobre ciencias naturales. De acuerdo con Latini, los codiciosos animales acumulaban oro no en la India, sino en una de las islas etíopes. Quien se les aproximaba perecía. Pero los astutos moros habían descubierto un hábil ardid que las despistaba. Tomaban una yegua madre, le aseguraban varios sacos a los costados, remaban hasta las orillas de la isla, y desembarcaban a la yegua... sin el potrillo. En la isla, la yegua hallaba bellos prados y pastaba hasta la caída del sol. Entretanto, las hormigas veían los sacos, y comprendían la utilidad de los mismos como recipientes del oro. Prontamente se ocupaban en llenarlos con el metal precioso. A la caída del sol, los ingeniosos etíopes acertaban al potrillo hasta la orilla del agua, frente a la isla. El animal relinchaba

quejosamente, llamando a la madre; y cuando ésta oía el llamado, corría hacia el agua, con los sacos llenos de oro, y cruzaba a nado hasta la orilla opuesta. “Et s’en vient corrant et batant outre, et tout l’or qui est en coffres”.

Saltemos tres siglos. Sebastián Munster, el teólogo y cosmógrafo, publicó en 1544 la primera descripción detallada del mundo en lengua alemana, la llamada *Cosmographia Universa*. Aquí la hormiga buscadora de oro aparece reproducida en un hermoso grabado en cobre. La reproducción, un tanto primitiva, le atribuye la misma forma de la hormiga común; sólo difiere en las proporciones, considerablemente mayores.

Pero no acaba aquí la historia de este insecto de larga memoria. Christophe De Thou, presidente del Parlamento de París en la época de la matanza de San Bartolomé y uno de los jefes del partido católico (su hermano redactó el borrador del Edicto de Nantes), relata que en 1559 el Cha de Persia envió rico conjunto de regalos al sultán Solimán, entre ellos una hormiga india del tamaño de un perro de regulares proporciones, y que era un animal salvaje y montaraz. (“Inter quae erat formica indica canis mediocris magnitudine, animal mordax et saevum”).

Posteriormente, cuando los velados ojos de la ciencia comenzaron a abrirse y a ver más claramente, se realizaron algunas tentativas tendientes a explicar el mito de la hormiga. De acuerdo con una teoría, la leyenda aludía realmente al zorro siberiano, de costumbres parecidas a las del topo. Ahora bien, los hombres sabios llegaron a la conclusión de que, puesto que el zorro es animal astuto, si excavaba profundas cuevas en las montañas, seguramente no lo hacía por mera diversión... sin duda buscaba el oro de las vetas subterráneas. Pero se trata de una teoría de escaso fundamento, lo mismo que la que afirma la posibilidad de que otrora hayan existido hormigas gigantes (recuérdense las mutaciones radiactivas de cierta película de ciencia ficción) las cuales se habrían extinguido, como ocurrió a tantos otros animales históricos.

Es posible que la leyenda de la hormiga gigante admita una explicación más realista. Alguien habrá comparado el trabajo de los mineros que perforan las vetas subterráneas con la actividad de las hormigas. La comparación era adecuada y al mismo tiempo atractiva. Pasó de boca en boca. Y bien sabemos cuál puede ser la suerte de los hechos sometidos a ese tratamiento. Se agregaron circunstancias, se

bordaron detalles; algún aficionado a la murmuración quiso provocar verdadera sensación en sus oyentes; finalmente, la materia prima del rumor llegó a manos “profesionales”, que le infundieron forma de estupidez duradera y casi inmortal.

4.

Hace algunos años los periódicos publicaron una nueva teoría sobre el núcleo interior de nuestro planeta. Un erudito profesor había descubierto que no estaba formado de níquel ni de hierro, sino... ¡de oro! Su teoría se fundaba en la deducción de que, cuando los elementos líquidos que constituían la masa de la tierra comenzaron a solidificarse, los metales más pesados empezaron a hundirse, mientras que se elevaban en “burbujas” los componentes más livianos. Por consiguiente, allí se encuentra todo el oro que el hombre pudiera desear... suponiendo que pueda llegar al centro de la tierra.

Hoy día adoptamos una actitud un poco cínica con respecto a estas teorías y descubrimientos. Pero si la misma teoría hubiese sido revelada en la antigüedad, la excitación habría sido tremenda, y miles

de individuos hubiesen comenzado a excavar la tierra, en busca de la gigantesca pepita de oro. Otrora, las leyendas de las minas de oro de Ofir- los tesoros de Eldorado- no fueron sueños afiebrados, sino tradiciones aceptadas.

De todas las leyendas sobre el tema, la más antigua y firmemente arraigada fue el misterio de Ofir.

En el capítulo noveno del Primer Libro de los Reyes se lee:

“E Hiram envió con la armada a sus servidores, marineros que conocían el mar, junto con los servidores de Salomón. Y llegaron a Ofir, y allí recogieron oro, cuatrocientos veinte talentos, y lo llevaron al rey Salomón.”

Pocos pasajes de la Biblia provocaron tantas discusiones, tantos sufrimientos y derramamiento de sangre como estas pocas líneas.

En el original hebreo del Antiguo Testamento la palabra no es “talentos” sino *kikkar*. En su obra sobre Ofir, A. Soetbeer dice que un *kikkar* equivale a 42.6 kilogramos (aproximadamente 93 libras). Por lo tanto, la flota llevaba una carga de aproximadamente 17.892 kilogramos.

El Antiguo Testamento trae otras pocas referencias al tráfico de oro, en las que se afirma que las

naves de Salomón y de su aliado, Hiram de Tiro, visitaban Ofir una vez cada tres años y siempre retornaban completamente cargadas.

Aquí está, por lo tanto, la fuente del trono áureo de Salomón, de sus quinientos escudos de oro, de sus vasos y de otros muchos fabulosos tesoros, tan admirados por la Reina de Saba después de su largo viaje a Jerusalén.

Pero, de pronto, la Biblia enmudece. Nunca más se menciona a Ofir. Las breves referencias no traen ninguna indicación de la ubicación probable de la misteriosa Ofir. Una breve nota al pie en *The Bible of Today* (publicada en 1941) refleja las teorías antagónicas. Dice así: “Ofir: quizás puerto del Golfo Pérsico. Algunos afirman que se hallaba en la costa de África; otros, en la costa de la India.”

¡Ciertamente, hay para elegir! Sin embargo, pocos problemas bíblicos han fascinado tanto a la humanidad, en el trascurso de los siglos, como la ubicación de las “minas del rey Salomón”.

El problema de Ofir consumió montañas de papel y ríos de tinta. Y para resolver la cuestión fueron gastados buen número de *kikkars* en impresiones de la más diversa índole.

Al principio, todos estos esfuerzos fueron reali-

zados en gabinetes de estudio, sobre las mesas de trabajo de exploradores puramente teóricos. Los filólogos buscaron nombres geográficos de sonido o escritura semejante. Cuando aparecía alguno que satisfacía todos los requerimientos, se anunciaba el descubrimiento de Ofir. El término árabe Dophar atrajo la atención hacia Arabia; el nombre de la tribu abhira la llevó a la costa de la India. Alguien dio con un fragmento de la Biblia en el que se aludía al “oro de Parvaim” (en el Libro Segundo de las Crónicas, donde se describe el oro utilizado en la construcción del templo). De modo que los eruditos llegaron a la conclusión de que Ofir estaba obviamente en... ¡Perú! Sin embargo, “Parvaim” quería decir “regiones orientales”. La expresión aludía al “oro de las regiones orientales”, el oro más fino que se conocía.

Quienes identificaban el nombre bíblico con el territorio africano estaban más cerca de la solución del misterio. Pero todo esto no era otra cosa que el fútil pasatiempo de los teorizadores. La investigación cobró caracteres más serios y prácticos cuando los exploradores comenzaron a recorrer las regiones desconocidas de África.

La mayor sorpresa (y el indicio más promisorio) se halló en el África Oriental Portuguesa, cerca de la

actual Sophala. El nombre mismo resultaba interesante, pues algunas traducciones de la Biblia llaman Zophora a Ofir. La sensación fue mayor aún cuando se descubrieron antiguas minas de oro, aproximadamente a doscientas millas de la costa. Sobre la ruta que lleva a dichas minas, cerca de la moderna Zimbabwe (en Rhodesia) se hallaron las ruinas de un templo que mostraba indicios de la artesanía fenicia... el país del rey Hiram.

Y así fueron halladas las minas del rey Salomón. Pero, ¿se trataba realmente de ellas?

Los modernos exploradores de Ofir se mostraron escépticos. Era imposible, dijeron, que los judíos y los fenicios (que nada sabían de minería) hubieran creado una organización capaz de producir semejantes cantidades de oro. Tampoco era probable que hubiesen podido transportar el oro atravesando doscientas millas de jungla africana, en dirección a la costa. Si el oro había sido extraído allí, sólo los nativos podían haberlo hecho.

Muy bien, replicaron los hombres que creían en la existencia de Ofir. Probablemente Salomón e Hiram habían conseguido el oro mediante transacciones comerciales.

Los escépticos menearon nuevamente la cabeza.

Fenicia era un país consagrado al comercio. ¿Para qué necesitaba el rey Hiram asociarse con Salomón, cuando muy bien podía encarar solo el asunto? ¡Sobre todo si se tiene en cuenta que debía aportar el capital más valioso, los expertos hombres de mar!

Aparentemente, la investigación del caso de Ofir había llegado a un punto muerto.

Aquí, Karl Nieburr, el eminente historiador, aportó una hábil interpretación. La Biblia afirma que la flota judeofenicia llevaba no sólo oro, sino también animales raros. Tukkivim, dice el texto hebreo: pavos reales, avestruces y otros semejantes. De acuerdo con Nieburr, se trata de un error del copista. La palabra correcta no es tukkivim, sino sukivim... es decir, esclavos.

En su interesante obra *Von rätselhaften Ländern* (Las tierras misteriosas), Richard Hennig reconstruye toda la historia a partir de este error. (El libro fue publicado en 1925 en Munich e incluye una detallada bibliografía de la literatura sobre el caso de Ofir). Afirma el autor que Salomón y su socio no tenían minas cerca de Sophala, ni iban allí para comerciar. Simplemente, se trataba de campañas bien organizadas de piratería. El rey Hiram sabía bien lo que hacía. Su nación era un país de comerciantes y de

marinos. Durante sus viajes descubrieron Sophala, el país del oro; pero el comercio, el intercambio de mercancías, aparentemente no daba los resultados apetecidos. El áureo tesoro de los nativos debía ser obtenido por otros medios. El rey Salomón disponía de un ejército bien adiestrado. Por lo tanto, Salomón suministró los soldados, y el rey Hiram la armada. Unidos, ambos monarcas lograron abrir las vetas doradas de Ofir.

La discusión sobre Ofir, que se desarrolló a lo largo de siglos, es ejemplo típico de la elaboración de una teoría sobre la base de hechos puramente imaginarios; de la búsqueda de una región allí donde no estaba. Pero la manía del oro ha creado leyendas más fantásticas aún.

5.

Perseguía al mundo antiguo la idea de que los metales era entes orgánicos, que crecían y se desarrollaban como las plantas. Durante mucho tiempo circuló, atribuido a Aristóteles, un librito titulado *Relatos milagrosos*. La obra era una falsificación, pero reflejaba las creencias de la época. Uno de los

capítulos afirma que, si se entierra un trozo de oro, empieza a desarrollarse y finalmente brota del suelo. La ciencia natural del medioevo adoptó fielmente la pauta clásica y desarrolló aún más la teoría. Aquí y allá, decíase, hay en la tierra oro en estado blando, semilíquido. A veces ciertas plantas, especialmente la vid, hunden sus raíces en este oro blando y líquido, y absorben el precioso metal. De modo que el oro se eleva por las ramas, pasa a las hojas y aún al fruto.

Peter Martyr (Pietro Martire Vermigli), a quien Cranmer llevó a Londres, y que posteriormente fue profesor de teología en Oxford, declaró que en España había muchos de estos árboles “bebedores de oro”. Cuando una princesa portuguesa se comprometió con un duque de Saboya, el novio envió a la dama regalos valuados en 120.000 táleros imperiales. La corte de Lisboa estaba flaca de dinero, y respondió a tanta magnanimidad con varias “curiosidades raras”. Entre ellas se incluían: 1) doce negros de los cuales uno era rubio; 2) un gato de algalia, vivo; 3) una gran plancha de oro puro; 4) un arbolito de finísimo oro... cultivado naturalmente.

La mayoría de los autores afirman que la vid es el vegetal más aficionado a la dieta áurea. En Fran-

cia, una vid de oro (con brotes del mismo metal), fue hallada en los viñedos de Saint Martin la Plaint. Fue enviada al rey Enrique IV, quien sin duda se sintió muy complacido de que sus deseos se vieran satisfechos con creces por el fecundo suelo francés. Los sabios alemanes escribieron eruditas disertaciones sobre los “productos áureo” de los viñedos renanos. En los viñedos cultivados a lo largo del Danubio, del Main y del Neckar aparecieron también vástagos de oro, y luego hojas, y estas hojas continuaron desarrollándose y floreciendo.

Pero la más famosa vid áurea fue descubierta en los viñedos húngaros... o por lo menos eso creyeron los contemporáneos. Inició la leyenda Marzio Galeotto, en su colección de anécdotas consagradas al monarca húngaro Matthias Corvinus. “Mencionaré un hecho fabuloso y milagroso, el cual, según se afirma, no ocurrió en ningún otro país”, escribe Galeotto. “Pues aquí el oro crece en forma de vástago, semejante a un cordel; a veces adopta la forma de zarcillos, que envuelven el cuerpo de la viña, generalmente de dos pulgadas de longitud, como los hemos visto a menudo. Dicen que con este oro natural es fácil fabricar anillos pues no es tarea complicada conseguir que el oro forme un círculo

acomodado al grosor de nuestro dedo y que constituyen excelente remedio para las torceduras. Yo mismo tengo un anillo hecho con este tipo de oro”.

Y así comenzó la carrera legendaria del aurum vegetabile, el “oro que crece”.

Por lo demás, es absolutamente cierto que en los viñedos húngaros se han hallado estos zarcillos de oro en forma de alambre espiralado.

Un médico alemán, E. W. Happel, reunió las observaciones contemporáneas en su libro: *Relationes Curiosae* (1683, Hamburgo). Dos de los casos habían ocurrido en Eperjes, en el norte de Hungría, y fueron informados por el doctor M. H. Franckenstein, en larga carta a su amigo Sachs de Lewenheim, eminente médico de Breslau.

El viñador de un noble estaba descansando después del trabajo, y de pronto advirtió un resplandor amarillo en el suelo. Lo examinó con atención y halló que estaba enterrado profundamente. Con gran dificultad consiguió arrancar un buen trozo. Llevó el objeto al orfebre. “Es oro puro, y del más fino”, dijo el experto. Feliz, el viñador vendió su hallazgo y regresó al lugar donde se había producido el milagro. Y ciertamente, el milagro hubo de repetirse: al cabo de pocos días, en el lugar del trozo arrancado

apareció otro. La autenticidad del caso está demostrada por las actas de un juicio; pues el viñador continuó llevando al orfebre los trozos de oro, hasta que al fin se difundió el rumor, y tanto el propietario del viñedo como el gobierno le iniciaron juicio por haber iniciado la explotación del oro sin la debida autorización.

Otro caso: el arado de un campesino trajo a la superficie una raíz de oro de pocas pulgadas de longitud. El hombre no advirtió el valor del objeto, y lo transformó en pieza de arreo. En cierta ocasión, había llevado cierta cantidad de madera a la ciudad de Eperjes, y se detuvo frente a la casa del orfebre; éste vio la extraña pieza, y la compró por una nada.

Todavía en el siglo XVIII muchos eruditos cavilaban sobre el caso del “oro vegetal” de Hungría. En el verano de 1718 la conocida revista *Breslauer Sammlungen* le consagró un extenso artículo; en 1726 (volumen XXXVI) publicó un informe de Kesmark, ciudad de Alta Hungría. De acuerdo con el mismo, los cosechadores de la propiedad de Andras Pongracz, un noble húngaro, hallaron una pieza de buen tamaño de “oro natural” que pusieron en manos del amo, como correspondía. Se estableció el valor del oro en 68 guldens. (En aquellos tiempos un marco

de Colonia equivalía a 72 guldens. Por consiguiente, el oro hallado era mas o menos la misma cantidad contenida en un marco de Colonia: es decir, 233,81 gramos, alrededor de 8 onzas troy.)

Pero ni esto fue suficiente para la hambrienta imaginación de los buscadores de oro. Y otro de sus alimentos fueron las uvas de oro. Son relativamente frecuentes los informes que aluden a la existencia de uvas en cuyo interior hay oro.

Matthew Held, el médico de corte de Sigmund Rackoczi, príncipe de Transilvania, relata que en un banquete celebrado en Sarospatak, la antigua ciudad universitaria del nordeste de Hungría, se sirvieron al principio uvas de piel dorada.

El príncipe Carlos Batthyany, famoso caballero de su época, presentó un racimo semejante a la emperatriz María Teresa. El hábil orfebre preparó una caja de oro, y en su interior había un ciervo de oro que sostenía en la boca las uvas de oro. Después de la disolución de la monarquía dual, la caja fue recuperada por Hungría, y conservada en el Museo Nacional de Budapest. Está clasificada con el nombre de "Caja Tokay". El racimo se secó y descompuso, pero bajo la piel de las uvas había auténticos granos de oro. Naturalmente, habían sido introducidos allí

por el hábil orfebre.

La noticia de la fruta milagrosa se difundió por doquier... y llegó a la lejana Inglaterra. Stephen Wespzremi, médico de la ciudad húngara de Debrecen, describió en 1773 el remate, durante sus años de estudiante, de los efectos de Richard Mead, el médico de la corte.

“Un lord inglés”, escribe Wespzremi, “hombre muy rico, compró a muy elevado precio un racimo de uvas secas y encogidas. Se creía que provenían de Hungría y contenían gran cantidad de granos amarillos que brillaban como oro”.

El rico par llevó el valioso racimo al profesor Morris, para que lo examinara. Wespzremi asistió al experimento, que resultó desalentador. El supuesto oro fue consumido por el fuego. “De modo que en breve lapso el áureo racimo húngaro del lord inglés se convirtió en cenizas, juntamente con todas las libras y los chelines que había pagado por él”.

¿Cuál era el fundamento de todas estas doradas fantasías?

Las raíces, los brotes y los zarcillos de oro no eran sino restos de antiguas joyas, celtas o de otra procedencia. En situaciones de peligro, sus propietarios las enterraban, y cuando trataban de recupe-

rarlas, algunas se rompían o perdían. Quizás los propietarios habían perecido, y las joyas permanecían bajo tierra hasta que alguna raíz se enredaba en ellas y las llevaba a la superficie. Esos hilos de oro en forma de espiral abundan en los museos de todo el mundo.

En cuanto a las pepitas de oro, resultaron ser los huevos vacíos de una sabandija bastante común. El animalito salía del huevo y abandonaba la cáscara amarillenta para diversión de los coleccionistas de riquezas.

En conjunto, la leyenda no era otra cosa que el ensueño dorado concebido por la estupidez, el juego afebrado de cerebros infectados de codicia. Pero el “áureo racimo” era uno entre muchos sueños. Los sueños rayaban muy alto, se elevaban hasta los cielos. La propia Providencia, decían los soñadores, Dios y la Causa Final habían elegido al oro como intérprete de sus mensajes proféticos a la humanidad.

En el ya mencionado ensayo de Wespzremi sobre el “oro vegetal” hay este pasaje: “Hasta ahora nos hemos comportado con respecto a nuestro oro que crece como lo hizo Jacob Horstius ante el diente áureo del muchacho silesiano, cuando se

unió a Martin Rulandus y a otros sabios menores para proclamarlo gran milagro de la naturaleza, y escribió un libro entero sobre él.”

Jacob Horstius fue profesor y decano de la Universidad de Helmstat. Su libro, al que Weszpremi se refiere, fue publicado en Leipzig, en el año 1595, bajo este complicado título: *De aureo dente maxillari pueri silessii, primum, utrum eius generatio naturalis fuerit, nec ne; deinde an digna eius interpretatio dari quaeat*. Y la obra provocó una verdadera guerra en el mundo del saber.

El punto de partida fue el caso del niño silesiano que, créase o no, había echado una muela de oro. Una auténtica muela de oro, en el lado izquierdo de la mandíbula inferior. La posición poseía enorme significado.

Si un hombre de ciencia de esa época hubiera dicho que había visto a un niño de cuyos oídos manaba mercurio, o a quien le había crecido una uña de cobre, lo habrían encerrado sin más trámites. Pero como el metal aludido en la historia de Horstius era el oro, se consideró con gran reverencia el celestial milagro, y la ciencia aplicó todos sus poderes en un esfuerzo por resolver el enigma.

El profesor Horstius elaboró una teoría, en la

que desplegó brillante lógica.

El niño había nacido el 22 de diciembre de 1585. El sol estaba bajo el signo de Aries, en conjunción con Saturno. Debido a las favorables condiciones astrológicas, las potencias que nutrieron el cuerpo del infante trabajaron con tan extraordinario celo que produjeron oro en lugar de hueso.

Este argumento explicaba por sí solo el milagro. Pero a la influencia de las estrellas se agregaba un hecho de efectos muy conocidos por la ciencia médica. Mientras la madre llevaba en su seno al niño, había visto objetos de oro, o monedas de ese metal, y luego se había tocado uno de los molares. Es bien sabido que si una mujer embarazada desea ardientemente algo, y al mismo tiempo su mano toca su propia cara, o la nariz, o el cuello, o cualquier otra parte del cuerpo, el niño llevará la imagen del objeto deseado bajo la forma de una marca de nacimiento en el mismo sitio. [Tal la teoría contemporánea de las influencias prenatales. El doctor Joubert, un médico de gran cultura, en su libro sobre las supersticiones médicas, publicado en 1601, aconsejaba a todas las madres no tocarse el rostro en esos casos, y llevar rápidamente la mano a cierto lugar posterior... en realidad, el autor define exactamente el

sitio; pues (dice con cierta sorna) nadie verá una marca allí.]

Segundo problema: ¿Qué significa ese molar tan extraño?

Sin duda, escribe el erudito profesor, fue enviado como aviso celestial. En Hungría, la brillante victoria de Fulek, conquistada por los ejércitos cristianos sobre el turco pagano, fue seguida de sangrientas derrotas, como castigo a nuestros pecados. Pero Dios nos había dado esperanzas... pues un molar de oro significa la proximidad de una Edad de Oro. El Emperador de Roma se disponía a expulsar al turco de Europa, y luego comenzaría una Edad de Oro de mil años. Pero como la muela había aparecido en la mandíbula inferior y del lado izquierdo, era conveniente no alentar excesivas esperanzas, pues la Edad de Oro se vería precedida de inquietudes y tribulaciones.

Todo esto parecía tan lógico y promisorio que Martin Ruland, médico de Regensburg, se apresuró a escribir otro libro, apoyando todas las afirmaciones de Horstius. Por otra parte, Johann Ingolstadter se mostró escéptico y atacó a Ruland. Ruland replicó el ataque. Entonces entró en escena Duncan Liddel, quien adujo que Horstius no podía estar en

lo cierto. ¿Por qué? Porque el 22 de diciembre de 1585 el sol no podía haber estado bajo el signo de Aries. Como los argumentos de una y de otra parte se tornaban extremadamente difusos, Andreas Libovius, el muy respetado químico de Coburgo, los resumió y comentó en otro libro.

Finalmente, un médico de Breslau tuvo una idea razonable. “Examinemos al niño”, propuso. (Hasta ese momento, a nadie se le había ocurrido nada parecido.) Al principio, el examen pareció favorecer a los creyentes. Un orfebre frotó el molar con cierta piedra, y se comprobó que era auténtico oro. Pero un médico local llamado Rhumbaum descubrió una grieta sospechosa en la parte superior de la muela. Examinó el sitio más atentamente, y resultó que la muela se movía. La muela estaba cubierta por una delgada capa de oro. No era una corona de oro como las que se emplean en la moderna odontología; los ingeniosos padres habían apretado un botón hueco de oro contra el molar del niño.

La bella burbuja profética reventó estrepitosamente. Cien años después los turcos fueron expulsados de Hungría (aunque no de Europa) pero aún no se vislumbra el comienzo de la Edad de Oro. O tal vez Ovidio acertó cuando dijo que la Edad de

Oro ya había llegado, y que el oro era nuestro amo; pues con oro se consigue a la mujer, y el oro paga el amor.

6.

La aureomicina es uno de los antibióticos recientes, pero el empleo medicinal del oro (aun en cantidades minúsculas) no es ciertamente un hecho nuevo. A fines de la década del veinte, un balneólogo francés daba a sus pacientes inyecciones de oro destinadas a combatir el reumatismo. Sin duda eran muy eficaces... sobre todo desde el punto de vista del médico.

Sin embargo, el oro fue empleado como droga de carácter medicinal ya en tiempos de Plinio. Posteriormente, los médicos árabes lo convirtieron en el eje de toda su farmacopea. La terapia medieval preservaba cuidadosamente las tradiciones. Era simple cuestión de lógica; el rey de todos los metales “necesariamente debía poseer mayores poderes curativos que las sustancias innobles”.

La panacea favorita, casi universal, era el aurum potabile, el oro potable. Cuando aludían a sus efec-

tos, los médicos se dejaban dominar por líricos transportes. Generalmente se lo usaba como cordial, pero también era eficaz contra otras perturbaciones. Una cuenta conservada en los archivos de la corte de Luis XI demuestra que los médicos emplearon oro líquido para curar la epilepsia del monarca; y las recetas ordenadas insumieron la cantidad de 96 monedas de oro.

El oro potable era preparado de muchos modos distintos. En *De triplici vita*, de Marsilius Ficinus (publicado en 1489) aparece una receta; fue preparada para el rey húngaro Matthias Corvinus:

“Todos los autores afirman que el oro es, entre todas las sustancias, la más suave y menos sujeta a corrupción. Debido a su brillo está consagrada al Sol; su suavidad la subordina a Júpiter; por consiguiente, es capaz de moderar milagrosamente con su humedad el calor natural y de impedir la corrupción de los humores corporales. Es capaz de introducir el calor del sol y la tibieza de Júpiter en las diferentes partes del cuerpo. Con este fin es necesario refinar la sustancia extremadamente dura del oro y facilitar su absorción. Es bien sabido que las póciones que influyen al corazón son las más efectivas, si se consigue mantener sus virtudes. Con el fin de

que el organismo sufra lo menos posible, han de administrarse las más pequeñas cantidades, y con la mayor cautela. Sería más aconsejable que se prepare oro líquido libre de toda sustancia extraña. Pero hasta ahora ello sólo es posible si se fragmenta el metal o se lo bate hasta transformarlo en hojas de oro.

“Veamos cómo es posible obtener oro potable.

“Tómense flores de borraja, buglosa y melisa (al que denominamos Bálsamo común) cuando el Sol está en el signo de Leo. Hiérvanse las flores juntamente con azúcar blanca disuelta en agua de rosas; por cada onza del cocimiento agréguese tres hojas de oro. Ha de tomárselo con el estómago vacío, en pequeña cantidad de vino de color dorado.”

Atribuíase mayor eficacia al oro si se lo calentaba a fuego lento antes de agregarlo al cocimiento. Pero debía ser oro puro, no adulterado. El oro húngaro (particularmente las monedas del rey Matías, con el cuervo de su escudo de armas) gozaba de la más elevada reputación. Se lo utilizaba también como remedio contra la ictericia, pues los médicos consideraban simplemente lógico que la enfermedad que tornaba amarillo al paciente debía ser curada mediante un metal amarillo; del mismo modo

que los puntos rojos del sarampión cedían más rápidamente cuando se envolvía al enfermo en sábanas rojas.

Tanto en el caso del sarampión como en el de la viruela el oro desempeñaba un papel curativo. ¿Acaso había algo mejor para impedir las feas marcas faciales que el oro, el cual- como todo el mundo sabía- era un maravilloso cosmético? Alrededor de 1726 se acuñaron en Francia nuevas monedas de oro. Los especialistas en belleza aconsejaron a las damas frotarse los labios con esas monedas. Pues, según afirmaban, el oro atraía la sangre, y los delicados labios cobrarían un hermoso color sin necesidad de apelar al lápiz labial.

Una teoría semejante recomendaba el oro para las mujeres bellas que habían enfermado de viruela. Una delgada hoja de oro era aplicada sobre el rostro de la paciente; el estelar efecto del oro debía impedir la maligna obra de destrucción de la viruela. Ese fue el método aplicado a la condesa Nicholas Bercsenyi, segundo jefe del príncipe Francis Rakoczi en la lucha de los húngaros contra los Habsburgo. Desgraciadamente, el resultado no fue muy bueno. Kelemen Mikes, secretario de Rakoczi y amanuense, que escribió una larga y brillante serie de cartas des-

de el exilio que sufrió entre los turcos el príncipe derrotado, informó el 28 de diciembre de 1718:

“Las damas de calidad reciben tratamiento distinto del que se aplica a las mujeres comunes. Tan pronto como la condesa cayó enferma, se reunió un ejército de médicos; y cada uno tenía su propia opinión sobre el modo de impedir las señales de la enfermedad y de preservar la belleza de la dama. Uno de ellos aconsejó cubrir de oro el rostro de la enferma. Aceptóse el consejo; fue cubierta con hojas de oro, convirtiéndola en una imagen viviente. Después, debió permanecer recluida cierto tiempo, pero al fin fue preciso quitar el oro; pues no podía caminar con el rostro dorado, y además sus mejillas rojas eran más bellas que las doradas. Se presentó entonces el dilema: ¿Cómo eliminar las hojas de oro? Ni aguas ni pociones daban el menor resultado; finalmente, fue preciso usar agujas para liberar las mejillas; tuvieron éxito en todo, menos en las hojas que cubrían la nariz, donde el oro se había secado de tal modo que la tarea resultó casi imposible. Al fin lo lograron, pero la piel conservó un tono oscuro. Razón por la cual a nadie aconsejo que se deje dorar la cara.”

La terapia áurea tuvo muchas otras variantes.

Los convalecientes masticaban delgadas hojas de oro para recuperar fuerzas. Los antiguos venecianos sazonaban sus comidas con limaduras de oro. Las verrugas de Luis XIV fueron eliminados por el doctor Vallot con “aceite de oro”. El doctor Cabanés nos informa que el noble metal fue empleado a veces con fines más vulgares: como ingredientes de lavativas o enemas.

Es difícil descubrir para qué servía el perfume de oro. Fue inventado por un orfebre de París llamado Tritton de Nanteville. Los diarios alemanes le consagraron cierta atención en 1766, pero negaron todo valor práctico a la invención... probablemente por envidia nacionalista.

Algunos médicos prudentes temían que el oro, tomado directamente, pudiera perjudicar al paciente. De modo que inventaron un método sumamente ingenioso con el fin de aplicarlo indirectamente. Mezclaron limaduras de oro en el alimento de las gallinas. A ésta les tocaba afrontar el riesgo, y poco importaba si el oro las perjudicaba; cuando llegara ese momento, la carne del animal habría absorbido la “virtud” del metal y el ave sería sacrificada. La carne de la gallina así alimentada era un medicamento tan efectivo como cualquier otro preparado a

base de oro. Pero se prevenía al paciente que no debía comer la molleja. No porque pudiera perjudicarlo, sino porque quizás contenía un poco de oro, utilizable nuevamente. Por la misma razón, debía mantenerse a la gallina en una jaula, no fuera que el pródigo animal malgastara el precioso metal entre las flores del campo.

Toda la terapia áurea fue resumida en una frase por Samuel Koleseri, que publicó en 1717, cuando más difundida se hallaba esta manía, un libro titulado *Auraria Romano-Dacica*. Allí decía:

“¿Qué correspondencia guardan en medicina el Valor y la Eficacia? Todo esto se parece a la lógica del joven campesino cuyo padre enfermó. El hombre deseaba dar al anciano algún alimento exquisito. De modo que compró un canario de hermosa voz y lo frió para su doliente padre.”

7.

La más deslumbrante y trágica personificación del oro fue el sueño de Eldorado.

El primer grupo de aventureros partió a su conquista en 1530. La última expedición tuvo lugar en

1618. Estos hombres audaces soportaron las más horribles privaciones, y su voluntad los llevó a realizar fantásticas hazañas. Sufrieron los tormentos del hambre, porque los movía un hambre devoradora... lo que los antiguos llamaron auri sacra fames.

La lengua se les adhirió al paladar; tenían la garganta más seca que las arenas del desierto; pero eso era nada comparado con la sed que sólo podía calmar un mar de oro.

En sus vagabundeos se vieron acechados por innúmeros peligros: las exhalaciones ponzoñosas de los pantanos, los mosquitos portadores de la malaria, el veneno paralizante de las flechas indias. Todo lo soportaron, pues en sus venas ardía el veneno del oro.

Cruzaron las junglas sin caminos, vadearon las rápidas corrientes de ríos desconocidos, treparon montañas cubiertas de nieve, recorrieron miles de millas. Nunca sintieron la fatiga, pues pensaban hallar descanso y recompensa bajo las cúpulas doradas de la ciudad de Manoa.

Estos héroes, aventureros, asesinos y superhombres no sabían que estaban persiguiendo una quimera, un sueño insustancial, un tema de leyenda. La estupidez de estos hombres rozaba lo he-

roico y lo trágico; pero fue una estupidez costosa y sanguinaria.

Cuando los españoles interrumpieron la matanza de indios y comenzaron a hablar con ellos, se enteraron de una leyenda que les aceleró los latidos del corazón y les hizo hervir la sangre en las venas por el deseo y la codicia del oro.

Hay un país, dijeron los indios, cuyo rey o sumo sacerdote se cubre con polvo de oro en un festival religioso anual. Y luego se limpia el oro en un lago sagrado. Todo esto ocurre en una legendaria ciudad llamada Manoa u Omoa, la capital de un país en el que hay cantidades fabulosas de oro y de piedras preciosas.

Esto fue suficiente para inflamar la imaginación de los españoles. Bautizaron “El dorado” al mítico rey sacerdote. Luego aplicaron el mismo nombre, por extensión, a la propia ciudad de Manoa; y finalmente, llamaron así a todo aquel país mítico.

Los rumores de la existencia de esta región habían llegado de tiempo en tiempo a oídos de los españoles. Prescott explica en su *Historia de la Conquista del Perú* cómo, en 1511, cuando Vasco Núñez de Balboa estaba pesando cierta cantidad de oro que había obtenido de los nativos, “un joven jefe bárba-

ro allí presente dio un puñetazo a la balanza, y arrojando al suelo el deslumbrante metal, exclamó: «Si esto es lo que ustedes tanto aprecian, al extremo de que por conseguirlo están dispuestos a abandonar sus lejanos hogares y a arriesgar la vida, puedo señalarles una región donde comen y beben en vajilla de oro, y donde el oro es tan barato como entre ustedes el hierro»”. El mito cobró impulso, hasta que se habló de montañas de oro que se elevaban al cielo, encegueciendo al espectador cuando sobre ellas se reflejaba la luz del sol.

Naturalmente, los españoles hallaron oro en Méjico y en Perú; pero no era bastante. Su codicia del brillante metal era insaciable; y, como es natural, no eran ellos únicos en quienes alentaba ese sentimiento.

Posteriormente apareció un español que afirmó haber estado en Manoa, y que declaró haber sido huésped del propio “Eldorado”. Éste, Juan Martínez, era teniente de Diego de Ordaz. El propio Ordaz era uno de los oficiales de la expedición de Cortés; pertenecía a la casa del gobernador Velásquez, gran enemigo de Cortés. El conquistador de Méjico lo tenía por espía de sus propios actos, y en varias ocasiones procuró desembarazarse de él. A

su vez, Ordaz disputó con Martínez, a quien acusaba de insubordinación. Lo sentenció a muerte, pero la pena fue conmutada por otra un poco menos drástica; Martínez fue depositado en una canoa sin remos y la embarcación lanzada a la deriva sobre las aguas del Orinoco. Martínez, relató después que había sido recogido por algunos indios amigos, y llevado a Manoa, donde lo presentaron como curiosidad al cacique reinante (pues en esos parajes jamás habían visto a un blanco). Allí pasó siete meses maravillosos. Martínez aseguró que la Ciudad del Oro era exactamente como había sido descrita en repetidas ocasiones... o más fabulosa aún, pues en una sola calle había tres mil orfebres que trabajaban día y noche. Después de siete meses, “Eldorado” envió graciosamente de retorno a Martínez, con adecuada escolta y todo el oro que sus acompañantes podían transportar. ¿Dónde estaba el oro? Desgraciadamente, en el trayecto una tribu de indios había atacado la columna, matando a la escolta y apoderándose del metal.

Todo lo cual fue materia de un informe escrito por Juan Martínez. Cuando Sir Walter Raleigh cayó sobre Trinidad e incendió la capital española en un gesto un tanto inamistoso, el atemorizado goberna-

dor español trató de calmarlo con el informe de Martínez, probablemente porque abrigaba la esperanza de que Raleigh y sus hombres se consagraran a la búsqueda de Eldorado... o, por lo menos, se alejaran bastante de Trinidad. El gobernador juró que el informe original de Martínez se hallaba en la capital de Puerto Rico, conservado en los archivos oficiales.

Aunque parezca extraño, Sir Walter creyó en el relato. Su expedición partió en 1595... y fracasó, lo mismo que las anteriores. De acuerdo con Raleigh, "Eldorado" o Manoa era una ciudad sobre el lago Parima, en Guayana. Así lo informó a la Reina Isabel, y agregó a la historia del gobernador de Trinidad varios datos reunidos por Francisco López de Gomara en su *Historia general de las Indias* (Medina, 1553). Gomara nunca había estado en el Nuevo Mundo; pero, de acuerdo con Prescott, "disponía, gracias a su situación, de los mejores medios de información". Probablemente es bastante fidedigno con respecto a la conquista de Méjico y del Perú, pero por lo que se refiere a "Eldorado", el erudito profesor de retórica de Alcalá demostró tanta credulidad como sus colegas más ingenuos. He aquí su descripción del palacio del cacique Guaynacapa:

“Toda su vajilla, aún la que se emplea en la cocina, es de oro. En sus departamentos hay enormes estatuas de oro puro. Hay también reproducciones de tamaño natural de todos los animales de su país, cuadrúpedos, aves o peces. Tiene un jardín privado, donde descansa; y allí, todos los árboles, arbustos, flores y plantas son de oro purísimo. También posee inmensas cantidades de oro, en forma de lingotes, apilados como si se tratara de simples trozos de madera”.

Más tarde, el erudito Alejandro von Humboldt realizó un valeroso esfuerzo con el fin de desacreditar la leyenda de “Eldorado” y de demostrar la inexistencia de esa región. De acuerdo con Humboldt, en el territorio entre el Amazonas y el Orinoco hay gran cantidad de una sustancia dorada, carente de todo valor, la mica. A menudo cubre las laderas de las montañas, y los rayos del sol poniente le arrancan reflejos dorados. Los guerreros de algunas tribus emplean el polvo de mica para frotarse la piel, en lugar de aplicarse tatuajes o pintura.

Los indios odiaban a los conquistadores españoles, y utilizaron estos hechos para desorientarlos y seducirlos. Martínez desarrolló la leyenda, e inventó la historia de su propia visita a “Eldorado” para

aprovechar la gloria del “descubridor”, y también para hacer olvidar su pasado poco limpio. Su famoso informe jamás fue hallado, y el jardín dorado del cacique Guaynacapa surgió en la fértil y crédula imaginación de Gomara.

La historia de la humanidad conoce pocos casos en que tan ridículos cuentos de hadas hayan sido aceptados no sólo por belicosos aventureros, sino también por gobiernos de espíritu muy concreto, y por fríos financistas.

Tracemos con la mayor brevedad posible el balance del mítico sueño de Eldorado:

1530. Ambros Dalfinger, financiado por la banca de Welser, en Augsburgo, parte con doscientos soldados y varios centenares de esclavos. Los esclavos marchaban encadenados, sujetos por anchos collares de hierro. Si alguno de ellos caía, agotado o enfermo, no se perdía tiempo en quitarle el collar ni en socorrerlo; simplemente, se le cortaba la cabeza, y el látigo apuraba la marcha del resto. No hallaron el famoso Eldorado; y Dalfinger fue muerto por una flecha india.

1536. Otro alemán, Georg Hohemut (por lo menos el nombre era de buen presagio, pues significa “elevado coraje”) partió con unos pocos centena-

res de aventureros alemanes y españoles. La expedición fue un completo fracaso. Hohemut fue muerto por un asesino español a sueldo, que lo apuñaló en el lecho.

1541. La última expedición alemana, bajo la dirección de Felipe von Hutten. Al regreso de la inútil búsqueda, su jefe fue decapitado por el gobernador de Venezuela.

1552. El primer intento serio de los españoles, dirigido por Don Pedro de Ursúa, un noble de Navarra. Con el fin de intimidar a las tribus salvajes, invitó a los jefes a una comida, y allí los asesinó a todos. El lugarteniente de Ursúa, Pedro Ramiro, fue asesinado por dos oficiales durante una disputa. Ursúa mandó decapitar a los dos oficiales.

1560. Segunda expedición de Ursúa. Su nuevo lugarteniente, Aguirre, organizó una conspiración contra Ursúa, y éste fue asesinado por sus propios soldados.

1561. Bajo la dirección de Aguirre, la expedición se convirtió en banda de delincuentes que saqueaban y asesinaban. Sin embargo, a veces andaban tan escasos de alimentos que se veían obligados a contar los granos de cereal con que se alimentaban. Por orden de Aguirre, Martín Pérez asesinó a Sancho

Pizarro, de cuya lealtad Aguirre sospechaba. Luego vino el turno de Pérez, también asesinado. Un lugarteniente de Aguirre, Antonio Llamosa, bebió la sangre de Pérez para demostrar su lealtad. Aguirre, que evidentemente era un maníaco sadista, hizo ejecutar a más de sesenta personas con los más fútiles pretextos. En cinco meses de actividad saqueó cuatro ciudades y diezmó a sus propios españoles... entre ellos a tres sacerdotes y cinco mujeres. Las tropas enviadas para capturarlo rodearon el campamento, y los hombres de Aguirre desertaron. Cuando comprendió que no había modo de huir mató a puñaladas a su propia hija. Fue atrapado y muerto. Su leal compañero, Llamosa, el bebedor de sangre, fue ahorcado junto con otros cómplices.

1595-1618. Varias expediciones emprendidas por Sir Walter Raleigh. Con sus propios recursos equipó naves, y gastó más de 40.000 libras en la fútil búsqueda. Su prisión y eventualmente su ejecución se debieron indirectamente a esa enloquecedora búsqueda de Eldorado.

Ríos de sangre... y todo por un sueño que ni siquiera era eso.

“Eldorado” fue sólo el más notable ejemplo de las innumerables leyendas nacidas en torno del oro

y de sus desequilibrados y absurdos perseguidores. Se buscaba oro por doquier: en las montañas, en el desierto, en la selva... y aun bajo el mar. ¡Piénsese en el dinero y las vidas sacrificados al galeón *Tobermory*, hundido en las proximidades de la isla de Mull, que ha resistido los intentos realizados durante tres siglos para recuperar el supuesto tesoro de la Armada! ¡Piénsese en las expediciones a la isla de los Cocos, en la búsqueda del tesoro de los piratas! Súmese el costo en vidas humanas y en esfuerzo—échese la cuenta en dinero, si así se lo prefiere— y el balance será índice de la estupidez humana, siempre dispuesta a ganar que la tontería merece siempre.

8.

Pero si fue difícil hallar, y más aún conservar el oro, siempre se soñó con la existencia de un atajo. Ese fue el sueño del alquimista. Y si los alquimistas no produjeron oro para quienes los patrocinaban, con cierta frecuencia lo obtuvieron para sí mismos, gracias a la inagotable veta de la estupidez humana.

Hace algunos años vino a mis manos una antigua guía austríaca. Su autor fue J. B. Küchelbecher;

y su impresionante título, *Allerneueste Nachricht vom Römisch-Kayserl. Hofe, nebs einer ausführlichen Historischen Beschreibung der Kayserlichen Residenz-Stadt Wien* (Las últimas noticias de la Corte Imperial Romana, con una detallada descripción histórica de Viena, la Ciudad de Residencia Imperial). La “Corte Imperial Romana” era la corte de los Habsburgo, amos del Sacro Imperio Romano. El libro, publicado en 1730, incluye un capítulo consagrado al Tesoro Imperial de Viena, y en él se enumeran casi todas las piezas que dicho tesoro contenía. Entre ellas se hallaba un trozo de oro valuado en trescientos ducados que cierto alquimista, J. K. Richthausen, había producido a partir del plomo. Había realizado la hazaña en presencia de Su Majestad Real e Imperial, Fernando III, como lo demuestra la inscripción sobre la pepita más grande (Exhibitum Pragae d. 15. Jan 1658. in praesentia Sacrae Caes. Maj. Ferdinand III). Otra pieza de la misma sección era un gran medallón redondo, con los retratos en relieve de cuarenta y un miembros de la casa de Habsburgo. El medallón y la cadena habían sido de plata, pero un alquimista checo, Wenzel Seyler, los había “trasmutado parcialmente” en oro.

Sabemos algo de la carrera de ambos alquimis-

tas. Richthausen recibió de Fernando III el título de barón. Leopoldo I ennobleció a Seyler y ordenó acuñar medallas especiales con su “oro artificial”, y sobre ellas se grabó la siguiente inscripción: Aus Wenzel Seylers Pulvers Macht bin ich von Zinn zu Gold gemacht (Por el poder del polvo de Wenzel Seyler, de plomo que era me convertí en oro).

En muchas otras colecciones había oro producido por alquimistas. Aquí, medallas envueltas en terciopelo proclamaban orgullosamente la historia de las transmutaciones mágicas, allí, una copa de oro atestiguaba que había sido nada más que hierro antes de que, el arte misterioso de los alquimistas la transformara en el precioso metal. Küchelbecher vio un clavo en la colección del Gran Duque de Toscana; era mitad hierro, mitad oro. Los objetos de “plata artificial” constituían hazañas más modestas; entre ellos se hallaban los llamados táleros Kronemann, “manufacturados” por el barón Kronemann, alquimista de la corte de Cristián Ernesto, elector de Brandeburgo. El “material original” era plomo y mercurio.

Los Habsburgo se hallaban particularmente interesados en la alquimia. El emperador Rodolfo, que prefería residir en Praga y no en Viena, buscaba

en sus ratos de ocio el Elixir de la Vida y el Elemento Esencial. Tenía a su servicio una docena de alquimistas, y para ellos construyó una hilera de casitas en el Hradsin, el castillo medieval que se elevaba sobre la ciudad de Praga. Eran tan pequeñas que parecían celdas o jaulas. Contábase que si un alquimista incurría en el desagrado del Emperador, se lo arrojaba desde las almenas sobre las afiladas rocas de la ladera... y que varios sufrieron esa ingrata muerte.

La emperatriz María Teresa era una mujer inteligente; emitió un decreto en virtud del cual se prohibía la fabricación de oro en sus dominios. Pero sus sucesores no siguieron tan discreto ejemplo. Corría ya el año 1860, cuando la corte de Viena cayó en el lazo que le tendieron tres estafadores internacionales. Parece casi increíble, pero la verdad es que durante dos años enteros estos sujetos trabajaron en la Casa de Moneda imperial, bajo la supervisión de los profesores del Instituto Tecnológico de Viena. ¡Habían prometido convertir cinco millones de guldens de plata en oro por valor de ochenta millones! La administración de la Casa de Moneda ya había preparado el presupuesto de la “fábrica de oro” proyectada, cuando al fin la Corte Imperial recuperó el

sentido. Se expulsó a los impostores, se concedió el retiro al director de la Casa de Moneda y todos los documentos relativos a la ridícula aventura fueron escondidos en los archivos secretos. Allí fueron hallados en 1919, después del derrumbe de la monarquía austrohúngara, y publicados para sorpresa y diversión de la misma gente cuyos abuelos habían debido pagar el costo de esta gigantesca locura.

Durante mil años ardió el fuego en los hornos misteriosos de los alquimistas, durante mil años los gobernantes codiciosos persiguieron la quimera del oro artificial. Lo único que obtuvieron fueron algunas curiosidades conservadas en los estantes de los museos. Jamás se formularon una simple y elemental pregunta: ¿por qué el poseedor de tan vital secreto lo ofrecía a otros, en lugar de reservarlo para su único y exclusivo beneficio? Les hubiera bastado “fabricar” unos pocos centenares de barras para comprarse un ducado o un pequeño principado.

¿Cuál era el secreto de los Richthausen y de los Seyler... y de otros muchos? Un ardid extremadamente hábil, cuyo éxito se debía exclusivamente a que se hacía víctima de él a gente que quería creer, que estaba muy dispuesta a dejarse engañar. He hallado el relato circunstanciado de una de estas im-

posturas, y por ella podremos quizás explicarnos el mecanismo de las restantes. El relato aparece en un folleto publicado en 1649 y reimpresso en 1655, bajo el siguiente título: *Usufur, ein List- und Lustiger Betrug* (Usufur- un astuto y divertido engaño). Su héroe fue un personaje que se presentó bajo el nombre de Daniel de Transilvania; su víctima, el Gran Duque de Toscana.

Este Daniel comenzó su carrera como charlatán en la ciudad de Padua. Ciertamente, llama la atención que un farsante pudiera instalarse a la sombra de la Universidad de Padua y reunir dos mil ducados de oro en poco años. Según parece, ayudaba realmente a sus enfermos, lo cual no debe sorprendernos, porque en aquellos tiempos llamar a un médico equivalía a evocar la sombra del Ángel de la Muerte. Un médico experto, conocedor de su arte, empezaba por sangrar, aplicaba lavativas, ponía sanguijuelas y administraba eméticos; y una vez que había logrado debilitar al paciente, le hacía tragar las más atroces medicinas, de modo que el torturado “sujeto” perdía todo deseo de vivir. En cambio, las píldoras de maese Daniel eran absolutamente inofensivas, y no perturbaban el pacífico trabajo terapéutico de la Naturaleza.

Pero el charlatán de Padua alimentaba más elevadas ambiciones. No lo satisfacía el lento desarrollo de su fortuna. Preparó los detalles de su gran impostura con el cuidado que un buen general habría puesto en el plan general de una gran campaña. En primer lugar, difundió la noticia de que había descubierto un misterioso polvo de inigualada eficacia. Se trataba del famoso usufur. No se ocupaba personalmente en la venta; lo suministraba a los farmacéuticos y luego indicaba a los pacientes que lo compraran en los negocios. Las infinitesimales cantidades de usufur no podían perjudicar a los enfermos; por consiguiente, a menudo curaban. La fama de la nueva droga maravillosa se difundió por toda Italia. Daniel se negó a satisfacer encargos y pedidos que no provinieran de los farmacéuticos florentinos... y ése fue el segundo paso de su cuidadoso plan.

El tercer paso consistió en ir a Florencia y solicitar audiencia al Gran Duque. Sabía que el amo de Toscana era apasionado creyente en la alquimia. Daniel reveló que había hallado el secreto de la fabricación del oro, y lo ofreció al duque. Sólo pedía, en cambio, 20.000 ducados de oro; y ello sólo en caso de tener éxito. La oferta parecía razonable, y el

Gran Duque la aceptó; sólo exigió que se realizara primero una “prueba”. Daniel se prestó gustoso. Fue llevado al laboratorio privado del duque, e inmediatamente comenzó la gran operación. Fundió y mezcló cobre y estaño; agregó cierto misterioso polvo a los metales fundidos, y enfrió la mezcla y mostró a todos la amalgama: era oro. El orfebre de la corte examinó el resultado y declaró que la mezcla de cobre y de estaño se había convertido realmente en oro. Y entonces Daniel reveló el gran secreto: su panacea universal, el usufur, había logrado el milagro. Y podía conseguirse usufur en la tienda de cualquier farmacéutico. El Gran Duque envió inmediatamente mensajeros a varias farmacias, elegidas al azar; él mismo fundió los metales y realizó la mezcla, y todos las pruebas dieron el mismo resultado: en la retorta aparecía oro.

Daniel de Transilvania se vio abrumado de honores. Fue alojado en el palacio ducal, se sentó a la mesa del duque, y dos chambelanes y cuatro valets recibieron orden de atender a su servicio. Cuando salía del castillo, seis guardias acompañaban el carruaje... lo cual, si bien se mira, era merecido honor para tan grande hombre. El Gran Duque se sintió incapaz de controlar su exuberante felicidad; y re-

solvió que en adelante él mismo se ocuparía en fabricar su propio oro. Tan conmovido estaba ante su buena fortuna, que depositó una calavera sobre el escritorio de su estudio, para que le recordara constantemente que todo ser humano es mortal, poniendo freno así a su propio exceso de confianza y de orgullo.

Daniel de Transilvania había cumplido su parte del acuerdo, y comenzó a insinuar indirectas sobre los 20.000 ducados. Dejó entrever que debía dar dote adecuada a sus hijas. También solicitó una breve licencia, pues debía arreglar ciertos asuntos familiares en Francia. Se le concedió la licencia y se le pagó el dinero. El Gran Duque agregó algunos preciosos dones: diamantes, un vaso de jaspe, una cadena de oro y rubíes. Y prometió que a su retorno Daniel sería nombrado canciller de Estado, recibiría un palacio y se le trataría como hermano. Y en ese papel, Daniel debía considerar como propio todo lo que el Gran Duque poseía. (Excepto la Gran Duquesa, agrega cautamente el cronista de la época.)

Una guardia de honor escoltó a Daniel hasta Leghorn, desde donde una nave debía llevarlo a Marsella. Daniel se mostró muy generoso. Distribuyó trescientos táleros entre los soldados, regaló una

cadena de oro al comandante de la tropa, y le entregó una carta que debía poner en manos del Gran Duque. Y la misiva decía:

“¡Alteza serenísima! No podré pagaros las múltiples mercedes con que me habéis abrumado como no sea mediante una franca confesión. En caso de que Vuestra Gracia se proponga continuar la fabricación de oro, debo prevenirle que jamás obtendrá más oro que la cantidad contenida en el Usufur. Mi intervención en el asunto se limitó a reducir un poco de oro puro al estado de polvo, y a venderlo en cierta mezcla a los farmacéuticos. Una vez consumido el polvo, Vuestra Gracia no podrá fabricar más oro. Ruego a Vuestra Gracia que me perdone el engaño; las amabilidades que ha sabido dispensarme, quiera el Señor recompensárselas de un modo o de otro. Y os pido un último favor: el reconocimiento de que he sido moderado, y no llegué a engañaros más cruelmente aún. Y antes de despedirme, dejadme deciros que no soy transilvano, sino italiano; tampoco me llamo Daniel, sino de otro modo. Deseándoos la mejor salud, y recomendando a Vuestra Gracia a la infinita piedad de Dios, se despide Vuestro Obediente Servidor, el descubridor del Usufur.”

Una vez que pasó el primer ataque de indignación, el Gran Duque tomó a broma la impostura... o por lo menos, así lo afirma el cronista de la época. Sea como fuere, no cabe duda de que Europa entera festejó el engaño.

El caso del crédulo Gran Duque nos mueve a risa, y estamos seguros de que nada semejante podría ocurrir en la época moderna. Pero el alquimista prospera en el siglo XX con la misma frecuencia y goza de idéntico prestigio. Por otra parte, encuentra tontos y víctimas tan fácilmente como “Daniel de Transilvania” hace dos siglos. Uno de los más atrevidos y exitosos “fabricantes de oro” operó en Alemania poco antes del régimen de Hitler. Heinrich Kurschildgen era un joven de escasa educación, obrero de una fábrica de tinturas... hasta que cierto día decidió convertirse en inventor. Equipó un pequeño taller, al que dio el nombre de laboratorio, obtuvo dos patentes, y sobre tan frágil fundamento levantó un sorprendente edificio de realizaciones imaginarias.

Su primera víctima fue un profesor de la Universidad de Colonia; Kurschildgen explicó al erudito caballero que había descubierto el modo de tornar radiactiva cualquier sustancia mediante ciertos rayos

misteriosos. El profesor le creyó quizás el joven revelaba una frágil chispa de auténtico brillo y contribuyó con su “opinión experta”, la cual de ese modo vino a respaldar las afirmaciones del “inventor”. Ahora, el “genio” autodidacta se convirtió en alquimista hecho y derecho, y desarrolló su “magnífica invención”; mediante la transformación de la materia inorgánica en sustancia radiactiva podía, según afirmaba, fisiónar el átomo y por consiguiente fabricar oro.

Cualquiera hubiese creído que las víctimas potenciales recordarían la infinita serie de reyes, duques, nobles, abades y pueblo común que en el pasado habían sido objeto de engaños. Pero es indudable que Kurschildgen eligió hombres de corta memoria o de extrema codicia. Un abogado de Dusseldorf le entregó veinte mil marcos; un importante hombre de negocios de Colonia aportó cincuenta mil para los trabajos destinados a “perfeccionar” el gran invento. Muy pronto los círculos políticos derechistas de Alemania se interesaron en el “talentoso hijo de la patria”. Si se lograba fabricar oro, Alemania podría desembarazarse de la carga de las reparaciones, reconstruir su maltrecha economía y crear un nuevo ejército.

Kurschildgen comenzó a volar muy alto. Primero se entrevistó con Herr Perponcher, secretario del Partido Nacional Alemán, luego con el profesor Hennig, otro miembro prominente de la misma organización política, y finalmente con el gran Hugenberg en persona, el millonario que controlaba un vasto imperio industrial, periodístico y cinematográfico. (Digamos de pasada que el oro era sólo uno de los “descubrimientos” del obrero de Hilden. “Inventó” una máquina que curaba el cáncer; un artefacto que con sus “rayos” detenía cualquier motor; un método destinado a purificar el acero... en realidad, parecía un genio universal.) Recibió ofertas de Estados Unidos y de Gran Bretaña, y un rico banquero suizo decidió pagarle un salario anual de veinticuatro mil francos y mantuvo al inventor y a su familia durante un año.

Finalmente, sobrevino el desastre, se desenmascararon los ardidés de Kurschildgen, se demostró lo infundado de sus afirmaciones y fue condenado a diez años de prisión. Sin embargo, durante un período casi igual de tiempo consiguió desorientar y engañar a algunos de los mejores cerebros de Alemania. Y lo consiguió gracias a la estúpida codicia que el oro despierta.

Si la fabricación del oro, el redescubrimiento del inexistente secreto de los alquimistas, siempre halló esperanzados favorecedores, los tesoros perdidos (nuevos o antiguos) también fueron cebo de la credulidad. Esta antigua treta ha sido practicada una y otra vez. Uno de sus más hábiles exponentes en los últimos años fue un alemán del Báltico llamado Gerhard von Redziwski, que alegaba haber descubierto en Siberia gran cantidad de oro, y que organizó una compañía con el fin de explotarlo. Tenía también otro rubro comercial: persuadió a varios hombres de negocios alemanes para que financiaran una expedición a Prusia Oriental, con el fin de recuperar el oro del ejército ruso que, según se afirmaba, había sido arrojado a uno de los lagos Masurianos en el curso de la Primera Guerra Mundial. Sus víctimas estaban dispersas por todo el Reich, desde Saarbrücken a Neubabelsberg, y desde Neukoln a Grosslichterfelde; y Redziwski (que desapareció a tiempo) ganó indudablemente bastante oro, si no para sus crédulos fieles, por lo menos para sí mismo.

Una de las tentativas tragicómicas de convertir plomo en oro fue la que realizó Joseph Melville, hombre de ciencia de cierta reputación. Sus extra-

ños experimentos fueron conocidos del público cuando un joven irrumpió en su laboratorio de Londres y le disparó varios tiros. Melville se arrojó sobre el agresor y consiguió desarmarlo. No acudió a la policía, y todo el incidente habría permanecido secreto si uno de los vecinos de Melville, que oyó los disparos, no hubiera armado escándalo. El asaltante fue arrestado; resultó ser el hijo de un rico hombre de negocios, propietario de una cadena de panaderías. Y durante el proceso salió a luz todo el asunto.

Después de muchos años de trabajo científico serio, Melville se había dedicado a la alquimia. Estudió las obras de los “fabricantes de oro” medievales y llegó a la conclusión de que no se habían equivocado al usar limaduras de hierro como materia prima. Esto constituía, sin embargo, la etapa final, y debía ser alcanzada gradualmente. El primer paso debía ser la transformación de plomo en oro. Sostuvo haber conseguido la transformación de plata en oro, pero consideraba que ese resultado carecía de importancia, y concentró todos sus esfuerzos en los experimentos con plomo. En 1926 pronunció una conferencia en la sociedad alquimista de Londres, y en ella exhibió un gran trozo de oro,

explicando con cierto detalle cómo lo había fabricado... a partir del plomo. Entre el público se hallaba el señor Glean, el rico panadero, a quien impresionaron mucho las afirmaciones de Melville, y quien le ofreció formar una sociedad para dedicarse a la fabricación de oro... la cual, dicho sea de pasada, debía ser más provechosa que la de pan.

El laboratorio del moderno alquimista fue instalado en el sótano de la panadería central, y Melville trabajó noche y día con el fin de mejorar su método de “trasmutación”. Pero los trabajos insuñían más y más dinero. El señor Glean pagaba sin murmurar, con la esperanza del éxito. Finalmente, se cansó de esperar y exigió que Melville produjera inmediatamente el oro prometido. El alquimista pidió una semana de gracia y durante los siete días restantes apenas salió del laboratorio, en el que destilaba, fundía, martillaba y mezclaba su mágica posición. Al cabo de una semana retiró de la retorta la misteriosa mezcla. Pero era el mismo plomo de siempre, sin el menor rastro de oro. Después de lo cual, el señor Glean expulsó a Melville con todos sus aparatos y exigió la devolución del dinero adelantado. Melville se rehusó a pagar y desapareció. Entonces, el señor Glean (hijo) juró venganza, pro-

blemente porque su propio patrimonio había disminuido considerablemente. Melville había instalado un pequeño laboratorio en el sótano de una casa del East End, y allí continuaba sus experimentos. El joven Glean consiguió hallarlo. Cuando irrumpió en el laboratorio, depositó un trozo de plomo sobre el escritorio de Melville, y le gritó:

-¡Transforme esto en oro, ahora mismo... o devuelva el dinero de mi padre!

Melville pidió tiempo. El señor Glean (hijo) perdió la paciencia y le disparó un par de balas, las que felizmente no dieron en el blanco. Después del proceso el impaciente joven fue puesto en libertad condicional, y la familia Glean renunció para siempre al sueño de transformar plomo (y las ganancias obtenidas con el pan) en oro.

9.

¿Y qué decir de los que hallaron oro, de los favorecidos por la fortuna?

Hugo von Castiglione fue el amo de un enorme imperio financiero e industrial en Europa Central y Oriental... hasta que se excedió en los cálculos y el

gigantesco edificio se derrumbó, arrastrando en la caída a millones de seres humildes. La policía confiscó los papeles privados de Castiglione. Entre ellos hallaron algunas anotaciones que reflejaban la filosofía de este fabricante de oro a quien la fortuna sonreía. Algunas frases parecen parodias de Samuel Smiles; pero se trata de conceptos que eran tomados muy en serio, como lo demuestra la existencia del propio Castiglione.

“No es ladrón el que roba, sino el que se deja sorprender.

Suerte es todo lo que me favorece. Verdadera suerte es lo que me favorece y perjudica a otros.

Generosidad es el acto que después lamentamos.

Hay hombres orgullosos de su pobreza. Son los poetas. Hay mujeres orgullosas de su fealdad. Son las intelectuales. Huye de ambos como de la peste.

Nunca hagas mal innecesariamente. Hazlo en la medida que te de provecho y placer.

Quien tiene menos que yo es un imbécil; quien tiene más, es un ladrón.

Dicen de mí que soy ladrón, sinvergüenza y estafador. No discutiré estas afirmaciones. Pero no cabe duda de que si fuera pobre y miserable, me

considerarían un tipo agradable y simpático, buen mozo y atractivo. La gente me compadecería y me dejaría morir de hambre. Evidentemente, no deseo correr esa suerte. Poseo un corazón tierno y no quiero que el mundo sufra achaques de conciencia por mi causa. Prefiero ser yo quien sufra por el mundo. Mi corazón está mejor equipado para la tarea.

Todo cuanto aún no ha sido descubierto, me pertenece.

Todo cuanto han descubierto otros, me lo robaron.

El otro día uno de mis rivales me elogió. Dijo: «A este hombre no es posible sacarle dinero».

Si conseguiste engañar a alguien, no te enorgullezcas de tu genio. Quizás fue pura suerte y no talento.”

Esta es la voz de Midas. El oro ha sido su “alimento metálico” desde el principio de los tiempos. La estupidez lo ha cebado y continuará haciéndolo mientras exista el mundo.

III

DESPUÉS DE USTED, SEÑOR

La ceremonia realza todas las cosas

SELDEN.

1.

Tuvo que ser (casi podríamos decir que inevitablemente) un historiador alemán, Johann Christian Lünig, quien consagrara casi dos décadas a la tarea de reunir material para su *magnum opus*, a la que denominó *Theatrum Ceremoniale*, y que publicó en Leipzig el año 1719. Es una obra en dos volúmenes, y pesa aproximadamente veinte libras. Describe, analiza, explica y detalla todo el ceremonial que regía la vida de las cortes europeas imperiales, reales y du-

cales; es decir, que la regía con todo el vigor de un código legal supremo. Además, el decidido autor (decidido a no ahorrar nada a sus lectores) describe una serie de acontecimientos cortesanos, e incluye el detalle exacto de la etiqueta y organización. Consagra varias páginas a la llegada de cierto minúsculo príncipe alemán a un sitio, a su partida en dirección a otro lugar, a una visita ducal, o a cierta actividad real.

El libro de Lünig fue en realidad una tremenda colección de material en bruto, sin mayor sistema ni correlación. Otro autor, Julius Bernhard von Rohr se sintió tentado de construir sobre ese fundamento un sistema “científico” completo. Diez años después de la aparición del libro de Lünig, publicó en Berlín su *Einleitung zur Ceremonial-Wissenschaft der grossen Herren* (Introducción a la ciencia del ceremonial de los Grandes Señores). Título bastante modesto; sin duda von Rohr confiaba en que el pequeño injerto que había plantado se transformaría en robusto roble. Creía firmemente que había fundado una nueva rama de la ciencia... y que su obra era una importante contribución al cuerpo del conocimiento humano. Lünig compartía la opinión de Selden sobre la necesidad de la ceremonia, y la re-

sumía con impecable lealtad:

“Dado que nuestros gobernantes personifican en el mundo la imagen del Todopoderoso, es necesario que tengan el mayor parecido posible con el Señor. Dios es el principio del orden, el cual se manifiesta en todo lo creado. Cuanto más deseen sus representantes mundanos parecerse a El, mayor ha de ser el orden que deberá regir sus vidas y sus actos. Es más probable que la chusma siga el ejemplo de su gobernante, que no los mandatos de la ley. Si el pueblo observa que en la vida del amo hay un orden útil, lo seguirá; lo cual promueve la prosperidad y el bienestar de todo el país. Si la gente contempla por doquier confusión y desorden, llegará a la conclusión de que ese gobernante no es la auténtica imagen del original (es decir, de Dios). Desaparece el respeto, y esas naciones se convierten en víctimas del caos. Por eso los grandes monarcas han dictado leyes que sus siervos deben obedecer y que el propio soberano acata.”

Parece un poco exagerado afirmar que todos los reyes y príncipes son “imágenes de Dios”... especialmente porque algunos de ellos vivían de un modo que mal podía ser considerado santo. Pero por lo menos Herr Lünig ofrece una teoría y una justifica-

ción. Y, después de todo, buen número de emperadores y de reyes afirmaron que gobernaron “por la Gracia de Dios”, o que contaban con alguna otra forma de aprobación directamente emanada de la Divinidad.

Que los gobernantes son los alter ego de Dios era principio fundamental del Imperio Bizantino; aunque, por supuesto, esta misma norma había sido aceptada, en distintas formas, en países tan diversos como Egipto, la India y los imperios precolombinos de América del Sur, sin hablar del período final del Imperio Romano, que se enorgullecía de poseer unos cuantos “dioses”, además de Claudio.

En el año 404 de nuestra era los emperadores Arcadio y Honorio consideraron necesario disciplinar a los funcionarios de la corte. Arcadio, español por nacimiento, fue el primer emperador del Imperio Romano de Oriente; a la muerte de su padre Teodosio I, se dividió por vez primera el Imperio Romano. Honorio, su hermano menor, nació en Constantinopla, heredó la mitad occidental del Imperio, y residió casi siempre en Milán y en Rávena. Ninguno de ellos fue modelo de gobernante; fueron manejados por sus esposas, por eunucos, por prefectos pretorianos y por otros favoritos. Sin embar-

go, ninguno de ellos dudó jamás de su propia divinidad. He aquí la cláusula final del edicto conjunto: “Todos aquellos que, movidos de audacia sacrílega, desafíen nuestra divinidad, serán privados de sus empleos y de su propiedad”.

Destaquemos que esta orden tonante fue emitida no por emperadores romanos paganos, sino más bien por gobernantes cristianos. La carta escrita o dictada por un emperador bizantino tenía carácter sagrado, y sus leyes eran “revelaciones celestiales”. Y para dirigirse oficialmente a tan exaltados personajes era preciso usar la fórmula “Vuestra Eternidad”.

En su carácter de “imagen de Dios”, el emperador exigía adoratio, adoración. La despiadada etiqueta de la corte obligaba no sólo a sus propios súbditos sino también a los enviados extranjeros a postrarse en presencia del emperador. Liutprand, obispo de Cremona y autor de varias importantes obras históricas, fue embajador del rey de Italia ante la corte de Bizancio. Al principio rehusó postrarse ante ningún ser humano, pero al fin se vio obligado a ceder. En el informe de su embajada describe el acto de presentación de sus credenciales.

El emperador estaba sentado en un trono de

oro, bajo la sombra de un árbol del mismo metal. Era un árbol completo, con sus correspondientes ramas y hojas de oro. Sobre las ramas había pájaros mecánicos hábilmente contruidos; a ambos lados del trono, leones de tamaño natural, fundidos en oro puro, clavaban en el visitante sus ojos de rubí. Cuando el enviado entró en la sala, los pájaros mecánicos comenzaron a gorjear y los leones a rugir. Se disiparon los escrúpulos del obispo; inmediatamente se postró, y lo mismo hicieron sus dos acompañantes. Pero cuando levantó nuevamente los ojos, el emperador y el trono habían desaparecido. Una maquinaria secreta los había elevado a considerable altura, y los ojos del emperador despedían “rayos divinos” que sorprendieron e intimidaron a los embajadores.

Durante el reinado de Diocleciano los títulos fueron establecidos y descritos con minucioso cuidado. El propio emperador era el “Amo Sacratísimo”. Se lo denominaba también Jovian o Dominus. Su compañero en el gobierno, Marco Aurelio Valerio Maximiano, recibió el sobrenombre de “Herculius”, o Segundo Augusto. Los dos césares a quienes Diocleciano y Maximiano eligieron como representantes y sucesores, Cayo Valerio Galerio y Flavio

Valerio Constancio, fueron también llamados “sacrosantos”, y los miembros de su familia fueron todos nobilissimi y nobilissima. Pero esto fue sólo el principio. Estaban los Siete Ilustres, el Chambelán principal, el representante de éste (que era ministro del Interior), el canciller o Quaestor Sacri Palatii, el ministro de Finanzas, y, finalmente, el comandante en jefe de la caballería y la infantería. Todos ellos eran miembros del Consistorio Sagrado. Los patricios y los gobernadores principales tenían el título de spectabili; es decir, “expectables”; los Sumos Sacerdotes eran honorati, los senadores clarissimi, los jueces perfectissimi, los chambelanes egregii, tanto si actuaban en las chancillerías como si trabajaban en la corte. Los funcionarios civiles como inferiores eran los decurii, los recaudadores de impuestos, que sólo merecían el calificativo de respectabili.

Estos eran los títulos... pero también existían reglas exactas sobre el modo de dirigirse a estos dignatarios. A algunos debía decirseles “Vuestra Ponderosidad”, y a otros “Vuestra Sabiduría”. Ciertos funcionarios podían sentirse ofendidos si se les decía “Vuestra Amplitud”, en lugar de “Vuestra Excelsitud”. Expresiones como “Vuestra Veneración” o “Vuestra Sagacidad” eran utilizados con

minucioso cuidado, con la debida consideración tanto a la importancia como a la jerarquía de cada funcionario. Se necesitaba un par de años de estudio profundos antes de conocer a fondo la baraunda de títulos y de fórmulas.

2.

Otros gobernantes europeos no exigían el mismo tributo de humildad que era obligado en la corte de Bizancio. (Aunque, como podemos verlo en *Ana y el rey de Siam*, la postración completa subsistió en Siam y en otros países asiáticos hasta bien entrado el siglo XIX y aún durante el siglo XX). Se contentaban con una reverencia o genuflexión. Parece que esta forma de homenaje, elegante pero incómoda, fue desarrollada por la notoria etiqueta española. La hallamos en Madrid y en Viena; es probable que en esta última ciudad haya sido adoptado al mismo tiempo que otras tradiciones españolas de los Habsburgo. Tanto les agradaba a los emperadores de Austria, que procuraron aumentar las oportunidades en que el cortesano debía caer de rodillas. Todos los peticionantes debían caer sobre ambas

rodillas cuando entregaban sus documentos; en otras ocasiones, bastaba una sola rodilla. Cuando el emperador atravesaba la ciudad, todos debían arrodillarse; no se exceptuaban de ello ni siquiera los altos dignatarios, si sus carruajes se cruzaban con el del emperador. En ese caso, debían descender del vehículo y arrodillarse en la calle.

Bajo el reinado de María Teresa se prestó menos atención a la regla. Cuando Lessing, el gran crítico y dramaturgo, fue recibido en audiencia, este hombre de letras, poco habituado a las costumbres de los cortesanos, tropezó con sus propias piernas, pero la emperatriz lo dispensó graciosamente del ejercicio.

José II, un hombre que estaba muy avanzado con respecto a su tiempo, y que además odiaba las ceremonias, abolió completamente la comedia. El mismo día de su ascenso al trono emitió una proclama en la que prohibía toda clase de “hazañas gimnásticas”. En eso seguía la pauta fijada por Federico el Grande, que el 30 de agosto de 1783 emitió una proclama, leída en todas las iglesias, en virtud de la cual se prohibía la genuflexión; pues ese homenaje, decía el documento, se debía sólo a Dios y no a un ser humano.

A pesar de toda la idolatría que caracterizó a la

corte de Versalles, en esto no siguió el ejemplo español. Por una u otra razón, se trataba de una práctica reñida con la tradición francesa. En cambio, las piernas de los cortesanos ingleses sufrían duras pruebas, impuestas por las minucias del ceremonial. En 1547, el mariscal Vieilleville fue invitado a almorzar con el rey Eduardo VI. En sus memorias describe la escena con conmovida indignación:

“Los Caballeros de la Jarretera servían la mesa. Llevaban los platos, y cuando se acercaban a la alta mesa, se arrodillaban. Recibía los platos el Lord Chambelán, y de rodillas los ofrecía al Rey. A los franceses nos parece harto extraño que caballeros de las más famosas familias de Inglaterra, estadistas y generales eminentes debían arrodillarse de ese modo; cuando entre nosotros aún los pajes sólo se arrodillan en la puerta, en el momento de entrar al salón.”

Durante el reinado de Isabel las rodillas tuvieron que trabajar más aún. Paul Henzner, el viajero alemán, relata en su *Itinerarium Germaniae, Galliae, Angliae, etc.* (Nuremberg, 1612) cómo se tendía la mesa de la reina. Cierta dignatario de la corte, a quien no pudo identificar, entró primero con un bastón, seguido por otro caballero que llevaba un mantel.

Ambos hicieron tres genuflexiones frente a la mesa vacía y el segundo caballero tendió el mantel; nuevamente tres genuflexiones, y salieron solemnemente. Después, entraron otros dos caballeros; uno de ellos llevaba un salero, un plato y el pan; el otro, provisto también de un bastón de ceremonias, lo precedía con gran dignidad. También hicieron tres genuflexiones antes y después de depositar los objetos. Luego aparecieron dos damas, con el cubierto (hasta ese momento, no había tenedores). Como de costumbre, tres genuflexiones. Sonó una fanfarria y redoblaron los tambores; aparecieron los soldados de la guardia real y depositaron sobre la mesa veinticuatro platos de oro. La reina no había aparecido aún, pero en cambio entró una tropa de damas de compañía. Levantaron los platos (con apropiadas reverencias) y los trasladaron a las habitaciones interiores... pues Isabel había decidido comer sola. Eliigió un plato o dos, y los otros volvieron a la sala de banquetes, donde fueron consumidos por las damas de compañía.

Esta costumbre se mantuvo hasta el reinado de Carlos II. El conde Filiberto de Gramont, el de la lengua viperina y mirar agudo, contempló las genuflexiones de los servidores la primera vez que fue

invitado a un banquete de la corte. El conde, que había sido desterrado de Francia a causa de cierto escandaloso affaire con una de las amantes de Luis XIX, fue preguntado por Carlos:

-¿Verdad que no es lo mismo en su país? ¿Sirven de este modo al rey de Francia?

El conde no pudo reprimir su ingenio malicioso.

-Debo confesaros que no, majestad. Pero también he de reconocer mi error. Al principio creía que estos caballeros se arrodillaban para disculparse por el pésimo alimento que sirven a Vuestra Majestad.

En la corte de Viena en 1731 todavía se combinaba la genuflexión y el besamanos, como lo explica Johann B. Küchelbecher en su *Allerneueste Nachricht vom Römisch-Kaysertl. Hofe* (Hanover, 1730):

“El más señalado favor que el plebeyo puede recibir es que se le permita besar la mano de su Majestad Imperial. Ocurre del siguiente modo: quien solicita este supremo favor debe presentarse primero ante el Chambelán principal y solicitar su ayuda. Si el Chambelán principal está dispuesto a concederla, fija inmediatamente el día en que se otorgará el favor real. En la fecha señalada, la persona se presenta en la residencia imperial y se reúne con el

Chambelán principal. Se la coloca a poca distancia de la puerta por la cual pasa el emperador cuando se dirige a la mesa. Apenas aparece el emperador, la persona admitida para el besamanos dobla una rodilla y besa las manos del emperador y de la emperatriz, mientras éstos pasan; y los monarcas extienden la mano con ese fin. Ello ocurre casi diariamente, y especialmente los días festivos, cuando casi todos son admitidos a la ceremonia del besamanos.”

Sin duda, era un señalado favor, aunque dispensado democráticamente.

3.

Naturalmente, el arquetipo de toda ceremonia fue la famosa (o notoria) etiqueta española. Era tan rígida, y provocaba tantas anomalías que había de suministrar a los cronistas y a los coleccionistas de anécdotas material casi inagotable.

El mortal común no podía tocar la persona augusta de la realeza española. En cierta ocasión, el caballo de la reina española se encabritó y desmontó a su majestad; pero el pie de ésta quedó aferrado al

estribo. Intervinieron dos oficiales y la liberaron, salvándola de una muerte segura. Pero los valerosos guerreros huyeron inmediatamente como alma que lleva el diablo, saliendo del país para evitar la pena máxima en que habían incurrido por haber puesto sus manos sobre el cuerpo sacrosanto de la reina.

Felipe III sufrió quemaduras mortales frente a su propia chimenea, porque los cortesanos no lograron hallar a tiempo al grande de España a quien correspondía mover el sillón del rey.

En invierno la reina de España debía estar en el lecho a las nueve de la noche. Si olvidaba la norma, y se demoraba en la mesa, sus damas de compañía se arrojaban sobre ella, la desvestían y la arrastraban a la cama.

La prometida de Felipe IV, María Ana de Austria, fue recibida ceremoniosamente en cada una de las ciudades que atravesó durante el viaje a Madrid. En cierto lugar el alcalde intentó regalarle un par de medias de seda, obra maestra de la artesanía local. Sin embargo, el mayordomo apartó la caja con las medias y declaró solemnemente: “Ya es tiempo de que sepáis, señor alcalde, que la reina de España no tiene piernas”. De acuerdo con la leyenda, la prometida del rey se desmayó, horrorizada, porque cre-

yó que tan pronto llegara a Madrid le amputarían las piernas para satisfacer las exigencias de la etiqueta.

La anécdota que ahora relataremos es la más conocida de todas. Tuvo cierto papel en la Revolución Francesa. En el debate sobre la Constitución, un miembro de la Asamblea Nacional propuso una petición al rey, la que debía comenzar con la frase: ¡"La Nación deposita su homenaje a los pies de Su Majestad!" Pero Mirabeau echó a perder la hermosa frase: "¡El Rey no tiene pies!" rugió con su voz de león.

Pero las anécdotas, los relatos, las leyendas tenaces tienen alas y pies. Circulan por el mundo, y pasan de un siglo a otro. Cuando pretendemos investigar su origen, nos perdemos en una maraña impenetrable. No hay pruebas fehacientes de que estos ridículos excesos de la etiqueta española hayan sido siempre reales. Lünig se muestra muy cauteloso en sus alusiones, y remite para "mayores detalles" a las memorias de la condesa d'Aulnoy.

Marie Catherine Jumel de Berneville, condesa d'Aulnoy (u Aunoy) fue una de las primeras intelectuales, y escribió gran número de cuentos de hadas y novelas, además de libros de viajes y memorias. La mayoría de sus obras ha caído en el

olvido, aunque *L oiseau bleu* inspiró el bello *Pájaro azul* de Maeterlinck. En 1690 publicó sus memorias de la corte española. Este libro se convirtió en fuente de todos los mitos, leyendas y anécdotas posteriores; aun Isaac d'Israeli lo utilizó para componer su *Curiosities of Literature*; y graves historiadores le atribuyeron veracidad absoluta. Sin embargo, es muy probable que la condesa aplicara a sus memorias los métodos propios del cuento de hadas y que presentara como hecho real muchos chismes o anécdotas de carácter satírico.

Sin embargo, es perfectamente cierto que los reyes de España, intoxicados por su propio poder absoluto, se convirtieron en prisioneros de una etiqueta absolutamente rígida, cuyo formalismo ellos mismos desarrollaron. Se ataron de pies y manos... aunque las ligaduras estuvieran entretejidas con hilos de oro. Cada hora de sus vidas estaba estrictamente regulada por un horario inmutable. Aun la vida amorosa del rey de España estaba regida por la etiqueta. Lünig, súbdito leal que carecía absolutamente del sentido del humor, describe el momento de exaltación en que el rey sale con el propósito de hacer una visita nocturna a su reina:

“Calza pantuflas, y cubre sus hombros un

manto de seda negra. En la derecha lleva una espada desnuda, en la izquierda una linterna. Del brazo izquierdo cuelga una botella, que no sirve para beber sino para otros propósitos nocturnos (... nicht zum trincken, sondern sonst bey Nacht-Zeiten gebraucht wird).”

Realmente, la figura de ese amante era sin duda un espectáculo terrorífico.

4.

Los primeros reyes franceses odiaban la idea de silenciar la voz fresca y libre del ingenio gálico con la mordaza de la etiqueta y del ceremonial. Adoptaron las tradiciones de la corte borgoñona, pero tuvieron buen cuidado de reservarse oportunidades que les permitían establecer contacto directo con el mundo de los mortales comunes. Enrique IV favoreció el uso de un lenguaje directo y franco. Prohibió a sus hijos que lo llamaran “Monsieur”... quería ser sencillamente “papá”. Tampoco aceptó la estúpida institución de las cortes alemanas...” los niños de azotes”. Eran hijos de nobles, compañeros de juegos de los jóvenes príncipes de la sangre; y cuan-

do éstos últimos se portaban mal, los “niños de azotes” recibían el castigo correspondiente. Enrique IV dio instrucciones especiales al tutor de su hijo para que le aplicara una buena azotaina cuando el niño se portara mal. En una carta fechada el 14 de noviembre de 1607 escribe lo siguiente: “Deseo y ordeno que el Delfín sea castigado siempre que se muestre obstinado o culpable de inconducta; por experiencia personal sé que nada aprovecha tanto a un niño como una buena paliza”.

El gran cambio sobrevino bajo el reinado de Luis XIV. El monarca amaba la vida de la corte, y se complacía en el eterno movimiento y en el caleidoscópico color de Versalles. Pero dicho movimiento debía ser orbital: Luis XIV era el Sol, alrededor del cual giraba todo el universo, y su persona era la única fuente de calor y de luz.

Reorganizó y desarrolló la etiqueta española de acuerdo con sus propios gustos. Conservó el cuello ajustado, pero en lugar del rígido corte español, procuró obtener un toque de belleza con encaje de Chantilly. He aquí lo que dice Voltaire en su *Época de Luis XIV*:

“Deseaba que la gloria que emanaba de su propia persona se reflejara en los que le rodeaban, de

manera que todos los nobles debían ser honrados, pero ninguno poderoso, ni siquiera su hermano o el Príncipe. Con este fin falló en favor de los pares el largo pleito que sostenían con los presidentes del parlamento. Estos últimos reclamaban el privilegio de hablar antes que los pares, y de hecho se habían posesionado de él. Luis decidió, en el curso de un consejo extraordinario, que en presencia del rey, y durante las sesiones de la Alta Cámara en su carácter de cuerpo judicial, los pares debían hablar antes que los presidentes, como si dicha prerrogativa se originara directamente en la presencia del monarca; y en el caso de las asambleas que no eran cuerpos judiciales, permitió la vigencia de la antigua costumbre.

“Con el fin de distinguir a los principales cortesanos, se idearon casacas azules, bordadas de oro y plata. Los hombres dominados por la vanidad consideraban señalado favor el permiso de usar estas prendas. Eran casi tan ansiadas como el collar de la orden de San Luis. Cabe mencionar, ya que aquí se trata de pequeños detalles, que entonces se llevaban las casacas sobre un jubón, adornado con cintas, y sobre esta casaca se ajustaba un tahalí, del que colgaba la espada. Alrededor del cuello se usaba tam-

bién una suerte de cinta de encaje, y un sombrero con dos filas de plumas. Esta moda, que duró hasta 1684, prevaleció en toda Europa, con excepción de España y Portugal. Casi todos los países se enorgullecían de imitar a la corte de Luis XIV.

“Introdujo en su casa un sistema que todavía perdura (Voltaire escribía en 1752), reguló las jerarquías y funciones, y creó nuevos puestos para el servicio de su propia persona, entre ellos el de Gran Maestre del Guardarropa. Restableció las mesas establecidas por Francisco I, y aumentó su número. Doce de ellas estaban reservadas para los oficiales que cenaban en la presencia del rey, y se las tendía con el mismo cuidado y profusión que se puede observar en la mesa de muchos soberanos.”

“Creó nuevos puestos para el servicio de su persona”. La frase parece inofensiva y razonable. Pero en este caso Voltaire se expresa con excesiva moderación... o quizás con indispensable prudencia. (Dos capítulos de su libro debieron ser omitidos durante mucho tiempo.) Veamos un poco... ¿qué hay detrás de esta frase inocente? Asistamos al momento en que el rey despierta, y examinemos el caso desde el punto de vista del siglo XX.

Era deber del jefe de lacayos separar las cortinas

de la cama real, al principio de la mañana. Su Muy Cristiana Majestad se dignaba abrir un ojo, y luego el otro. Los lacayos permitían el paso a los dignatarios autorizados a presenciar la solemne ceremonia. Entraban los príncipes de la sangre, seguidos por el chambelán principal de la corte, el Gran Maestre del Guardarropa mencionado por Voltaire, y cuatro chambelanes comunes de la corte.

Se levanta el telón... y comienza la ceremonia del despertar.

El rey descendía del famoso lecho colocado en el centro preciso del palacio... el foco de Versalles, del mismo modo que el sol era el centro del sistema solar, y el Rey Sol lo era de su corte. Después de breve plegaria, el jefe de lacayos derramaba sobre las manos reales unas pocas gotas de eau de vie perfumada, las que representaban las abluciones. El Primer Chambelán ofrecía las zapatillas reales, luego entregaba la bata real al Gran Maestre del Guardarropa, y ayudaba a Su Majestad a vestirla. El rey se sentaba en su sillón. El barbero de la corte quitaba el gorro de dormir real y peinaba los cabellos del monarca, mientras el primer Chambelán sostenía un espejo.

No se trata de detalles muy interesantes, pero en

la vida de Versalles poseían enorme significado y gran importancia. Acomodar las zapatillas en el pie real o ayudar a Su Majestad a ponerse la bata representaban señalados favores que todos los cortesanos envidiaban amargamente.

El orden estricto que se seguía durante la ceremonia fue establecido por el propio rey, y debía ser acatado sin el más leve desvío. Hasta el día de la muerte o enfermedad final del monarca, el primer chambelán fue siempre el encargado de acercarle las zapatillas, y el Gran Maestre del Guardarropa se ocupó en pasarle la bata. Proponer un cambio del ceremonial hubiera sido inconcebible y habría equivalido a una revolución.

Esta era la primera parte, el aspecto íntimo del despertar. Seguía luego el segundo acto, más solemne.

Los servidores apostados a la entrada de la habitación abrían las amplias puertas. Entraba la corte. Duques y pares, embajadores, mariscales de Francia, ministros de la Corona, presidentes de los parlamentos... dignatarios de todo tipo y pelaje. Ocupaban los lugares cuidadosamente establecidos de antemano, del lado exterior de la barrera dorada que dividía el dormitorio en dos partes, y contemplaban

el espectáculo con silenciosa ansiedad. Era, ciertamente, un espectáculo de gran gala, en el cual representaba el primer papel, como siempre, el supremo dignatario y principal actor de Francia.

Escena primera: El rey se quita la bata. El Gran Maestre del Guardarropa ayudaba por la derecha, el jefe de lacayos por la izquierda. Sin duda, la bata era una prenda menos trascendente que la camisa. Mucho más complejo era el acto en virtud del cual el rey se despojaba de la camisa de noche y se ponía la camisa de día. Un caballero de cámara la entregaba al primer chambelán, que la pasaba al duque de Orleans, cuyo rango sólo era inferior al del propio rey. El rey recibía la camisa de manos del duque, se la ponía sobre los hombros, y con la ayuda de dos chambelanes se quitaba la camisa de noche y se acomodaba la de día.

La función de gala continuaba. Los funcionarios de la corte ayudaban a Su Majestad a completar su arreglo, a ponerse los zapatos, a asegurar las hebillas de diamantes, a colgar la espada y la cinta de la orden elegida por el monarca. El Gran Maestre del Guardarropa (generalmente el duque de más edad) desempeñaba un papel importantísimo. Sostenía en sus manos las ropas usadas el día anterior mientras

el rey retiraba los pequeños objetos de uso diario y los trasladaba a los bolsillos de la ropa que estaba vistiendo; también presentaba al monarca en una bandeja de oro, tres pañuelos bordados, para que el rey eligiera uno; y entregaba a Su Majestad el sombrero, los guantes y el bastón.

En los días nublados, si se necesitaba luz, se daba también una oportunidad a algún miembro del público. El chambelán principal preguntaba en voz baja al rey quién debía sostener el candelabro. Su Majestad nombraba a este o a aquel dignatario, que con el pecho hinchado de orgullo se encargaba de sostener el candelabro de dos brazos durante el tiempo que duraba el tocado real. Obsérvese bien: candelabro de dos brazos... pues Luis había regulado también el empleo de velas y de candelabros en el complicado sistema de la etiqueta de la corte. Sólo el rey tenía derecho a un candelabro de dos brazos, los demás debían contentarse con un candelabro de un brazo.

Este principio fue aplicado a todos los aspectos de la vida. Luis gustaba de las chaquetas recamadas de oro... por consiguiente, hubiera sido inconcebible que el mortal común usara nada semejante. Pero, como raro favor, permitía que ciertos individuos

meritorios recamaran de oro sus chaquetas. Se otorgaba un permiso escrito, firmado por Su Majestad y refrendado por el primer ministro. Esas chaquetas tenían un nombre especial: justaucorps á brevet, chaquetas certificadas”.

Cuando el espectáculo cotidiano concluía, el rey abandonaba la cámara y los cortesanos lo seguían. Pero en la cámara real se desarrollaba entonces una breve “ceremonia secundaria”. Era preciso arreglar el lecho real. No, por cierto, apresuradamente, como suele ocurrir con la mayoría de las camas comunes. Este procedimiento tenía también sus reglas escritas. Un lacayo se colocaba a la cabecera de la cama, y el otro a los pies, y el tapicero de palacio arreglaba el augusto lecho. Debía hallarse presente uno de los chambelanes, con el fin de vigilar el cumplimiento de las reglas de la operación.

La propia cama, lo mismo que los restantes muebles o artículos de uso cotidiano, debía ser tratada con el debido respeto. Quien pasaba la barrera que dividía la cámara estaba obligado a realizar una genuflexión ante el lecho.

La costumbre del despertar fue adoptada por muchas cortes europeas. Johann Küchelbecher describe en 1732 una ceremonia semejante en el *Ho-*

fburg de Viena. La principal diferencia era aquí que el rey cumplía la ceremonia en una habitación cercana a la cámara, a la que entraba cubierto con una bata. Allí, sus chambelanes lo vestían, lavaban y peinaban. El lever de los Habsburgo era más exclusivo que el de Versalles; no se admitía a nadie sin un examen estricto de sus antepasados y de la pureza de su sangre.

Aún más complicado era el ceremonial de la mesa.

Cuando llegaba el momento de la comida de Luis XIV, el ujier principal golpeaba con su bastón la puerta de los Guardias Reales, y reclamaba en voz alta: “¡Caballeros, cubierto para el Rey!”

Cada uno de los oficiales de la Guardia Real recogía el plato o cubierto que le había sido encomendado, y la procesión se encaminaba hacia el gran salón comedor; a la cabeza marchaba el ujier principal, luego los oficiales, y a ambos lados los guardias. Depositaban la carga sobre la mesa de servicio, y por el momento sus funciones habían concluido; tender la mesa era tarea de incumbencia de otros funcionarios de la corte. Una vez que habían cumplido su misión, el chambelán de servicio cortaba el pan e inspeccionaba la vajilla. Después de

comprobar que todo estaba en orden, el ujier principal rugía nuevamente: “¡Caballeros, carne para el rey!”

Los guardias se ponían en posición de firmes y cierto número de dignatarios de la corte marchaban a la habitación vecina, donde examinaban atentamente los platos destinados a la mesa real. El chambelán de la corte los disponía en correcto orden; luego tomaba dos rebanadas de pan y las empapaba ligeramente en la salsa o jugo de las viandas. Probaba una y ofrecía la otra al mayordomo principal. Si estos altos dignatarios consideraban que los platos tenían buen sabor, la procesión se formaba nuevamente; a la cabeza se colocaba otra vez el ujier principal con su bastón, detrás el chambelán de la corte con su vara de oro, luego el chambelán con un plato, el mayordomo principal con el segundo, el inspector de la cocina real con el tercero, y detrás varios dignatarios de diferentes categorías. Los platos eran escoltados por guardias armados de carabinas... ¡probablemente para evitar que alguien robara los alimentos!

Una vez que los preciosos alimentos habían llegado al comedor, se anunciaba al rey- con arreglo a formalidades estrictamente prescritas- que el al-

muerzo o la cena estaban servidos. El servicio de la mesa era tarea de seis nobles chambelanes. Uno cortaba la carne, otro la servía, el tercero la ofrecía, y así sucesivamente. Cuando el rey deseaba beber, el copero de la corte exclamaba: “¡Bebida para el Rey!”

Doblaba la rodilla frente a Su Majestad, se dirigía a la alacena y recibía del bodeguero de la corte una bandeja con dos jarros de cristal. Uno contenía vino, el otro agua. Otra genuflexión, y entregaba la bandeja al chambelán encargado del servicio; este último mezclaba un poco de vino y agua en su propio vaso, probaba el líquido, y luego devolvía la bandeja al copero. Después de este procedimiento solemne y ceremonioso el rey podía beber al fin.

Con cada plato se repetía la misma ceremonia.

Cuando el día tan minuciosamente regulado acababa y el rey se retiraba, se reproducían las ceremonias del lever, pero a la inversa, como en un film que la cámara pasara de adelante para atrás. Baste decir que las abluciones nocturnas eran un poco más abundantes que las escasas gotas de eau de vie de la mañana. Se disponía una toalla sobre dos bandejas de oro, y un extremo estaba húmedo, y el otro seco. El rey utilizaba la parte húmeda para frotarse la cara y las manos, y se quitaba la humedad

con la parte seca de la toalla. Innecesario es subrayar que la presentación de la toalla era función muy honrosa, y estaba reservada a los príncipes de la sangre. La etiqueta de la corte distinguía los diferentes aspectos de este sencillo acto con minuciosa delicadeza. Si también estaban presentes los hijos o los nietos del monarca, la toalla pasaba de manos del chambelán principal al príncipe de más elevada jerarquía. Si alrededor del rey había otros príncipes de la sangre, entregaba la toalla uno de los lacayos.

Este mínimo detalle nos indica que el Rey Sol estaba bañado en gloria, en la humilde adoración de sus súbditos, y en muchas otras cosas... pero nunca en agua.

Esta cotidiana idolatría ocupaba a un enjambre de dignatarios y funcionarios de la corte, de complicados y extensos títulos. La cocina real ocupaba no menos de noventa y seis supervisores nobles, entre ellos treinta y seis mayordomos, dieciséis inspectores, doce chambelanes y un chambelán principal. El personal de la cocina sumaba cuatrocientos cuarenta y ocho individuos, sin contar los servidores empleados en ella y los servidores que atendían a los servidores.

Tan gigantesco incremento de las jerarquías

cortesanas tenía cierto fundamento real. En la deslumbrante corte de este monarca de suprema vanidad vivía un hombre equilibrado y comprensivo: Colbert, el ministro de finanzas. Se le ocurrió a Colbert que, si era necesario que el país se viera agobiado por los impuestos, bien podía establecerse un impuesto sobre la vanidad. Colbert vendía los títulos y las jerarquías de la corte. El más barato era el título de maestro de cocina: costaba sólo ocho mil francos. En proporción con el grado de importancia, se elevaba el costo: el mayordomo principal, por ejemplo, pagaba un millón y medio de francos por su deslumbrante puesto. Colbert confirió a esta dudosa transacción cierto aire de respetabilidad prometiendo pagar un interés anual sobre el capital que se depositaba. Sin duda, se pagaba el interés, pero los compradores sabían muy bien que jamás volverían a ver su capital, y trataban de compensarse por otros medios. De acuerdo con los cálculos de los historiadores, robaron cinco veces más que el interés de la inversión realizada.

Todo esto podría haber sido un fenómeno sin importancia, un capítulo ridículo pero secundario de la historia de la estupidez humana. Sin embargo, su costo fue enorme, no sólo para Francia sino para

Europa en general. Por doquier aparecieron pequeñas (y a veces no tan pequeñas) reproducciones de la corte de Versalles. Los pequeños príncipes alemanes, así como los grandes duques y los nobles quisieron imitar al Rey Sol. Innumerables dominios y principados se arruinaron debido al estúpido deseo de emular a Luis XIV. Los soldados de Hesse que fueron vendidos y terminaron sus días en tierra extranjera, las innumerables y sucias “empresas comerciales” de los amos continentales se originaron principalmente en este sentimiento de vanidad. El Rey Sol podía sentirse orgulloso; era el centro no sólo de su corte y de Francia, sino de todo el mundo civilizado.

5.

Cuando moría un rey de Francia, se embalsamaba el cadáver y se lo enterraba después de cuarenta días. Entretanto, el ataúd descansaba en un féretro ricamente decorado, cubierto de brocato dorado y ribeteado de armiño. Sobre el féretro se colocaba una efigie de cera del difunto, con una corona en la cabeza y un cetro en la mano.

Se dispensaban a esta efigie de cera los mismos honores que al propio rey en vida, cuando se levantaba por la mañana, comía durante el día y se acostaba por la noche. Naturalmente, se omitían las ceremonias del lever y el coucher, pero se observaba cuidadosamente toda la etiqueta de las comidas. Los oficiales de la corte traían los platos con el mismo ceremonial complicado; los altos dignatarios los pasaban y los aceptaban con idéntica solemnidad; con grave expresión mezclaban y paladeaban el vino; y cuando ofrecían las perfumadas servilletas, observaban celosamente los derechos de precedencia. Además de los chambelanes, estaba presente toda la corte; todo aquel que tenía derecho a asistir a los banquetes reales insistía en presenciar la alimentación de la efigie de cera.

Y la figura de cera contemplaba silenciosamente las entradas y salidas, y las reverencias y genuflexiones. Pero su rostro pintado no sonreía.

¿Cuál fue el origen de este estúpido ceremonial?

Ciertamente, tuvo cierto papel en ello la infinita vanidad de los cortesanos. Durante cuarenta días podían continuar representando sus papeles, y gozando de sus privilegios y jerarquías. Tan pronto se asignaba cierta función a un cortesano, era imposi-

ble detener a los demás. El segundo insistía en sus derechos, y lo mismo hacía el tercero o el quincuagésimo. Por consiguiente, no era mala idea alimentar la vanidad de estos hombres permitiéndoles dar de almorzar y de cenar a la efigie de cera.

Pero, ¿dónde se originó la idea misma?

Para descubrirlo, es preciso remontarse a la época de los emperadores romanos.

Herodiano, el historiador griego que escribió una historia de Roma entre los años 180 y 238 de nuestra era, nos da la respuesta. Este autor explica que después de la muerte de un emperador, se depositaba la imagen de cera sobre un diván de marfil colocado en el salón del palacio. Los senadores, vestidos de luto, pasaban el día alrededor del emperador de cera, cuyo rostro tenía la palidez de la muerte. Afuera, el populacho espera y observa. De tanto en tanto los médicos examinan al invalido de cera e informan con tristeza que está empeorando. Al séptimo día se anuncia oficialmente la muerte. Entonces se realiza la apotheosis, el funeral real; se enciende tremenda hoguera y se deifica al emperador.

Luis XVIII fue el último monarca francés para quien se preparó una imagen de cera. Pero se su-

primió la ceremonia de las comidas. Pues era famoso el tremendo apetito del rey ciudadano, y los ministros de su sucesor temieron que la risa homérica de la multitud conmoviera las ventanas del palacio.

La realeza difunta también acarrea problemas. John Stow nos cuenta que Enrique I, después de fallecer, mató a su propio médico:

“Se había prometido gran recompensa al médico para que abriera su cabeza [la del rey] y extrajera el cerebro, pero el hedor lo mató, y por consiguiente no pudo gozar de la recompensa prometida.”

Los ojos, el cerebro y las entrañas del rey fueron enterrados en Ruán; el resto de su cuerpo fue cubierto de sal y envuelto en cueros vacunos, “debido al hedor que envenenaba a los que estaban alrededor”. Y todo por la locura de haberse hartado de lampreas.

El entierro de Enrique VIII tampoco fue muy ceremonioso. Un documento contemporáneo, conservado en la colección Sloane, relata que el cadáver pasó una noche entera en un convento profanado que había servido de cárcel a Catalina Howard:

“El rey, a quien llevaban a Windsor para ser enterrado, estuvo toda la noche entre las derruidas murallas de Sión; y como el ataúd de plomo sufrió

por el movimiento del carruaje, la sangre de Enrique manchó el piso de la iglesia.

“Por la mañana vinieron plomeros para soldar el ataúd, y entre ellos- tiemblo al escribir esto- apareció súbitamente un perro, que lamió la sangre del rey...”

¡Largo camino se habla recorrido desde la efigie de cera celosamente alimentada durante cuarenta días!

6.

En 1810 la mitad occidental de Haití se convirtió en república. Su presidente fue el general Henri Christophe, nacido esclavo en Granada, y hábil lugarteniente de Pierre Dominique Toussaint L'Ouverture en la revolución de 1791 contra los franceses.

La carrera de Christophe había sido meteórica. Nacido en la esclavitud, se liberó por sus propios esfuerzos, y luego fue cocinero de un conde francés. Posteriormente se consagró a la carrera de las armas, y demostró su valor en varias guerras de menor importancia, hasta que alcanzó la jerarquía de

general.

Debe decirse en su honor que permaneció fiel a su esposa a través de todas las vicisitudes de su carrera. Ella era haitiana, y también había sido cocinera. Napoleón era el ideal y modelo de Christophe. El curso había comenzado desde abajo; ¿por qué no podía emularlo?

Durante su presidencia, obtenida gracias al asesinato de Jean Jaques Dessalines- el emperador Jacques I de tan particular estilo- Christophe echó los cimientos de su Propia realeza. El ceremonial y la etiqueta fueron regulados de acuerdo con el modelo francés. Se ha conservado un ejemplar de la Gaceta Oficial haitiana, en el que se describen detalladamente las festividades del cumpleaños de la esposa del presidente.

El titular del amarillento diario (en francés) dice así:

GACETA OFICIAL DEL ESTADO DE HAITÍ

30 DE AGOSTO DE 1810

SÉPTIMO AÑO DE LA INDEPENDENCIA

“El 15 de agosto”, dice el editorial, “se vio señalado por un sentimiento de general regocijo. To-

dos se sintieron poseídos por el exaltado entusiasmo que generalmente acompaña el cumpleaños de Su Alteza, la esposa del Presidente. Como los auténticos patriotas haitianos se interesan por los más menudos detalles relacionados con el objeto de su cariño y respeto, daremos un relato minucioso de todos los brillantes éxtasis que han hecho tan soberbia esta magnífica fiesta”.

Los soberbios éxtasis comenzaron la noche anterior, cuando varias salvas dieron la señal “para el estallido de la alegre y general intoxicación”. En las cimas de las montañas se encendieron hogueras. Se iluminó la capital. Se desplegaron estandartes y carteles en los que se expresaba la lealtad y el aprecio inspirados por las cualidades de la “virtuosa consorte”. A medianoche se celebró un concierto al aire libre, en el que “se cantaron varios solos y duetos en elogio del cumpleaños, con el fuego interior y el hondo poder expresivo que sólo el tributo a la virtud puede inspirar. Después de la serenata el público se retiró de mala gana a dormir, para levantarse a primera hora de la mañana, al son de pífanos y trompetas, que señalaban la aproximación del momento apasionadamente esperado y el principio de la grata pompa de las festividades”.

Los distinguidos huéspedes se reunieron a las seis de la mañana (hora bastante temprana, de acuerdo con las normas europeas) en el palacio, donde el Maestro de Ceremonias presentó a Su Gracia y Alteza, la Consorte del Presidente. El primer ministro pronunció un discurso de salutación, que concluyó con una plegaria de agradecimiento al Todopoderoso por haber hecho al afortunado Haití el don de Su obra maestra, Su Gracia y Alteza, la Consorte del Presidente. (Así dice la Gaceta Oficial.)

Aunque muy conmovida, Su Gracia replicó brevemente. De todos modos, aún esas pocas palabras fueron una hazaña, pues no sabía leer ni escribir, y debió aprender el discurso de memoria y de oídas.

“¡Caballeros!”, dijo. “Mi corazón, que aprecia cabalmente vuestro homenaje, sólo desea ser cada día más digno del respeto y del amor del pueblo haitiano”.

Debe reconocerse que fue un discurso sencillo e inteligente. Sin embargo, para la Gaceta Oficial fue algo apenas menos precioso que una oración de Demóstenes o que la sabiduría del rey Salomón.

“Ante estas palabras, inspiradas por la personificación misma de la Modestia y de la Bondad, el pú-

blico reunido emitió un murmullo de profundo afecto. El viajero extraviado en el desierto, que al fin da con una fuente refrescante y allí sacia su sed, no puede sentir mayor placer que el que embargó el alma del pueblo haitiano cuando oyó tan nobles palabras.”

Enfermante servilismo, nauseabundas adulaciones, se dirá. Algo que sólo es posible entre estos pobres negros, que tratan de imitar a otros países más civilizados y también más artificiosos.

Podemos reír ante el florido estilo y la infantil adulación de la Gaceta Oficial. Pero compárense los fragmentos anteriores con estas líneas:

“Fue siempre gran amigo y sabio consejero de los trabajadores intelectuales, y especialmente de los literatos. Confió a los escritores el orgulloso título y la misión: ¡ser los constructores del espíritu! Y él concibió el lema eterno de la literatura mundial progresista: ¡escribir la verdad!”

“El movimiento mundial de la paz vio en él al hombre cuyas palabras y cuya actividad científica y política se orientó siempre hacia el futuro pacífico de la humanidad. Su último discurso llamó a todos los hombres honestos a defender la paz, la libertad, la independencia nacional y los derechos humanos.

Estas palabras constituyen los hitos deslumbrantes e inmortales de los partidarios de la paz, y les indican exactamente el camino a seguir.”

¿Hay tanta diferencia entre la Gaceta Oficial haitiana de 1810 y la Gaceta Literaria húngara del 21 de diciembre de 1954? ¿Entre la descripción de la fiesta de cumpleaños de la consorte de Henri Christophe y el artículo en que se celebró (póstumamente) el septuagésimo quinto cumpleaños de cierto José Vissarionovich Dzhugaslivili... es decir, de José Stalin?

El presidente Christophe no lo fue por mucho tiempo. El 2 de junio de 1811 “él y su esposa fueron coronados solemnemente en Cape Francoise” (informa el Annual Register):

“como rey y reina de Haití, por un arzobispo titular, después de lo cual ofreció una espléndida fiesta, en la que estuvieron presentes dos capitanes ingleses y todos los marinos de las naves mercantes inglesas y norteamericanas. Su Majestad bebió a la salud de su hermano, el Rey de Gran Bretaña, y votó por su éxito en la lucha contra el tirano francés. Ha creado varios grados de nobleza, y ha decretado la organización de una guardia real, de un orden de caballería y de una jerarquía eclesiástica; y

probablemente representará su papel de monarca con tanta dignidad aparente como cualquiera de los que últimamente se han elevado a esa jerarquía en Europa.”

¡Pero el Annual Register se quedaba corto! El nuevo rey ansiaba realizar los mayores esfuerzos en beneficio de la gloria y del brillo de su corte. Seguía imitando a su modelo, Napoleón, a cuya “reciente corona” el Annual Register se refería con mal disimulada sorna en la frase final del párrafo citado. El Almanaque de la Corte de Haití para el año 1813 menciona a los miembros de la familia real y a los dignatarios de la corte. He aquí algunos párrafos:

La familia real: Su Majestad, Henri I, rey de Haití, y Su Consorte, Su Majestad Marie Ludovique, reina de Haití. Los niños reales, a saber, el Delfín, seguido del príncipe Jacob Víctor, las princesas Emethyste y Athenais Henriette, de las cuales la princesa Emethyste lleva el título de Madame Premiere.

Príncipes y princesas de la sangre: El príncipe Noele, hermano de Su Majestad la Reina. Madame Celestine, esposa de aquel. El príncipe Jean, primo de Su Majestad el rey. Madame Marie Augustine, viuda del finado príncipe Gonaives.

Los pares del dominio: El príncipe Noele, coronel de guardias. El príncipe Jean, gran almirante. Los mariscales del dominio. (Aquí viene la lista de duques y condes.)

Los pares de la corona: El Despensero principal, el Copero principal, el Lord Chambelán, el Maestro jefe de los establos, el Lord Maestre de la Caza, el Lord Maestre de Ceremonias.

La casa real de la reina: Un Despensero principal, dos Damas de Compañía principales, doce Damas de Compañía comunes, un Chambelán principal, dos Chambelanes, cuatro Mayordomos del establo, un secretario privado y una nube de pajes.

El Delfín tenía otra casa, y a ella estaban asignados un Gran Mayordomo y dos tutores.

¿Dónde encontró Henri Christophe, ex esclavo y ex cocinero, tantos dignatarios y funcionarios?

El Almanaque de la Corte nos informa que Su Majestad estableció una nobleza hereditaria. Para empezar creó once duques, veinte vizcondes, treinta y nueve barones y once caballeros.

El Almanaque, que trae abundante información, detalla el ceremonial de la corte. Sus Majestades recibían todos los jueves. El rey y la reina se sentaban en sillones; los otros lo hacían con arreglo al rango

de cada uno, exactamente como en la corte francesa antes de la Revolución. Las princesas de la sangre ocupaban sillas de respaldo alto, pero las otras damas debían contentarse con taburetes... es decir, asientos de escasa altura y sin respaldo.

Se prohibía a los invitados saludarse entre sí en presencia de Sus Majestades. También estaba prohibido dirigirse a Sus Majestades sin previo permiso del Maestro de Ceremonias.

Y así por el estilo. Hasta el 8 de octubre de 1820, en que estalló una revuelta militar. El rey Henri vio conmoverse y vacilar su trono, y se pegó un tiro.

La familia real negra, la corte negra, los pares negros... todo se sumergió en el olvido, sin dejar rastros.

Sin embargo, menos de treinta años después resurgió en Haití la gloria de la corona. Pero esta vez no fue una simple corona real, sino imperial.

Faustin Elie Soulouque fue general y político. A la edad de sesenta y dos años fue elegido presidente; dos años después, en 1849, se proclamó emperador, con el nombre de Faustin I. La importante ceremonia tuvo lugar el 26 de agosto de 1849. Como no se disponía de una corona de oro se improvisó un ar-

tefacto de cartón dorado, que el presidente del Senado depositó solemnemente sobre la cabeza del nuevo emperador. Faustin I se sintió tan profundamente conmovido, que eligió palabras un tanto inapropiadas para iniciar sus funciones, pues exclamó: “¡Viva la libertad! ¡Viva la igualdad!”

Faustin I organizó su corte imperial sobre el molde de la que había tenido Henri I. Creó pares y altos dignatarios, fundó una orden de caballería. Entre los funcionarios de la corte había un Lord Gran Panadero, instituido a imitación del Grand Penatier francés. Se produjo cierta confusión, pues nadie atinaba a establecer las funciones reales de este caballero. Desconcertado, el hombre pidió audiencia al Emperador, pero éste resolvió muy graciosamente el problema: “C'est quelque chose de bon” (Es algo bueno).

El nombre de Lord Gran Panadero era conde de la Limonada. Lo cual parece un tanto extraño. Pero había otro llamado duque de la Mermelada. Y cuando se repasan los títulos de la nueva aristocracia, se descubren otros títulos sorprendentes:

Duque de las Mejillas Rojas (Duc de Dondon).
 Duque del Puesto Avanzado (Duc de l'Avancée).
 Conde del Río Torrencial (Comte d'Avalasse). Con-

de del Terrier Rojo (Comte du Terrier Rouge). Barón de la Jeringa (Baron de la Seringue). Barón Agujero Sucio (Baron de Sale-Trou). Conde Número Dos (Comte de Numero-Deux).

Qué había detrás de toda esta imbecilidad haitiana?

Cuando el emperador Faustin creaba un par, también daba al beneficiario cierta extensión de tierra plantaciones más o menos extensas confiscadas a sus antiguos propietarios. Era bien sabido que la nobleza de Francia, a la que tanto se imitaba, tomaba su nombre de las propiedades que ocupaba, por lo cual se consideró aconsejable que la nueva aristocracia negra se denominara según la propiedad de cada uno. Pero las plantaciones no tenían nombres tan atractivos o melodiosos como los antiguos castillos de la nobleza francesa; los viejos propietarios las habían bautizado con los nombres de los productos elaborados, o de acuerdo con la ubicación de la propiedad, o con cierta particular cualidad del suelo, etc. Así, la patente de nobleza del hombre que poseía limonares era el título de conde de la Limonada; el nuevo propietario de una fábrica de jaleas se enorgullecía de que lo llamaran duque de la Mermelada. Es muy posible que pocos de ellos

comprendieran las particulares connotaciones de algunos de los nuevos títulos.

El 18 de abril de 1852 el emperador Faustin decidió coronarse, junto con su esposa, por segunda vez. En esta ocasión utilizaron una auténtica corona de oro, y la ceremonia se ajustó a los lineamientos generales de la coronación imperial de Napoleón. Al lector que desee representarse la escena, le bastará recordar el famoso cuadro de David, pero cambiando la pigmentación de los personajes, de modo que tendrá ante sí pares negros, mariscales mulatos, y damas de compañía de piel de ébano o cuarteronas.

Réstanos describir la Guardia Real. Eran los favoritos del emperador... y gastó una fortuna en ellos. Ordenó magníficos uniformes, que fueron encargados a Marsella. La firma comercial entregó magníficos uniformes; y como adorno complementario, cada uno de ellos llevaba una pequeña placa de metal.

Cierto día llegó a Haití un viajero francés, y asistió a una revista de los Guardias Reales. Las extrañas plaquitas de metal atrajeron su atención. Se acercó a uno de los guardias y examinó atentamente el objeto. Sobre la placa había una inscripción en letras muy pequeñas. No se trataba de un lema im-

perial, sino de una leyenda muy comercial y prosaica. Decía: “Sardines a l’huile. Barton et Cie. Lorient”.

¡El contratista marsellés no corría muchos riesgos! Sabía que ni los guardias reales ni el propio emperador habían aprendido a leer, y por lo tanto consideró, que no era peligroso adherir a los uniformes placas de metal recortadas de viejas latas de sardinas.

Desgraciadamente, la Guardia Real no se mostró digna de su magnífico uniforme. En 1859, cuando estalló la inevitable revolución, desertó desvergonzadamente y abandonó al emperador; de modo que Faustin I resolvió olvidarse de mermeladas, limonadas y demás miembros de la nobleza. Con toda su familia huyó a Jamaica, y allí terminó su vida, en el exilio, siguiendo así hasta el fin a su modelo napoleónico.

Los extraños títulos, las ridículas pretensiones de los negros nos mueven a risa. Pero la raza blanca no tiene derecho a sentirse muy superior. He aquí una lista de títulos y jerarquías recogida de la prensa de los Estados Unidos:

Portero ayudante en ejercicio (del Senado de los Estados Unidos).

Presidente general de las Hijas de la Revolución Norteamericana.

Editor Emérito Extranjero.

Gran Brujo Imperial.

Gran Dragón de Florida.

Caballero de la Camelia Blanca.

Kleagle de California.

Alguno de estos títulos, ¿es menos original que el de duque de las Mejillas Rojas o barón de la Jeringa? Sin duda, varios de ellos pertenecen a organizaciones muy especiales, como el Ku Klux Klan, pero su existencia demuestra que aún en los democráticos Estados Unidos la gente gusta de los títulos... sobre todo cuando son propios.

7.

En el Imperio Bizantino se hallaban rígidamente regulados no sólo los títulos y el ceremonial de la corte, sino también las modas. Únicamente el emperador tenía derecho a usar zapatos rojos. Era uno de los signos exteriores del poder imperial, como la diadema. Después de la caída de Constantinopla, los zapatos rojos realizaron un largo viaje en el tiempo

y en el espacio, y finalmente aparecieron en París. La travesía fue áspera, sin duda, pues los zapatos perdieron suela y parte superior, y sólo quedó el taco. El taco rojo- talon rouge- se convirtió en parte integral del vestido de la corte; y distinguía al noble agregado a la corte del resto de los mortales.

Cada corte se convirtió en un mundo cerrado; un mundo pequeño o grande, deslumbrante como Versalles o sombrío como El Escorial. Y también formaban un mundo los castillos de los príncipes alemanes, que se esforzaban con todos los recursos a su alcance por emular a sus grandes modelos. Este mundo no era esférico; se parecía a una pirámide graduada. En el vértice se hallaba el rey o el emperador; sobre las gradas, que se ensanchaban paulatinamente, se hallaban, de pie o arrodillados, los cortesanos, cada uno en el lugar señalado, de acuerdo con las reglas minuciosamente reguladas de la jerarquía y de la precedencia.

Jerarquía, grado, posición, nivel... ¡el sueño y la ambición de todo cortesano! Preceder a otro, aunque sólo fuera en un grado, acercarse otro escalón al ídolo de las alturas... aunque el trono no fuera el ceremonioso sillón de oro donde se tomaban decisiones de Estado, sino un mueble mucho más pro-

saico con un agujero en el centro.

A riesgo de que se nos considere un poco escatológicos, debemos consagrar cierto espacio al ceremonial y a la mística de este artículo doméstico. Francisco I, rey de Francia, había introducido ya el cargo de portador de la silla (*porte-chaise d'affaires*). Los dignatarios honrados con ese título desempeñaban sus funciones ataviados con uniformes especialmente diseñados, cubiertos de medallas y portando espada. Las tareas relacionadas con la *chaise* eran de las más codiciadas en la corte, pues si los resultados eran satisfactorios, Su Majestad dispensaba sus favores con generosidad. Otrora, el espectáculo revestía carácter más o menos público. Sin embargo, Luis XIV, hombre de gran delicadeza y tacto, decidió que acto tan íntimo no debía ser ejecutado ante los ojos de una multitud muy numerosa. Cuando usaba el poco atractivo trono, durante media hora, poco más o menos, sólo permitía la presencia de los príncipes y princesas de la sangre, de Madame de Maintenon, de sus ministros, y de los principales dignatarios de la corte... es decir, un grupo de apenas cincuenta personas.

La llamada *chaise percée* merecía el respeto que se le tenía, pues se la construía con la pompa y el

lujo apropiados. Catalina de Médicis tenía dos: una forrada de terciopelo azul, y otra de terciopelo rojo. Después de la muerte de su esposo mandó construir otra silla, forrada en terciopelo negro, como expresión de duelo.

Cuando Fernando IV, rey de Nápoles, iba al teatro, un destacamento especial de guardias reales, dirigido por un coronel, lo acompañaba llevando el importante artefacto. Y cada vez que el monarca visitaba el teatro, se repetía el interesante espectáculo: un destacamento de guardias en uniforme de gala, marchaba con antorchas del palacio al teatro, y en el medio iba el augusto trono privado. Por donde pasaba la extraña procesión, los soldados saludaban, y los oficiales se cuadraban en posición de firmes, con la espada desenvainada.

Los problemas extremadamente delicados de precedencia y de jerarquía a menudo exigían las más minuciosas distinciones y obligaban a intervenir a los propios gobernantes. Aun el más insignificante príncipe alemán emitía decretos oficiales destinados a regular la precedencia en la corte. Por ejemplo, Carlos Teodoro, Elector de Pfalz, puso a todos los empleados y servidores relacionados con los establos bajo las órdenes de su Lord Mayordomo del

Establo... pero los tutores y los instructores de los nobles pajes también pertenecían a esta categoría: Praeceptores et Professores Philosophiae, dice el texto, de modo que evidentemente el Elector no se refería a los profesores de equitación. Los gentiles filósofos probablemente aceptaron con resignación que su rango en la corte fuera el mismo de los palafreneros y de los cocheros; después de todo, era evidente que los caballos ducales tenían precedencia sobre los vulgares jacos. Pero habrán lamentado lo reducido de sus salarios... y con toda razón. Se pagaba al cochero ducal trescientos guldens anuales, y doscientos cincuenta a su ayudante. Los doce trompeteros de la corte también recibían doscientos cincuenta guldens; pero los profesores philosophiae debían contentarse con doscientos guldens. (Sin duda se les tenía tanto respeto como a “Papá Haydn”, a quien el príncipe Esterhazy contrató para dirigir la orquesta ducal lo que seguramente le permitió vivir mejor; pero debió llevar librea, y su contrato incluía una cláusula según la cual debía estar limpio y sobrio “durante las horas de trabajo”. Quizás el grado honorario que Oxford le concedió, ayudó a disipar el amargo regusto que le habrá producido ese tratamiento.)

La compleja trama de la precedencia en la corte merece estudio objetivo. El enfoque más efectivo consiste en examinar el sistema de la corte de Versalles. Estudiemos la circulación de la sangre en este complicado organismo, pues aquí la fiebre de jerarcomanía alcanzó su punto más alto.

En el más elevado escalón de la pirámide se hallaban los príncipes de la sangre, otros príncipes, y los pares, nimbados de áurea gloria. Los pares eran los nobles hereditarios y los magnates de Francia, y pertenecían simultáneamente al parlement y al Consejo de Estado. Este grupo, el más elevado de todos, detentaba los más altos privilegios y la suprema jerarquía. El resto de la nobleza venía después a gran distancia de aquellos.

Debemos destacar que existía considerable diferencia entre Jerarquía y poder. Un hombre podía ser un ministro todopoderoso, un general victorioso, un gobernador colonial, o presidente de un parlement de gran autoridad; en la vida de la corte su rango era muy inferior al de un joven príncipe que acababa de salir de la adolescencia. En campaña, los mariscales de Francia tenían precedencia sobre los príncipes y los pares, pero en la vida de la corte carecían de rango, y sus esposas no tenían derecho al

codiciado y envidiado tabouret.

“¡El divino tabouret!” como lo llama Mlle. de Sévigné en una de sus cartas. El taburete era un mueble sin brazos ni respaldo, más parecido a una sillita plegable que a un sillón. Sin embargo, a pesar de su insignificancia, desempeñó extraordinario papel en la vida de la corte francesa.

Cuando el rey o la reina tomaban asiento en el círculo de la corte, todos los caballeros tenían derecho a sentarse... no en un sillón, sino sólo en uno de esos famosos tabourets. De todos modos, las damas condenadas a mantenerse de pie podían alentar ciertas esperanzas. Se les permitía compartir el privilegio del tabouret... cuando el rey y la reina no estaban presentes. La posibilidad de dicha eventualidad fue cuidadosamente estudiada por la etiqueta de la corte, y sus reglas se combinaron en un sistema. Se desarrolló una ley del taburete, del mismo modo que en el curso de la historia se desarrollaron paulatinamente las tradiciones legales.

Seamos un poco más específicos:

Los hijos de la familia real se sentaban en tabourets en presencia de sus padres; en otras ocasiones, podían ocupar sillones. Los nietos reales podían solicitar tabourets sólo cuando los hijos del rey es-

taban presentes; en las restantes ocasiones, también ellos podían acomodarse en sillones. Las princesas de la sangre debían contentarse con tabourets en presencia de la pareja real y de los hijos de ésta; pero en presencia de los nietos del rey gozaban de un privilegio especial: un sillón sin brazos, pero que por lo menos tenía respaldo donde apoyarse. Tampoco se las privaba totalmente de la gloria implícita en el sillón... pero en presencia de damas de rango inferior.

Estas normas no agotaban los problemas ni las posibilidades; era preciso considerar la situación de los altos dignatarios del Estado y de la corte. Los cardenales debían estar de pie en presencia del rey; pero en compañía de la Reina y de los niños reales se les ofrecía tabourets; cuando sólo estaban presentes príncipes y princesas de la sangre, podían reclamar sillones. Los príncipes extranjeros y los grandes de España debían estar de pie ante la pareja real y sus hijos; frente a los nietos reales podían ocupar un tabouret; en presencia de príncipes y de princesas de la sangre tenían derecho a sentarse en sillones. (Sin duda había considerable desplazamiento de muebles en la corte francesa, al compás de las idas y venidas de la familia real.)

La ley del tabouret incluye muchos otros aspectos, pero no podemos ocuparnos de todos. Quizás sea éste el lugar apropiado para citar el libro de Marzio Galeotto sobre la casa del rey Matthias Corvinus de Hungría. Beatriz, la esposa italiana del rey, introdujo una práctica particular: si ella se sentaba, lo mismo podían hacer las damas de compañía; y estaban autorizadas a hacerlo sobre cualquier tipo de silla, sin necesidad de permiso especial. Un cortesano muy escrupuloso mencionó el hecho al rey Matthias, y criticó la falta de formalidad; sin duda, mucho mejor era dejar de pie a las damas.

-Oh, no, que se sienten- replicó Su Majestad- son tan terriblemente feas, que mucho más ofenderían la vista del espectador si se quedaran de pie.

La ley del tabouret es sólo una pequeña muestra de la tremenda variedad de privilegios y derechos de que gozaba la alta nobleza. Era una dieta refinada y sutil con la que se alimentaba la vanidad, y el goce era más intenso porque todo se hacía públicamente.

En las recepciones de la corte las damas de rango inferior besaban el ruedo de la túnica de la reina. También las princesas y las esposas de los pares tenían derecho a rendir este homenaje, pero el privilegio estaba claramente determinado: se les permitía

besar la tela un poco por encima del ruedo.

La cola de los vestidos también estaba estrictamente regulada, según nos explica Saint- Simon:

La reina- once anas.

Hijas de la pareja real- nueve anas.

Nietas de la pareja real- siete anas.

Princesas de la sangre- cinco anas.

Otras princesas- tres anas.

Y como una ana equivale a una yarda, o poco más, aún las simples princesas disponían de tela suficiente para dar a sus vestidos una cola majestuosa.

Las damas de compañía bebían de una pequeña copa. Privilegio de las princesas era que, además, se les diera un platito de vidrio. En cierta ocasión Mlle. de Valois, princesa de la sangre, tuvo por compañera de viaje a la duquesa de Villars, una simple princesa que no era de sangre real. En realidad, ambas tenían derecho al platito de vidrio. La lucha comenzó durante la primera comida. Mademoiselle de Valois exigió que NO se ofreciera el plato a su compañera; pues en ese caso, ¿cómo podía establecer su precedencia una princesa de la sangre? A su vez, madame de Villars declaró que tenía derecho a recibir el plato, dado su rango de princesa. Esta grave discusión acabó en ruptura total. Como era im-

posible resolver el problema, pues se carecía de tradición práctica con respecto a los platos de vidrio, decidieron abstenerse de beber durante todas las comidas que se hicieron en ese viaje, prefiriendo las torturas de la sed antes que ceder un ápice.

En todo caso, estas damas litigiosas comían juntas. No era el caso de aquel conde alemán, de quien C. Meiners relata en su *Geschichte des weiblichen Geschlechtes* (Historia del sexo femenino, Hanover, 1788) que se casó con una archiduquesa austriaca. Era un matrimonio de amor, pero el pobre conde se quejaba amargamente: “Podemos dormir en el mismo lecho, pero no se nos permite comer a la misma mesa”.

Minima non curat praetor, afirma el proverbio latino. “Las cosas pequeñas poco importan”. Quizás así es, amenos que se esté infectado del virus de la vanidad. Pues en Versalles aún las cosas más fútiles poseían prodigiosa importancia.

Era privilegio de las princesas poner un toldo escarlata sobre el techo de sus carruajes. Pero los hijos y los nietos de la pareja real necesitaban distinguirse de algún modo. Gozaban, pues, del privilegio especial de llevar el toldo escarlata clavado al techo del carruaje. Esta situación suscitó un grave pro-

blema, pues el príncipe Condé (príncipe de la sangre) exigió el mismo derecho para las princesas de la sangre. Pero las intrigas de la corte impidieron la audaz innovación, de modo que el indignado Condé arrancó completamente el toldo escarlata del carruaje de su esposa y (con gran consternación de todo el mundo) entró sin él al palacio real.

Entró al palacio... he aquí una observación importante. Los carruajes de los nobles de rango inferior al de príncipe no podían traspasar el patio interior; una vez llegados a la porte-cochere debían detenerse, y sus ocupantes caminaban hasta la entrada.

Si el rey visitaba uno de sus castillos en provincias, toda la corte lo seguía. En los castillos se reservaba a cada uno la correspondiente habitación. Pajes de librea azul escribían con tiza sobre la puerta el nombre del personaje de la corte Monsieur X o Madame Y. Pero ni siquiera esta sencilla tarea se salvaba de la comedia de la precedencia. El absurdo de la etiqueta gobernaba en los corredores de Marly o de Fontainebleau. Las damas y los caballeros de rango excepcional tenían derecho a una palabra suplementaria: pour, para Monsieur X o Madame Y.

Las cuatro letras de la palabra pour, trazadas con

tiza, constituían valiosa distinción. Sólo se concedía a los príncipes de la sangre, a los cardenales y a la realeza extranjera, de modo que esta delicada distinción convertía al rey en anfitrión personal de sus huéspedes privilegiados.

Los embajadores extranjeros expresaron la más profunda indignación ante la ausencia del *pour* en sus respectivas puertas. Pero todos los esfuerzos fueron en vano; Luis XIV se negó obstinadamente a rectificar su decisión. El día que la princesa D'Ursins conquistó el privilegio se produjo tremenda sensación. La dama consiguió probar que era miembro de cierta familia real extranjera... y poco después el paje vestido de azul aparecía frente a la puerta de la habitación ocupada por la princesa y agregaba solemnemente las cuatro letras.

“Francia entera”, escribió feliz madame D'Ursins a su esposo, “se apresuró a felicitarme porque habla alcanzado este *pour* deseado con pasión. Todos me demostraron extraordinario respeto. El caso ha provocado gran sensación en París”. (Henri Brochet: *Le rang et Vétiquette sous Vancien régime*, Paris, 1934.)

Mayor aún fue la sensación (casi un terremoto o una erupción volcánica) cuando los dos hijos de

Luis XIV y de Mlle. de Montespan atravesaron la cámara del Parlement de París. Sí, la atravesaron, y por el medio.

¿Por qué esa sensación? Debemos recordar que Luis quería más a los bastardos reales que a sus propios hijos legítimos. Los abrumó de títulos y de honores. Uno de ellos, el duque de Maine, fue coronel a la madura edad de cuatro años, y cuando cumplió los doce fue nombrado gobernador real de Languedoc. El otro, el conde de Tolosa, tenía once años cuando fue nombrado gobernador... pero cuando cumplió los cinco años su padre lo había hecho Gran Almirante de Francia. Ambos realizaron una magnífica carrera; pero desde el punto de vista de la precedencia sus progresos no fueron muy notables. Los legítimos príncipes de la sangre tenían un rango superior. Era preciso hallar remedio al problema. El 29 de julio de 1714 apareció un edicto real, que reguló la función de los dos niños en el Parlement de París y les concedió los mismos derechos que poseían los príncipes de la sangre.

Bajo el ancien régime, el Parlement de París era en realidad la Suprema Corte de Francia. Sus miembros eran los pares, los príncipes y las princesas de la sangre. Estos últimos gozaban de considerables

privilegios. Cuando se leía la nómina, el presidente no mencionaba los nombres de los príncipes; se limitaba a mirarlos. Cuando se dirigía a ellos, se descubría. Al llegar o al partir, dos porteros los escoltaban. Pero esto era sólo el comienzo. El verdadero privilegio se expresaba en el modo de ocupar sus respectivos asientos. Los pares y los simples príncipes no podían cruzar el salón para llegar a sus sillas, y debían caminar a lo largo de las paredes. Sólo el presidente y los príncipes de la sangre podían cruzar por el centro del salón.

Saint-Simon describe detalladamente el día memorable en que los dos bastardos reales alcanzaron tan glorioso privilegio. Fue, sin duda, una gran ocasión.

8.

Cuando el rey Juan Sobieski de Polonia derrotó al Gran Visir turco Kara Mustafá y levantó el sitio de Viena, se reunió en solemne encuentro con Leopoldo, el emperador Habsburgo. El palatino o virey polaco se postró a los pies del emperador y quiso besarle las botas. Sobieski se encolerizó y lo

obligó a incorporarse.

“¡Palatin! ¡Point de bassesse!” le gritó.

La palabra tiene muchos significados: bajeza, mezquindad, vulgaridad, acto bajo o mezquino. Pero la mejor traducción es servilismo.

La palabra servilismo proviene del latín servus, servidor; pero en Occidente el servidor rara vez o nunca ha sido abyecto esclavo. Pocos son los amos que exigieron que se les besara o lamiera las botas. En Inglaterra esa actitud fue siempre objeto de desprecio; en los Estados Unidos decayó y murió, ahogada por el vigoroso aire de la democracia.

Pero el servilismo reviste muchas formas, y el servilismo del cortesano fue siempre el más estúpido de todos. Este servilismo se expresa del modo más notable y vigoroso en la actitud que afirma que “la sangre real no es motivo de deshonra”. Tanto el simple burgués como el altanero par se sentían igualmente orgullosos y felices de que sus hijas, o quizás la propia esposa, sirvieran al placer del príncipe o del monarca. El adulterio fue un pasatiempo en Francia bajo Luis XII, la norma bajo Luis XIV y un deber durante la Regencia. La *Chronique scandaleuse* de las cortes abunda en episodios de esta naturaleza. Su expresión culminante fue quizás el famoso

Pare de Cerfs de Luis XIV. Pero las galantes aventuras de Carlos II o las aventuras eróticas de Augusto el Fuerte fueron apenas menos generales y famosas. En *Galanteries des rois de France*, de Sauval; en *Les favorites des rois de France*, de Chateauneuf; en *Amours et galanteries des rois de France*, de SaintEdna, o en los seis volúmenes de Jean Hervez (*La Régence galante; Les maitresses de Louis XV*, etc.) el estudioso de los recovecos de la historia hallará amplio material. La *Saxe galante*, el libro del barón Pollnitz sobre la vida amorosa de Augusto el Fuerte, alcanzó una docena de ediciones. No hay escasez de material cuando se investiga la estupidez del servilismo.

El cocu, el esposo cornudo, es figura bastante familiar. Hay muchas teorías sobre el motivo de que se atribuya al esposo engañado la posesión de cuernos visibles o invisibles. “Llevar cuernos”, dice el *Brewer Dictionary of Phrase and Fable*, “es ser marido engañado. Es probable que esta antigua expresión se relacione con la caza. En la estación del apareamiento, el ciervo elige varias hembras, que constituyen su harén, hasta que otro ciervo desafía sus derechos. Si cae derrotado, permanecerá solo hasta que encuentre un ciervo más débil, que tendrá que abandonar su propio harén. Como los ciervos tie-

nen cuernos, y otros machos les arrebatan sus compañeros, es evidente la aplicación a la frase en cuestión”.

Pues yo creo que es cualquier cosa menos “evidente”; pues en el caso de los ciervos el “cornudo” es el macho fuerte, el que tiene éxito; sin embargo, hay otras teorías: Llevar cuernos: Esta expresión se origina en la antigua práctica de adherir o injertar las espuelas de un gallo castrado a la raíz de la cresta extirpada, donde crecían y se convertían en cuernos, a veces de varias pulgadas de longitud.

En apoyo de esta teoría se hace referencia a la palabra alemana Hahnrei, de la que se afirma que significa tanto capón como cornudo. El único inconveniente de esta teoría reside en que capón, en alemán, no es Hahnrei, sino Kapaun o Kapphahn. De todos modos, podemos dejar el problema librado a la sabiduría de los filólogos.

Hay una explicación más probable, que relaciona al cornudo y a sus cuernos con Andrónico I, emperador de Bizancio, que reinó durante dos años y fue nieto de Alejo I (Comneno). Gran parte de su vida sufrió las consecuencias de su propia conducta, harto licenciosa. Pasó doce años en prisión hasta que, en un intento de recuperar el poder, fue derri-

bado por Isaac Angelus y asesinado por la multitud enfurecida. Elegía sus amantes entre las esposas de los dignatarios de la corte. Como forma de compensación, se regalaba al esposo un extenso territorio o parque de caza; y como símbolo de su nueva propiedad, el beneficiario podía clavar las astas de un ciervo sobre la puerta de su residencia. Y todo el que pasaba frente a una puerta así cornificada podía hacerse una idea bastante clara del grado de fidelidad conyugal de ese hogar.

Equívocada o cierta, por lo menos esta explicación refleja la opinión y la creencia públicas.

Véanse las reacciones de Edward Hyde, Lord Clarendon, cuya hija Ana se convirtió en esposa secreta del duque de York, el futuro Jacobo II. Lo abrumaba la idea de que la realeza “se había mezclado con sangre común”, aunque en el caso se tratara de su propia hija. Y en una reunión del Consejo se expresó así:

“Prefería con mucho que su hija fuera la prostituta del duque, y no la esposa; pues no estaba obligado a proteger a una prostituta del más grande de los príncipes; y que la indignidad que él mismo padecía, con placer la sometería al mejor juicio de Dios.

“Pero si hubiera razón para sospechar la existencia de otra situación, estaba dispuesto a emitir un juicio positivo, con el cual, así lo esperaba, habrían de coincidir sus señorías:

“Que el rey ordenara el inmediato envío de a mujer a la Torre, donde debía ser encerrada en una mazmorra, bajo estricta guardia, para que nadie pudiera verla; y que luego se aprobara un acta del Parlamento, para que se la decapitara... a lo cual no sólo prestaría su consentimiento, pues de buena gana sería el primero en proponerlo...” (Clarendon, *Life*).

No es de extrañar que el conde perdiera el favor de Carlos II, ni que fuera acusado y desterrado, y acabara sus días en el exilio. Su peculiar sentido moral era, hasta cierto punto, servilismo a la inversa; no hubiera tenido inconveniente en que su hija fuera concubina del duque de York, pero la consideraba indigna de ser la esposa del duque de modo que, contra su propia voluntad, vino a ser el abuelo de la reina María y de la reina Ana.

En el hogar de una familia de clase media de la ciudad de Augsburgo se conserva el recuerdo de un episodio más inocente. Allí, bajo vidrio, está el retrato de cera y la golilla de encaje de Gustavo Adolfo, rey de Suecia. Relata la historia de estas reliquias

una tableta de mármol adherida al vidrio:

“Esta golilla fue usada por el rey de Suecia, Gustavo Adolfo, que la regaló a mi bien amada esposa, Jacobina Lauber, en ocasión de la visita del muy respetado rey a Augsburgo. Como mi bien amada esposa era la más hermosa doncella de nuestra ciudad, fue muy graciosamente elegida por Su Majestad como compañera de danza en el baile de gala organizado por el alcalde y los regidores. El motivo del gracioso don fue que, cuando Su Majestad intentó entretenerse con la doncella arriba mencionada, ella rechazó con virginal modestia ciertas familiaridades, y causó con sus dedos los agujeros que se observan en esta golilla.”

La golilla exhibe considerables deterioros, lo que demuestra que el encuentro fue más que tormentoso. Se la ha considerado una curiosidad notable, pues en su *Den kwiirdigkeiten* (*Memorabilia*, Ulm, 1819) Samuel Bauer le consagra un capítulo entero.

El conde La Garde, en sus memorias sobre la vida alegre del Congreso de Viena (1815), relata la aventura de la condesa húngara Kohary. Después de una función de gala, el numeroso público que descendía la gran escalinata de la Ópera se vio obligado a esperar que los diversos emperadores y reyes su-

bieran a sus respectivos carruajes. En medio de la apretada multitud alguien tuvo la malhadada idea de pellizcar a la condesa en un lugar particularmente delicado de su anatomía. La condesa era una altiva belleza magiar, y sin vacilar se volvió y aplicó al ofensor dos violentas bofetadas. Y no se intimidó al descubrir que se trataba de Lord Steward, medio hermano de Lord Castlereagh y embajador británico en Viena.

Durante los siglos XV y XVI los zares de Rusia elegían esposa de acuerdo con un método un poco extraño. Organizaban en todo el país la búsqueda de candidatas y las reunían en Nidji-Novgorod, la capital, donde se celebraba un gran concurso de belleza. Eran elegibles todas las muchachas sanas y bellas, sin que importara que fuesen ricas o pobres, nobles o plebeyas. He aquí el úkase emitido por Iván el Terrible en 1546:

“En nombre de Iván Vassilievich, Gran Príncipe de todas las Rusias, dado en Novgorod, nuestra capital, a los príncipes y boyardos que habiten a una distancia de cincuenta a doscientas verstas de Novgorod. He elegido a N..... y a N..... y les he confiado la tarea de examinar a todas aquellas de vuestras hijas que puedan hallarse en condiciones de

ser nuestra prometida. Tan pronto recibáis esta carta, los que tengan hijas solteras deberán acudir inmediatamente con ellas a Novgorod Grande... Quienes oculten a sus hijas y no las presenten a nuestros boyardos se atraerán grandes desgracias y terribles castigos. Circulad esta carta entre vosotros, sin que esté más de una hora en poder de cada uno.”

Una vez que los enviados del zar habían seleccionado a las candidatas de cada capital de provincia, las más bellas eran enviadas a Moscú. El primer zar que eligió esposa en tan singulares condiciones fue Vassili Ivanovich. En Moscú se reunieron mil quinientas jóvenes, cada una de ellas acompañada de su familia. Iván el Terrible eligió del mismo modo a su primera y bien amada esposa, Anastasia Romanov. Su tercer matrimonio fue también resultado de un concurso de belleza del que participaron dos mil jóvenes. Después de cuidadosos exámenes, este numeroso grupo quedó reducido a dos docenas de muchachas, y luego a una docena, todas atentamente revisadas por médicos y parteras. Las doce jóvenes eran igualmente sanas y fuertes, e igualmente bellas. Después de mucha reflexión, el zar eligió a María Sobakin y (puesto que se había toma-

do tanto trabajo) eligió también novia para su hijo Iván, una muchacha llamada Eudocia Saburov.

El príncipe A. Galitzin relata que, después de enviudar, Alexis Romanov hizo una visita al boyardo Matveev, propietario de una bella y bien organizada finca. El dueño de casa presentó ante el zar a la joven Natalia Narichkin, huérfana de un viejo amigo. Alexis se enamoró de ella y pocos días después regresó a pedirla en matrimonio. Matveev cayó de rodillas y rogó al zar que no violara la costumbre; si se casaba con la joven sin el habitual concurso de belleza, tanto la joven como Matveev, que era su tutor, serían asesinados por los rivales encolerizados. Alexis aceptó; sesenta jóvenes fueron enviadas al Kremlin, y se efectuó un concurso falso, en el que todo estaba resuelto de antemano. Natalia contrajo matrimonio con Alexis y fue madre de Pedro el Grande.

9.

El servilismo, la humildad, la degradación han sobrevivido al paso de los siglos y no son fenómenos raros ni sorprendentes. Los aristócratas cono-

cían sus deberes para con la realeza. Pero es realmente extraño que los ídolos vivientes pudieran soportar tanto incienso y adulación durante tanto tiempo y en dosis tan repetidas.

Aquí, la estupidez era bifronte: se expresaba tanto en el gobernante como en el súbdito. Desconcierta comprobar que las “divinidades humanas” aceptaban sin el menor sonrojo estos desvergonzados himnos de alabanza. También aquí los mejores ejemplos son los franceses; en otros países hubo idéntico grado de obediencia y de humillación, pero la literatura francesa ofrece la mejor documentación.

Ronsard fue celebrado por sus contemporáneos como príncipe de los poetas y poeta de los príncipes. En este último papel concibió una oda a Enrique III... que, como todos sabían, era el más inmoral y el peor de todos los reyes que habían ocupado el trono de Francia. El ritmo es exquisito, y las rimas son verdaderos cantos de la lengua francesa; pero sería lamentable pérdida de tiempo intentar reproducirlos en verso. Veamos la traducción, en sencilla prosa:

“Europa, Asia y África son muy pequeños para ti, que serás Monarca del universo entero; El Cielo reveló la existencia de América en el centro del

océano, para que el Gran Todo fuera dominio francés, obedeciera vuestras órdenes y, así como vuestro cetro subyugó al Polo Norte, triunfara también sobre el Sur. Cuando seáis Amo del Globo, cerraréis por doquier los templos de la Guerra; la paz y la virtud florecerán en la tierra. Júpiter y Enrique compartirán el mundo; uno, como emperador de los Cielos, y el otro como emperador de la Tierra.”

Quizás corresponda citar el texto original de las últimas dos líneas.

Jupiter et Henri le monde partiront

L'un Empereur du Ciel, et l'autre de la Terre.

Infortunadamente, este bello sueño de paz jamás cobró realidad.

El incienso más espeso y nauseabundo fue el que se quemó en honor de Luis XIV. El turista que recorre los salones y las cámaras de Versalles se detiene, desconcertado y sorprendido, ante los brillantes murales de la Galerie des Glaces; en ellos Luis aparece en el papel de victorioso señor de la guerra, héroe de cien batallas, y conquistador de pueblos. Las desvergonzadas falsificaciones y deformaciones de los serviles pintores cubrieron hectáreas de tela, hasta que al fin el propio Luis acabó por creer que él, y no sus generales, era quien había

ganado las batallas. Bien es cierto que nadie pintó las batallas que Luis perdió.

Le Brun, que trabajó durante dieciocho años en la decoración del palacio de Versalles, quizás se excusaba íntimamente con el argumento de que los cuadros habían sido ordenados, y los temas decididos de antemano, de modo que se limitaba a hacer todo lo posible con los materiales dados. Pero nadie obligó a la Academia Francesa, al grupo de los inmortales, a ofrecer un premio por un ensayo que respondiera a la siguiente pregunta: “¿Cuál de las virtudes del Rey merece el primer lugar?” Aunque evidentemente era de gran interés público dilucidar con claridad tan esencial problema, los académicos cambiaron de idea y el concurso fue olvidado deliberadamente.

Durante el mismo reinado otro incidente echó a perder el historial de la Academia.

El 1 de octubre de 1684 murió el gran Corneille, y quedó vacante su puesto en la Academia. El duque de Maine, de catorce años de edad, era ya, como sabemos, gobernador de Languedoc; pero en la ocasión concibió más elevadas ambiciones. Comunicó a Racine, director de la Academia, su deseo de suceder a Corneille. Racine convocó una reunión de

los Inmortales, y les presentó el pedido. La ilustre reunión encargó a su director que transmitiera este humilde mensaje: “Aunque no hubiera vacante, no hay miembro de la Academia que no esté dispuesto a morir con una sonrisa en los labios para dejar su lugar al Duque.”

Esta vez correspondió al propio Rey Sol (como que no estaba en juego su persona) impedir la elección del bastardo real.

No es que Luis XIV fuera siempre tan escrupuloso. En cierta ocasión se celebró en Versalles un baile de máscaras. Uno de los cortesanos se disfrazó de abogado, con túnica y peluca. Sobre el pecho llevaba una placa con cuatro versos. De acuerdo con la copla, el supuesto abogado consideraba que Luis era el más grande de todos los mortales, y por eso estaba seguro de ganar el juicio:

De tant d'Avocats que nous sommes,
 Je ne scaurais plaider qu'avec un bon succes,
 Je soutiens que Louis est le plus grand des
 hommes,

Et je suis assure de gagner mon proces.

El fiel cortesano presentó su poema al rey, que tuvo la amabilidad de aceptarlo y de recompensar la “ingeniosa idea” con su real aprobación.

La “literatura de los lacayos” floreció lujuriosa durante el reinado del Rey Sol. Con este material se podrían llenar varios volúmenes, los que servirían como elemento de prueba en el proceso a la estupidez humana. Los impresores solían estar a la altura de los autores. Cierta Colombar publicó un ensayo sobre las hazañas del rey en la caza y en el tiro. Después de esforzados e ingeniosos cálculos, llegó a la conclusión de que hasta ese preciso momento Su Majestad había derribado 104 ciervos, 27 corzos y 57 liebres, además de 50 jabalíes y 4 lobos. Cálculos detallados demostraron que el monarca había recorrido exactamente 3.255 millas mientras practicaba el noble deporte.

La manifestación menos ingeniosa de servilismo era la imitación: pensar como el príncipe; proceder como él se dignaba hacerlo; o aun copiar cierto minúsculo detalle exterior, algún insignificante amaneamiento que identificara al imitador con su ídolo real.

Cuando al fin María Antonieta quedó embarazada, las damas de la corte adoptaron la moda de la maternidad con la velocidad de un incendio en matorral reseco. Se idearon polleras forradas con almohadillas diestramente dispuestas... y todas pare-

cían embarazadas. Pero no era suficiente: el éxito exigía mayor astucia y aplicación. De tiempo en tiempo cambiaban la ubicación y el tamaño de las almohadillas, para armonizar con el bendito estado de Su Majestad. Las “polleras estacionales” dieron abundante trabajo a los modistas. Se las denominaba quart de terme, demi-terme, etc. de acuerdo con la proporción de los inevitables nueve meses que ellas representaban.

Cuando el pequeño delfín llegó al mundo (un mundo que sería su refugio, pero no por mucho tiempo) se le convirtió inmediatamente en caballero de la Orden de San Luis, y en propietario de varios regimientos. Su primer acto público, ante los dignatarios de la corte, fue obedecer a las exigencias de la naturaleza, gesto habitual en la mayoría de los niños de pecho. Este augusto proceso biológico fue aplaudido con delicia por los espectadores. Pocos días después, los tejedores de París, los tintoreros y los diseñadores estaban muy atareados produciendo el color de última moda, denominado Caca Dauphin. Se trata de un hecho histórico y no de una invención republicana.

En la corte de Versalles se produjo un hecho más excitante aún, de trascendentes y graves conse-

cuencias. En las crónicas de la corte fue el episodio conocido como la “Fístula de Luis XIV”. Es una historia muy larga, pero será mejor que la relatemos brevemente, despojada de sus innumerables detalles.

El Rey Sol tenía una fístula, es decir, una úlcera profunda. Se hallaba en un sitio un tanto embarazoso. Después de muchos fútiles intentos de curarla, resolvió permitir una intervención quirúrgica. El trascendental acontecimiento tuvo lugar el 18 de noviembre de 1686, en presencia de Madame de Maintenon y de Louvois. La operación fue un éxito... tanto para el paciente como para los médicos. El primer cirujano recibió un título de nobleza y trescientas mil libras, los tres ayudantes cuarenta, ochenta y cien mil libras, respectivamente; y los cuatro farmacéuticos doce mil libras cada uno.

Es fácil imaginar la tensión y la expectativa que se apoderaron de Versalles antes de la operación, en su transcurso y después. Durante meses fue el único tema de conversación. Quienes padecían la misma dolencia se consideraban muy afortunados. Los cirujanos practicaban en estos felices pacientes la *opération du Roi*, y el propio monarca recibía informes sobre la evolución del enfermo. Se trataba

de una extraordinaria distinción, que elevaba al feliz mortal sobre los sombríos abismos de la envidia general. Naturalmente, esta situación tuvo extrañas consecuencias. Muchos que no tenían ninguna fístula acudían secretamente a los cirujanos y les ofrecían grandes sumas para que practicaran la operación real. Dionis, uno de los más conocidos cirujanos de París, tuvo a su puerta por lo menos a treinta y cinco nobles, todos los cuales rogaban que se los operara... por supuesto, sin el menor motivo. El médico se negó firmemente, ante lo cual sus presuntos pacientes se enfurecieron y reclamaron ser “atendidos”, arguyendo que la operación podía ser dañina para ellos, no para los médicos, y que por lo tanto la negativa de los galenos carecía de razón.

En su juventud, Luis XIV se complacía en aparecer sobre el escenario, en ballets y espectaculares producciones musicales. Naturalmente, se le proclamó el más grande actor de todos los tiempos. Otro soberano, Federico Guillermo I de Prusia, favoreció el arte pictórico. Sus cuadros inundaron los museos alemanes. Era un artista por demás diligente, aunque el tiempo que podía consagrar al trabajo creador era muy limitado. Pintaba todos los días, de dos a tres de la tarde. A las tres de la tarde inte-

rrumpía la labor, ante la llegada de su ayudante de campo, que acudía en busca del santo y seña. Los productos del pincel real eran regalados a los generales y a los ministros favoritos; sin duda ese favor les agradaba más que un ascenso o que una recompensa en metálico. Su gracia real era inagotable; y aún se extendía a las damas de Berlín, a las que jovialmente pellizcaba en cierta parte de su anatomía cuando por la mañana las encontraba en la calle... hora en que, de acuerdo con sus ideas muy estrictas, debían hallarse ocupadas en la cocina. (Kinder, Kirche, Küche,- niños, iglesia, cocina- fue una trinidad instituida por Federico Guillermo; una trinidad que ha sobrevivido en la era nazi.)

Para algunos de sus ministros era cosa natural recibir las instrucciones reales en forma pictórica. Los abogados de Berlín habían descubierto un ardid muy eficaz para llegar al rey. Federico Guillermo tenía pasión por los hombres de elevada estatura; había reclutado personalmente a los famosos granaderos, todos los cuales debían tener más de seis pies de altura. Los abogados berlineses sobornaban a uno u otro de los amados guardias, para que presentara peticiones al rey en el sentido deseado por el letrado, como si el guardia estuviese interesado per-

sonalmente en el caso. Si el rey estaba de buen humor, cualquiera de los *langer Kerl* (tipos altos) podía obtener casi todo lo que pidiese. Pero se descubrió el ardid y Federico Guillermo se encolerizó, ordenó a Cocceji, su ministro de Estado, que redactara un decreto que prohibiese esas estratagemas y castigase al abogado que las utilizara. El ministro redactó un borrador de decreto, pero debía consultar al monarca sobre la pena. El rey estaba pintando, y de excelente humor, pero no se sentía inclinado a interrumpir el impulso creador. De modo que sobre el borde de la tela dibujó un patíbulo, un patíbulo del cual colgaba un abogado; y a un lado, como para subrayar la desgracia del hombre de leyes, se balanceaba un perro. El ministro tomó debida nota de la decisión de Su Majestad, y completó el decreto: "Todos los abogados que en el futuro utilicen la intervención de los granaderos reales serán colgados en compañía de un perro." Ya estaba impreso el decreto cuando se descubrió el exceso de celo y de servilismo del ministro. Se retiró el decreto, y se destruyó también el pictograma real.

Pero el rey continuó pintando, hasta que, casi paralizado por la artritis, apenas pudo sostener el pincel. Aun entonces persistió, y firmaba sus telas:

Fridericus Wilhelmus in tormentis pinxit. Y los cuadros que no se regalaban, eran vendidos a precios reales... a quienes buscaban el favor real.

IV

EL ÁRBOL GENEALÓGICO

1.

El título que los amos de Birmania exhibían orgullosamente era: “Rey de Reyes, a Quien todos los restantes príncipes acatan; Regulador de las Estaciones; Todopoderoso Director de Mareas y Torrentes; Hermano Menor del Sol; Propietario de los Veinticuatro Paraguas”.

Los príncipes malayos de Sumatra se denominaban:

“Amo del Universo, Cuyo Cuerpo brilla como el Sol; a quien Dios ha creado tan perfecto como la Luna Llena; Cuyos Ojos brillan como la Estrella del Norte; Que, al elevarse, arroja sombra sobre todo

Su dominio; Cuyos Pies huelen dulcemente...” etc.

En cuanto al atributo mencionado en último término, sabemos que Enrique IV de Francia era famoso precisamente por lo contrario; quizás por eso se contentaba con que se dirigieran a él con el simple apelativo de “Sire”.

El Cha de Persia, el Gran Turco o los maharajaes de la India exigían que sus respectivos nombres fueran seguidos de una florida hilera de pomposo títulos.

La manía de los títulos fue don de Asia a Europa. Floreció con particular lujuria en las cortes de los pequeños príncipes alemanes. Aunque parezca extraño, no era exactamente el gobernante quien promovía esta fiebre obsesiva; en realidad, se alimentaba sobre todo en la vanidad de la nobleza inferior y de los burgueses. Los príncipes gobernantes se contentaban con el título de *Durchlaucht* (Alteza Serena), aunque este título se convirtió posteriormente en otro más impresionante: *Allerdurchlauchtigster* (Alteza Serenísima). Los reyes exigían que, además, se les diera el título de *Grossmachtigster* (Muy Todopoderoso), sin duda un poco tautológico. Un Libro de Títulos (*Titularbuch*) publicado durante el reinado del emperador Habs-

burgo Leopoldo II declaraba que el emperador de Austria tenía derecho a ser llamado Unüberwindlichster (Muy Inconquistable). Su Majestad Imperial se arrogó el título durante dos breves años; como falleció antes de la declaración de la guerra contra la Francia revolucionaria, no presenció la burla que de su título hizo el Corso.

Más o menos a mediados del siglo XV se llamó a los condes Wohlgeborner (Bien nacidos), pero debieron esperar dos siglos hasta ascender a Hochgeborner (de alta cuna). Aunque parezca raro, cuando ambos se unían para formar Hochwohlgeborner (de buena y elevada cuna) indicaban un rango inferior... el de barón. Pero si se trataba de un “barón imperial”, el título se convertía en algo impresionante: Reichsfreyhochwohlgeborner (De buena, libre, alta e imperial cuna).

La “nobleza ordinaria” también siguió la moda de los gregüescos, que al principio insumían veinticinco anas de tela, hasta que la locura exhibicionista aumentó la longitud a ochenta, noventa y aún ciento treinta anas.

Samuel Baur, deán de Gotinga, en su obra *Historische Memorabilien* (Augsburgo, 1834) recogió las modificaciones sufridas por los títulos de nobleza

en el transcurso de tres siglos. Es imposible traducir alguno de ellos. Podemos traducir los títulos de Ehrbar, Wohledler, Hocheler, Hochedelgeborner y Hochwohlgeborner, por “Honorable, Muy Noble, Muy Honorable, Muy Alto y Muy Noble, Muy Alto y Muy Honorable”... aunque no sea muy fácil pronunciarlos. Pero, ¿qué decir de Ehrenvester y de Gestrenger? El primero alude al que defiende su propio honor; el segundo tiene un acento profundamente servil, como si un siervo o súbdito se regocijara en la severidad de su amo.

De acuerdo con Baur, los títulos de nobleza evolucionaron así:

1446: Ehrbarer Junker. (Honorable noble: En realidad, Junker significa noble joven.)

1460: Gestrenger Herr (Amo severo a pesar de que el diccionario trae el significado de “gracioso”.)

1569: Ehrenvester. (En términos generales, “de elevados principios”.)

1577: Ehrenvester und Ehrbar. (Honorable y de elevados principios.)

1590: EdIer, ehrenvester und gestrenger Junker. (Combinación de los tres títulos anteriores.)

1600: Wohledler, gestrenger, grossgünstiger Junker.

(Muy noble, de elevados principios y muy favorable.)

1624: WohledIer, gestrenger, vester und manhafter grossgünstiger Junker, mächtiger Forderer. (Muy noble, de elevados principios, firme, viril, favorable, poderoso patrono.)

1676: Hochedelgeborner, WoNgeborner, gestrenger, vester und mannhafter, grossgünstiger Junker, mächtiger Förderer. (Más o menos lo mismo que el anterior, excepto el agregado de “elevado y noble nacimiento” y de “bien nacido”).)

1706: Hochwohlgeborner... y todo lo demás, como en 1676. (Una ligera modificación: la composición de la palabra que significa “de elevado y noble nacimiento”).)

1707: Hochwohlgeborner, gnädiger, etc. (Aquí se ha agregado “gracioso”).)

Como se ve, los mortales comunes tenían que tomar, aliento para dirigirse a los nobles. Y el uso constante empañaba la gloria de los títulos. Del mismo modo que las buenas amas de casa se sentían felices de poder comprar las ropas usadas de las damas nobles, los burgueses se apoderaban de los títulos desechados. El regidor urbano ingresaba en el consejo municipal con el título de Wohlgeborner

(bien nacido), aunque fuera jorobado o rengo, incorporaban nuevos apéndices (propios de la casa media) a los títulos nobiliarios en desuso y alimentaban su propia vanidad con este plumaje de pavo real.

El *Titularbuch*, publicado a fines del siglo XVIII, trae instrucciones completas sobre el modo de encabezar cartas a personas de cualquier rango y función.

Quien se dirigía al alcalde de una ciudad libre del Imperio, debía comenzar así: “Al bien nacido, estricto, de elevados principios, de grande y eminente erudición, de grande y eminente sabiduría, Alcalde...

(Aquí las referencias a la erudición y a la sabiduría eran atributos particulares de la clase media.)

Un médico de la corte tenía también sus propios títulos: “Al médico de alta cuna, de gran experiencia y elevados principios, muy erudito N. N., famoso doctor en ciencias médicas, alto médico de la corte ducal”.

La imbecilidad de esta manía de los títulos se difundió por toda la sociedad de clase media... hasta los mayordomos y zapateros remendones.

Quien se dirigía a un estudiante universitario debía utilizar la siguiente fórmula: “Al noble y muy

erudito Herr. N. N., que se aplica diligentemente a la sabiduría”. Los vendedores de libros, los fabricantes de pelucas y los joyeros exigían el adjetivo de “distinguido”. Un sastre era hombre “cuidadoso y de elevados principios” (Dem Ehrenvesten und Vorsichtigen Meister N. N., Schnider zu X.). Un fabricante de botas tenía idéntico derecho a ser llamado “cuidadoso”, pero cierto delicado matiz lo hacía “respetable” en lugar de hombre de “elevados principios”. El mayordomo ducal, que no era miembro de ninguna corporación, debía contentarse con el título de “bien nombrado” (Wohlbestalltet).

Las mujeres, naturalmente, no tenían derecho a tan sonoros y complicados títulos. En Alemania y en Austria se limitaban a apoderarse de un fragmento de las funciones, actividades o profesiones de sus esposos. Así, se convirtieron en Frau Doktor, Frau Professor, Frau General, Frau Rat (Consejero). Hasta cierto punto, esto era razonable. Pero una vez comenzada la infección, no hubo modo de atajarla. Y así aparecieron la señora Recaudadora de Impuestos, la señora Trompetera de la Corte, la señora Húsar de Cámara, la señora Guardabosque Montado, la señora Fabricante de botones para la Corte, la señora Armera Ducal y así por el estilo.

Y las damas, benditas sean, arraigaron firmemente en los títulos. El trascurso de los siglos no logró conmoverlas. Hacía mucho tiempo que la mayoría de los hombres había dejado de lado los ridículos títulos y condecoraciones, y ellas todavía se adherían tenazmente a los suyos. Hace veinticinco años los diarios de Munich publicaron cierto día las siguientes noticias fúnebres:

Frau Walburga T., 36, Steuerassistengattin (Esposa del recaudador de impuestos delegado).

Martha M., 3, Oberwachtmeisterskind (Hija del veterano sargento de policía).

Elizabeth H., 77, Hofrathstocheter (Hija del consejero de la corte).

Quizás el descarrío de los europeos continentales suscite en nosotros una sonrisa. Pero consultemos el *Almanach* de Whitaker de hace apenas diez años. Incluye un extenso capítulo sobre las “Fórmulas de encabezamiento”. Allí nos enteramos de que el título de los arzobispos es: “El Muy Reverendo, Su Gracia el Lord Arzobispo de...”, y que es preciso dirigirse a ellos con la fórmula “Milord arzobispo” o “Vuestra Gracia”. Los arzobispos y cardenales de la Iglesia Católica Romana tienen también gran variedad de títulos y de fórmulas, que

van de “Su Eminencia el Cardenal...” o “Su Eminencia el cardenal arzobispo de...” a “El muy reverendo arzobispo de...” Los obispos son “Virtuosos reverendos...” Una baronesa es simplemente “La baronesa”, pero al dirigirse a ella es necesario utilizar la fórmula “Milady”. He aquí una lista parcial de otros títulos y fórmulas:

Baronets- Sir (con el nombre de pila), y por escrito “Sir Robert A... Bt.”

Esposas de los baronets- “Vuestra señoría” o “Lady A...” sin nombre de pila, A MENOS que se trate de la hija de un duque, de un marqués, o de un conde, en cuyo caso se dirá “Milady Mary A...” ; si se trata de la hija de un vizconde o de un barón “La Honorable Lady A...”

Barones- “El Justo y Honorable Lord... y recibirá el tratamiento de “Milord...” Sin embargo, el caso merece una importante nota al pie. Los miembros del Consejo Privado “de acuerdo con una costumbre largamente establecida” también tienen derecho a ser llamados “El Justo y Honorable”; pero un príncipe de la sangre incorporado al Consejo Privado es siempre “Su Alteza Real”, un duque sigue siendo “Su Gracia”... y así sucesivamente. El título de los pares de rango inferior al de marqués, sean o

no consejeros privados, es el de “Justo y Honorable”, sin la palabra “El”, aunque de costumbre se agrega esta última partícula.

Obispos- Título: “El Justo y Reverendo Lord Obispo de...” , pero la fórmula de tratamiento es “Milord”. Los obispos de la Iglesia Católica Romana reciben el tratamiento siguiente: “El Justo y Reverendo Obispo de...” Para ellos, nada de “milord”.

Rabino principal- “El muy reverendo...”

Condesas- Título: “La condesa de...” pero fórmula de tratamiento: “Milady”.

Y así continúa la lista, que incluye, entre otros rangos, jueces de los tribunales de condado, Dame Commanders y Dames Grand Cross, duquesas, duques, condes, caballeros de diversas categorías, marqueses, pares, consejeros privados, jueces municipales, duques reales, vizcondesas y vizcondes, sin olvidar a las esposas de los baronets y de los caballeros. A veces las diferencias entre los distintos tratamientos son un tanto engañosas, pero con buena memoria y sangre fría se consigue sobrevivir al tema.

¿Y en los democráticos Estados Unidos? Los títulos no son muchos; de todos modos, el *Information Please Almanach* llena con ellos nada menos que

cuatro páginas... desde el presidente (que es “Honorable”) a un capellán del ejército o de la armada (que recibe el simple tratamiento de “capellán”).

Naturalmente, los títulos y las fórmulas de tratamiento son necesarios. Sólo cuando se convierten en ídolos y en materia prima de un snobismo insostenible se incorporan a la historia de la estupidez humana. Infortunadamente, ello ocurre con bastante frecuencia. Mientras escribo esto, me viene a la memoria un anuncio escrito a mano, desplegado en la vidriera de un café balcánico... un lugar muy sucio y de pésima reputación. Decía así:

AQUÍ TODO EL MUNDO ES HERR
DOCTOR

¡Y no cabe duda de que el propietario había dado en la tecla!

2.

Pocos son los hombres inmunes al orgullo más o menos inocente de su genealogía. Nos gusta hablar de nuestros padres y de nuestros abuelos, sin que para el caso importe si fueron santos o pecadores. Para los que no han conseguido distinguirse, la

genealogía familiar es a menudo un factor vital. Y aún hay quienes como aquel horrible extrovertido, Mr. Bounderby, en *Hard Times* experimentan una suerte de maligno orgullo a la inversa en el hecho de venir del arroyo, aunque sabemos que en el caso de Mr. Bounderby ello era pura imaginación.

Se ha dicho de la genealogía que es la ciencia de los snobs, y ciertamente, en su nombre se han cometido los más extraños crímenes intelectuales (y también reales). Nadie negará que se trata de un tema fascinante; es también muy amplio, y en relación con el problema de la estupidez humana sólo necesitamos examinar un aspecto: el de esos antropoides que trepan a los árboles genealógicos ajenos; es decir, los “Fabricantes de antepasados nobles”. No aludo con esto a los genealogistas serios y reputados, como los eruditos editores del Debrett, de los que hay muchos, sino más bien a esas serviles criaturas que han utilizado sus conocimientos y su capacidad literaria para elucubrar fantásticas tablas genealógicas de príncipes y de nobles. A través de la manipulación de enorme masa de hechos, han procurado demostrar que, por ejemplo, los antepasados de su patrocinador lucharon en Troya contra los griegos... o fueron reyes y profetas del Antiguo

Testamento.

Hace algunos años se halló un interesante documento en los archivos del Ministerio de Guerra de Gran Bretaña.

Contenía la genealogía de los reyes anglosajones, la que se remontaba directamente al propio Adán. Sin duda, la Biblia afirma que todos descendemos de Adán; pero pocos son los mortales comunes que pueden permitirse probarlas diversas etapas de esta línea genealógica. Para costear investigación semejante, es preciso ser rico y poderoso.

Cuando se lee un documento de este tipo, se experimenta la tentación de desecharlo como estúpido ejemplo del snobismo de los antiguos. Es indudablemente tonto, pero sería grave error negarle significado. Antaño estos ficticios árboles genealógicos tenían gran importancia; en su preparación se ocupaba una multitud de eruditos; los resultados de la investigación se publicaban en libros cuidadosamente impresos, y las masas pagaban piadosos tributo a la ilustre familia vinculada con el propio Salvador. Y como veremos, no se trata de una broma de gusto más que dudoso.

Esta absurda exageración que no comprendía la blasfemia cometida; la vanidad que no retrocedía

ante la figura misma de Jesús... todo ello revela cuán profundamente inficionada de estupidez estaba el alma humana. La moderna concepción de la filosofía de la historia coloca a la historia de las ideas muy por encima del materialismo histórico. Sin embargo, cuando examinamos el gran número de obras consagradas a la historia espiritual de la humanidad, no hallamos entre ellas una enciclopedia completa de la estupidez humana. Este libro no aspira a llenar ese vacío; pero es evidente que existe necesidad de una obra de ese tipo. Aunque tal vez jamás sea posible escribirla, porque el tema es excesivamente vasto.

Los árboles genealógicos espurios y fantásticos representan un capítulo importante de esta enciclopedia inédita. El documento hallado en los archivos de Londres probablemente se basa en el trabajo de Statyer, quien compiló una genealogía para Jacobo I, la que también comenzaba con Adán. Prudencio de Sandoval (1550-1621), historiador español y obispo de Pamplona, había precedido a Statyer al trazar el árbol genealógico de Carlos V. Con el fin de demostrar que la casa real española era más antigua que cualquier otra dinastía europea, Sandoval consagró tremendo celo e industria a la tarea, remontándose a lo largo de ciento veinte generacio-

nes, hasta llegar al Padre Adán.

A principios del siglo XVII, Johannes Messenius, el poeta, dramaturgo e historiador sueco, emprendió una tarea semejante. Demostró que los reyes de Suecia descendían en línea directa de Adán, y en sus tablas cronológicas utilizó ampliamente la genealogía del Antiguo Testamento.

Es preciso discernir la intención que se escondía tras de esta inmensa labor. Adán no era el antepasado importante; después de todo, lo era también de toda la humanidad. Pero si se remontaba la genealogía familiar, una vez que los exploradores habían llegado a Abraham no era difícil DESCENDER, siguiendo los detalles incluidos en el Evangelio de San Mateo, y establecer vínculos familiares con San José. Poco importaba que la familia así glorificada fuera católica o protestante; tampoco era obstáculo el sacrilegio o la blasfemia que así se cometía.

Estos nobles y monarcas que sacrificaban el buen gusto, bien merecida tenían la sátira de Boileau, en la que expresaba su ansiedad... Pues, ¿acaso no podía existir cierta solución de continuidad, oculta o inexplorada, en la línea de antepasados? Después de todo, las mujeres son criaturas frágiles, y el adulterio no era de ningún modo raro entre la

realeza y la nobleza:

“Mais qui m`assurera que en long cercle d`ans
 A leurs fameux époux vos Ayeules fidelles
 Au douceurs des galans furent toujours rebelles?”

La gloria de los “descendientes directos” de Adán, el orgullo de las casas reales inglesa, española y sueca provocaban considerable envidia... pero también emulación. Una antigua familia de la aristocracia francesa, el clan de los Lévis, recogió el desafío. Se trataba de una familia rica, muy rica y distinguida, que habla figurado en la historia de Francia desde el siglo XI, y habla dado al país varios mariscales, embajadores, gobernadores y otros dignatarios. Posteriormente se elevaron al rango ducal. Pero, no contentos con la fama y el honor que otros podían alcanzar, contrataron a un genealogista, el cual muy pronto descubrió que la familia descendía de la tribu de Leví, de destacado papel en el Antiguo Testamento. El punto de partida fue el nombre del clan; y no fue difícil reunir los datos necesarios, utilizando un poco de imaginación y deformando bastante los hechos. En esos tiempos, ¿quién se hubiera atrevido a poner en duda la verdad de esa afirmación?

Desde ese día, la familia Lévis se mostró extremadamente orgullosa de su parentesco bíblico. Relacionadas con este orgullo excesivo circulaban muchas anécdotas más o menos auténticas. Lady Sydney Morgan, en uno de sus libros de viajes por Francia (publicado en 1818) relata la visita a uno de los de los castillos de los Lévis. En uno de los salones encontró un gran cuadro al óleo de la Sagrada Virgen, sentada en su trono, y frente a ella, arrodillado, uno de los Lévis. Con arreglo a la antigua y repulsiva tradición artística (cuya moderna contrapartida son los “globos” con leyendas en las historietas cómicas), de la boca de la Virgen salía una cinta con estas palabras: Mon cousin, couvrez vous... (Primo mío, cubrios)

¡La Virgen pedía a su primo que se cubriera y que no hiciera cumplidos!

Cuando uno de los duques de Lévis subía a su carruaje para asistir al servicio divino en Notre Dame, decía en voz alta a su cochero: “¡Chez ma cousine, cocher!” (¡a lo de mi prima, cochero!)

Esta estupidez parece bien autenticada (Peignot la refiere en su *Predicatoriana*, Dijon, 1841, página 181, nota). A principios del siglo XIX la familia Lévis aún se aferraba a la leyenda de su antigua ascen-

dencia hebrea. Y el ejemplo fue contagioso. Cierta dama, miembro de la antigua familia alemana de los Dalberg, también encargó un cuadro, en el que uno de sus antepasados aparecía arrodillado frente a la Virgen, y ésta decía: “¡Levántate, querido pariente!”

Los barones Pons eran menos ambiciosos... reclamaban por antepasado a Poncio Pilatos. En cierto ocasión se encontraron los jefes de las familias Lévis y Pons. El duque de Lévis se volvió con aire de reproche hacia el barón de Pons: “¡Bien, barón, debéis reconocer que vuestros parientes han maltratado rudamente a los míos!” (Albert Cim: *Nouvelles récréations littéraires*, París, 1921).

Valiosa contrapartida del famoso cuadro de los Lévis era el que poseía la familia francesa de los Croy, igualmente antigua. El cuadro representaba el Diluvio. Entre las olas se elevaba una mano que sostenía un rollo de pergamino, y también alcanzaba a verse la cabeza de un hombre, que apenas emergía de las aguas. Y de la boca del hombre que se ahogaba surgía una leyenda: “¡Salvad los documentos de la familia Croy!” (*Sauvez les titres de la maison de Croy*. Baur: *Denkwürdigkeiten*, Ulm, 1819).

Otra familia que aspiraba a vincularse con el Antiguo Testamento era el clan de los Jessé. El ge-

neologista familiar también fundó su trabajo en el nombre de la familia, relacionándolo con el pasaje del Evangelio según San Mateo que dice: “Obed engendró a Jesse, y Jesse al rey David”. En 1688 se nombró una comisión oficial, con el fin de investigar las afirmaciones de la familia Jessé. La comisión produjo un documento que se ha conservado. En él se examinan el escudo de la familia y buena cantidad de documentos. Las conclusiones finales afirman que se trata de una reivindicación bien fundada y que es muy probable que exista cierta relación entre la familia Jessé y el rey David. (“... ce que contribue beaucoup a persuader l’opinion publique que cette race tient en quelque facon a cette grande race de Jessé, la plus noble, la plus glorieuse et la plus connue du monde.” El informe completo de la comisión fue publicado por H. Gourdon de Genouillac en *Les mysteres de blason*, París, 1868, página 73 y siguientes.)

La familia provenzal de Baux reivindicaba antepasados un poco más modestos. Se trataba de un clan distinguido y poderoso; algunos de sus miembros se elevaron a la jerarquía de príncipes reinantes. El escudo de armas era una estrella de plata en campo rojo. La estrella indicaba que la familia des-

cendía en línea directa de uno de los tres Reyes Magos, Baltasar. Los eruditos historiadores de Marsella aceptaron gravemente la afirmación, como si se tratara de un hecho probado... aunque entre ellos había hombres tan amantes de la verdad como el consejero estatal Antoine de Ruffi. Ruffi era hombre extremadamente recto; cuando alimentaba una mínima duda sobre alguno de sus fallos en un juicio civil, pagaba al perdedor la suma exacta que éste había perdido. Sin embargo, sus nobles escrúpulos y su rígido sentido de la justicia no le impidieron aceptar que el rey Baltasar era un auténtico antepasado de la familia Baux.

También los Habsburgo estuvieron a punto de incurrir en pecado de genealogía. Sólo un pequeño detalle los obligó a desistir de la ascendencia bíblica... y por consiguiente “no aria”.

El emperador Maximiliano tenía a su servicio un historiador, Johann Stab, o Stabius, según la latinización habitual de los apellidos. Era hombre muy erudito y un poco poeta; en 1502, el Colegio de Poetas de Viena lo coronó solemnemente “Hijo Favorito de las Musas”. Debía su carrera sobre todo al favor del emperador, y trató de demostrar su gratitud. Estableció el árbol genealógico de los Habs-

burgo, en el que Cam, el hijo de Noé, aparecía como antepasado de la dinastía imperial; y determinó las sucesivas generaciones con la lógica perfecta de un desequilibrado. Interesaba mucho al emperador la antigua gloria de la familia, y por cierto no se oponía a que sus cortesanos descubrieran su parentesco con diversos santos y héroes clásicos.

Pero, ¿Noé antepasado de los Habsburgo? La cosa era un poco sospechosa.

Maximiliano consideró conveniente remitir el problema a la facultad de teología de la Universidad de Viena.

Por supuesto, los eruditos caballeros no se sintieron muy cómodos en sus sítiales. Era inútil maldecir a Stabius, cuyo servilismo había originado el problema... de todos modos, ya no podían esquivarlo. Felizmente para ellos, lograron posponer la solución de mes en mes... hasta que, a su debido tiempo, el emperador falleció. Su sucesor no demostró interés por los parentescos bíblicos, y la "obra maestra" de Stabius fue archivada discretamente. (La historia del caso aparece en M. Bermann, *Alt und Neu Wien*, Viena, 1880.)

La manufactura de árboles genealógicos se convirtió en ocupación literaria más y más popular. Era

un buen método de ganar dinero. No menos de cincuenta y nueve autores trabajaron en la genealogía de la casa de Brandeburgo. Consagraron extraordinaria laboriosidad al importante material, reunieron todas las fuentes imaginables, revisaron archivos, y exploraron cementerios. El resultado final fue publicado con este esplendoroso título: *Brandenburgischer Ceder-Hain* (Bosquecillo de cedros brandenbúrgues). Un trabajo similar fue el *Trophaeum Domus Estorás*, ricamente ilustrado con grabados, que establece el origen de la familia húngara de los Esterhazy en... ¡Atila, el “azote de Occidente”, el rey de los hunos!

3.

Es prueba significativa de la vanidad humana el hecho de que alguna gente, en su anhelo de hallar antecesores ilustres, no se oponga a que el vínculo sea fruto del amor adúltero o del nacimientos de bastardos. “La sangre real a nadie ensucia”, declaraban (lo mismo que los serviles cortesanos cuyas esposas eran amantes del rey). Esta particular mentalidad explica la fantástica genealogía que algu-

nos “leales” cortesanos presentaron a Napoleón.

Los genealogistas del bonapartismo comenzaron con la leyenda del Hombre de la Máscara de Hierro.

En aquellos tiempos aún se creía que el misterioso prisionero de la Bastilla, que sólo podía aparecer con el rostro cubierto por una máscara de hierro, no era otro que el que había sido el hermano mellizo de Luis XIV. Afirmábase que había sido sepultado en la Bastilla porque, habiendo nacido pocos minutos antes que el Rey Sol, tenía mayores derechos al trono. El barón Gleichen fue aún más lejos. Sostuvo que el Hombre de la Máscara de Hierro era el verdadero rey, y que Luis era hijo del culpable amor de la reina con Mazarino. Después de la muerte de Luis XIII, decía Gleichen, la pareja culpable cambió los niños, y el hijo bastardo de Ana de Austria ascendió al trono, mientras que el auténtico Delfín se veía obligado a llevar la máscara de hierro por el resto de su vida, para que nadie pudiera ver su rostro, en el que se reconocerían los rasgos propios de los Borbones.

Hoy puede afirmarse que el misterioso prisionero era el conde italiano Matthioli, embajador del duque de Mantua. El noble conde se había hecho culpable de espionaje, y Luis XIV se enfureció de

tal modo que, con desprecio del derecho internacional, ordenó el arresto del Matthioli; fue encarcelado primero en la Fortaleza de Pignerol, luego en la isla Santa Margarita y finalmente en la Bastilla (donde murió en 1703). La “máscara de hierro” era en realidad de seda, y constituía una especial concesión que se hacía al detenido; se le permitía pasear por el patio interior de la prisión, pero sólo cuando llevaba la máscara. Las delicadas complicaciones internacionales justificaban esta pequeña precaución.

Los genealogistas inventaron una bella fábula para establecer cierta relación entre Napoleón y el Hombre de la Máscara de Hierro. De acuerdo con esta versión, la hija del gobernador de la Isla de Santa Margarita se apiadó del pobre prisionero; se enamoraron, y la joven concibió un hijo. Naturalmente, era preciso sacar de la cárcel al niño. Una persona de confianza lo llevó a Córcega, donde llegó a la edad adulta. Usaba el nombre de la madre y aquí aparecía el vínculo que era Bonpart. El resto no exigió mucha imaginación. Bonpart se convirtió en Bonaparte, o en su forma italiana, Buonaparte. Los Bonaparte eran descendientes de este hijo del amor, y Napoleón era bisnieto del Hombre de la Máscara de Hierro, el cual, a su vez, era el legítimo

heredero del trono francés. De modo que el Corso no era un simple usurpador, y por el contrario tenía todo el derecho del mundo al título y a la gloria imperiales.

No fueron pocos los que aceptaron este fárrago de tonterías. Funck Brentano publicó el texto de un mural en el que se advertía a los rebeldes de la Vendée que no debían creer en los “ponzoñosos rumores” según los cuales Napoleón era descendiente de los Borbones y tenía derecho a gobernar a Francia.

¿Y qué opinaba el propio Napoleón?

“¡Tonterías” declaró. “¡La historia de la familia Bonaparte empezó el 18 Brumario!”

Uno de los más serviles y desvergonzados fabricantes de árboles genealógicos fue Antoine du Pinet (1515-1584), traductor de Plinio y autor de muchos libros eruditos.

Se le encomendó la tarea de establecer los antecedentes de la ilustre familia Agoult. Eligió como punto de partida la figura de un lobo que aparecía dibujado en el escudo de armas de la familia. Sobre tan frágiles cimientos levantó un inexistente Imperio Pomeranio, creó una legendaria princesa Valdugue, y un joven llamado Hugo, que también era totalmente inventado. Un asunto amoroso, un hijo...

y el resto es fácil de imaginar. El niño fue enviado secretamente a casa de una niñera, pero en el bosque un lobo se apoderó del infante, lo llevó a su cubil, y allí lo crió, junto a sus propios cachorros. Luego, el rey fue a cazar y mató a la loba. Se descubrió todo, y el joven recibió la bendición paterna; hay luego un matrimonio, un tanto tardío. El muchacho creció, contrajo matrimonio con la hija del emperador de Bizancio; el hijo de este joven casó con una princesa de la familia real rusa... y así por el estilo, por los siglos de los siglos, hasta llegar a Dietrich, el sajón.

La familia Agoult aceptó esta insensatez sin formular la menor objeción. En cambio, Pierre Bayle atacó rudamente a Pinet, y lo declaró indigno del título de historiador.

Pero, ¿qué habría dicho Bayle si hubiera leído el sabroso relato de Saxo Grammaticus, el historiador del siglo XII, sobre la joven noble que, mientras se paseaba por el bosque, fue secuestrada por un oso? El enamorado animal la llevó a su cueva y allí la tuvo durante varios meses. Le daba alimento y bebida y... bueno, fácil es conjeturar el resto. Unos cazadores mataron a la bestia, y devolvieron a su hogar a la muchacha. Pocos meses después dio a luz un niño

perfecto... sólo que un poco más peludo que lo normal. El niño fue bautizado con el nombre de Bjorn (Oso). Se convirtió en un hombre fuerte y poderoso, y fue un jefe justo y recto. Pues cuando halló a los cazadores, los ejecutó, diciendo: que les debía gratitud por haber salvado a su madre; ¡pero que el honor lo obligaba a vengar la muerte de su padre! Los descendientes de Bjorn fueron los reyes de Dinamarca.

Sin duda el relato de la muchacha que concibió un hijo después de vagabundear por el bosque es absolutamente verídico. No es improbable que, cuando su airado padre la interrogó, haya replicado con una sonrisita tonta: “Fue Bjorn...”

El más absurdo árbol genealógico fue indudablemente el que preparó Etienne de Lusignan (1537-1590). Este erudito historiador era pariente lejano de la gran familia Lusignan, que había gobernado a Chipre durante más de tres siglos. Su escudo de armas mostraba una sirena, que sostenía un espejo en la mano izquierda, mientras se peinaba los cabellos con la derecha.

Era Melusina (o Melisenda), el hada más famosa de los romances franceses, la heroína de los romances escritos en el siglo XV por Jean d'Arras, y tam-

bién de innumerables libros y relatos. Fue una muchacha de áspero carácter, que encerró al padre en una alta montaña porque trató mal a la madre de Melusina. Por este acto irrespetuoso fue condenada a convertirse todos los sábados en serpiente de la cintura para abajo. Se enamoró de Raymond, conde de Lusignan, y casó con él, pero hizo jurar a su esposo que jamás la visitaría en sábado, ni tratarla de saber lo que hacía ese día. Durante cierto tiempo Raymond cumplió su promesa y ambos vivieron felices. Tuvieron varios hijos. Pero un día el conde no pudo dominar su curiosidad; se ocultó en la habitación a la que Melusina solía retirarse, y fue testigo de la transformación de su esposa. Melusina se vio obligada a abandonar a su esposo, y “a vagar por doquier como un espectro”... aunque otras versiones afirman que el conde la encerró en la mazmorra del castillo.

Este cuento de hadas sin duda sedujo a la aristocracia francesa. Por lo menos cuatro casas (Lusignan, Rohan, Luxemburgo y Sassenaye) incluyeron a Melusina entre sus antepasados.

En realidad, esta invención genealógica carecía de todo fundamento. Los Lusignan vivían en un antiguo castillo que, según se afirmaba, estaba en-

cantado por la infeliz Melusina. En Francia, un súbito grito se llama aún hoy un cri de Mélusine, aludiendo a la exclamación desesperada de Melusina cuando fue descubierta por el esposo. En Poitou todavía se preparan tortas de jengibre, que llevan impresas la imagen de una bella mujer, bien coiffée, con una cola de serpiente. Se hornean para la feria de Mayo, alrededor de Lusignan, y todavía reciben el nombre de Mélusines.

Afirmase que Melusina aparece cuando un miembro de la familia Lusignan está próximo a morir; y entonces vuelve alrededor del castillo, lanzando quejosos gritos. De acuerdo con ciertos historiadores, el origen de la leyenda es el nombre de Lucina, la diosa romana de las parturientas, a quien las madres, en el momento de dar a luz, llamaban en ayuda con sus gritos de dolor. Mater Lucina se convirtió en Mére Lucine, y finalmente en Mélusine. Sea cual fuere la verdad de esta teoría, los Lusignan poseen un escudo de armas extraordinariamente atractivo: una bañera de plata, con duelas celestas y brillante entre ellas el cuerpo desnudo de la hermosa sirena...

No todos los escudos de armas eran tan pintorescos. Carlos XI de Francia dio patente de nobleza

al esposo de su niñera. El escudo de armas elegido fue al mismo tiempo eficaz y simbólico: una vaca de plata con una corona entre los cuernos, sobre un campo rojo.

En 1430 el rey Segismundo ennobleció a Miguel Dabi, barbero de la corte. El escudo de armas fue diseñado por el propio beneficiario. Tenía tres molares, mientras una mano que se elevaba sostenía orgullosamente un cuarto.

Más sorprendente aún fue el escudo de armas de Steven Varallyay, burgués de Hust, en Alta Hungría, elevado a la nobleza en 1599. Fue recompensado por el príncipe húngaro Andrés Bathory... y la recompensa quiso premiar la extraordinaria habilidad con que maese Varallyay ejecutaba ciertas operaciones destinadas a mitigar el ardor de los padrillos de la caballeriza del príncipe. En campo de azur el brazo derecho de un hombre levantaba un mazo de madera; debajo se veía la vívida e inequívoca representación de la parte de la anatomía del padrillo que sufría la operación.

4.

Las universidades alemanas de los siglos XVI y XVII produjeron bachilleres y doctores como si ya se hubiera inventado la producción en serie. Se desarrolló una nueva clase social: la aristocracia de los sabios. Los hombres de ciencia eran muy respetados (casi tanto como los científicos de la era atómica); los príncipes honraban a los sabios, el pueblo les temía y admiraba. No es de extrañar, pues, que se hincharan de orgullo; ese sentimiento se desarrolló con un ritmo desconocido hasta entonces. Pero había un inconveniente: la nueva aristocracia carecía de los nombres distinguidos y sonoros, de la pátina de vejez de la aristocracia de cuna. Tuvieron que conquistar la inmortalidad con los nombres sencillos y aún vulgares de sus padres, y estos nombres se destacaban ingratamente a pesar de las montañas de pulida prosa latina con que pretendían cubrirlos.

Schurtzfleisch (Carne de delantal) o Lamerschwanz (Cola de cordero) no eran nombres muy apropiados para ascender al Olimpo. Podía temerse que las Musas arrojaran a puntapiés a semejantes candidatos a la fama. Era preciso hallar el modo de pulir, de tornar aceptables nombres tan

toscas y vulgares.

Uno de los métodos fue un tanto primitivo. Consistió en agregar simplemente la terminación latina “us” al nombre alemán. Así, Conrad Samuel Schurtzfleisheius, el erudito profesor de la Universidad de Wittenberg se vio liberado del vergonzoso recordatorio de su humilde cuna, y el “us” (como el francés “de” y el alemán “von”) lo convirtió en meritorio miembro de la orden de los sabios.

Los autores de libros importantes usaron durante siglos este “us”, y al cabo alcanzaron cierta nobleza y distinción; si alguien podía ostentar este “us”, se le consideraba hombre de profundos conocimientos; en cambio, los mortales comunes no tenían derecho a usarlo. En las portadas de los libros y en las citas era posible distinguir a un sabio gracias al aristocrático “us”, que no sólo tenía buen sonido, sino que también era práctico... porque se podía declinarlo. Si alguien, por ejemplo, se llamaba sencillamente “Bullinger”, el texto latino lo condenaba a eterna rigidez, en su condición de obstinado e inflexible nominativo. Pero “Bullingerus” tenía toda la gracia y la flexibilidad de una palabra latina; era posible declinar todos los casos, y decir Bullingerum, Bullingeri, Bullingero. Y si varios miembros de la

misma familia figuraban en el mundo de las letras, se los podía enumerar gracias a las formas “Bullingeros, Bullingerorum...” etc.

Sin embargo, aparentemente nadie comprendió cuán estúpido y bárbaro era agregar la partícula latina “us” a un nombre alemán; los monstruos así concebidos pasaban de contrabando a los textos clásicos, y destruían la armonía de conjunto... aunque algunas obras estuvieran escritas en latín macarrónico. La cosa no tenía tan mal aspecto cuando se trataba de nombres sencillos, por ejemplo Hallerus, Gesnerus, Mollerus, Happebus, Morhoflus, Gerhardus, Forsterus; y además, centenares de nombres alemanes latinizados se popularizaron a lo largo de siglos de uso; el lector los aceptaba, y olvidaba gradualmente su grotesca incongruencia. Pero nombres como Buxtorfius, Nierembergicus, Ravenspergius, Schwenckfeldius, y Pufendorfius, resultan un poco extraños, y en el caso de Schreckefuchsius, el erudito profesor de matemáticas de la Universidad de Freiburg, la latinización no mejoraba mucho la situación.

Los propietarios de estos nombres alemanes duros y guturales llegaron a la conclusión de que el “us” no los hacía melodiosos ni clásicos; de modo

que adoptaron otro método: tradujeron sus nombres poco elegantes al griego y al latín, y la pilosa oruga teutónica se convirtió entonces en mariposa clásica de hermosos colores. El excelente Lamerschwanz (cola de cordero) se convirtió en Casparus Arnurus, y con ese nombre comenzó a enseñar lógica y ética en la Universidad de Jena; el erudito doctor Rindfleisch (Carne de vaca) se convirtió en Bucretius; el pomeranio Brodkorb (Canasta de pan) firmó sus trabajos con el magnífico nombre de Artocophinus.

He aquí una pequeña colección de estas mágicas transformaciones, con las traducciones aproximadas de los nombres alemanes:

Oecolampadius era: Hausschein (Brillo de la casa).

Melanchton era: Schwarzfeld (Campo negro).

Apianus era: Bienewitz (Ingenio de abeja).

Copernicus era: Köppernik.

Angelocrator era: Engelhart (Angel duro).

Archimagrius era: Küchenmaster (Maestro de cocina).

Lycosthenes era: Wolfhart (Lobo duro).

Opsopoeus era: Koch (Cocinero).

Osiander era: Hosenenderle (Puntita de los

pantalones).

Pelargus era: Storch (Cigüeña)

Siderocratas era: Eisenmenger (Mezclador de hierro).

Avenarius era: Habermann.

Camerarius era: Kammermeister (Chambelán).

Parsimonius era: Karg (Escaso, parco).

Pierius era: Birnfeld (Huerta de perales).

Ursisalius era: Beersprung (Salto de oso).

Malleolus era: Hemmerlin (Martillito).

Pepericornus era: Pfefferkorn (Grano de pimienta).

Otras naciones adoptaron esta tonta moda. Así, el suizo Chauvin latinizó su honesto nombre y lo convirtió en Calvinus. Y el belga Weier se convirtió en Wierus, el polaco Stojinszky en Statorius, el francés Ouvrier en Operarius, y el inglés Bridgewater en Aquapontanus.

Podríamos agregar miles de nombres a la lista. Ni siquiera la sangrienta sátira de la *Epistolas Obscurorum Virorum* pudo curar a los aludidos de la manía de la “clasicización”, a pesar de que las famosas cartas utilizaban nombres como Mammotrectus, Buntmantellus, Pultronius, Cultrifex, Pardormannus, Fornacifisis, etc. Fue obra de la suerte que el

inventor de la imprenta, Hans Gensfleisch, naciera demasiado temprano como para aficionarse a tales locuras. Si hubiera vivido cien años después, ahora hablaríamos de Ansericarnosus en lugar de referirnos a las Biblias de Gutemberg.

Debo confesar que la moderna manía de los seudónimos me parece muy íntimamente relacionada con esta costumbre de los siglos XVI y XVII. Puedo comprender inmediatamente por qué Samuel Spewack escribe novelas policiales bajo el nombre de "A. A. Abbot" (además, lo coloca automáticamente al principio de cualquier lista alfabética), o por qué Euphrasia Emeline Cox prefiere llamarse Lewis Cox. Pero, ¿por qué demonios J. C. Squire se convirtió en Solomon Eagle o Robert William Alexander se disfrazó de Joan Butler? ¿Acaso Clement Dane es más eufónico que Winifred Ashton? ¿O Kirk Deming es mejor que Harry Sinclair Drago? Incluso prefiero Cecil William Mercer a Dornford Yates, o Grace Zaring Stoile a Ethel Vance... pero quizás estas damas y estos caballeros aciertan cuando prefieren Peter Trent a Lawrence Nelson, o Anya Seton en lugar de señora de Hamilton Chase.

5.

La nueva aristocracia adquirió hermosos nombres, pero aún carecía de antecedentes y de árboles genealógicos. Era preciso remediar esta situación; los nuevos e impresionantes nombres necesitaban el respaldo de una firme reivindicación del título nobiliario. Así, comenzó a prestarse atención a las respectivas historias familiares, y se procuró tomar nota de todos los Smith, Jones y Miller que habían sido famosos, sin hablar de los Schmidt, los Wolfy los Müller (Pido disculpas: se trata de los Schmidius, los Wolfius y los Müllerus). Goez, superintendente de Lubeck, escribió un libro sobre los Schmidt famosos, y lo tituló *De clanis Schmidiiis*. (Se publicaron obras semejantes en Inglaterra, en Estados Unidos, y sobre todo en Escocia.)

Los Wolf fueron immortalizados en una tesis doctoral que un erudito miembro del numeroso clan presentó a la Universidad de Leipzig (*De Nominibus Lupinus*).

En cuanto a los Müller, existió el proyecto de consagrarles una extensa obra; desgraciadamente, sólo se dio cima a un fragmento. En su obra Ho-

monymoscopia, Johannes Mollerus, profesor de Flensburg, prometió escribir la historia de los Müller, y aún anticipó el título: *Mola Musarum Castalia* (lo cual puede traducirse aproximadamente como El molino, fuente de Castalia de las Musas). Como Müller significa molinero, el resultado es un bonito juego de palabras. El erudito historiador danés se proponía reunir bajo este sonoro título a todos los hombres de ciencia cuyo nombre tuviera relación con molinos y con el oficio de molinero. Pensaba ocuparse de los bien conocidos Moller, Müller, Molitor, Molinary, Molinas, Molinnetto, Myliuses, Meulens, Mollenbeck, Mühlrad, Mühlberg, Mühlbach, Mills, Millar, Miller, Millins, Mills, Milmores, Milnes, Milners... y aun del clan húngaro de los Molnarus. Pero, para grave y eterno detrimento de la gloria de molinos y de molineros, la gran obra nunca apareció. El autor sólo dio un anticipo, bajo la forma de un apéndice a su Homonymoscopia, en el que enumeró cincuenta Müller, con una detallada descripción de la obra cumplida por cada uno. Los otros Müller sólo aparecieron en cifras estadísticas, y el breve extracto hizo agua la boca de los historiadores, aunque el apetito de éstos habría de permanecer eternamente insatisfecho.

De todos modos, el profesor Mollerus publicó algunas estadísticas sobre los nombres de pila del clan Müller-Miller. Había cuatro Juanes entre los Molitor, 8 entre los Myliuses, 3 entre los Molanos, 4 entre los Mühlmann, y ninguno entre los Mülpfort. Por otra parte, hasta 1697 los sencillos Müller tenían nada menos que 44 Juanes o Johann. En las filas del mismo clan aparecían 9 Andrés, 3 Arnolds, 2 Baltasares, 5 Bernardos, 2 Carlos, 6 Gaspare, 7 Cristinos, 6 Danieles, 7 Joaquines, 2 Tobías... y así por el estilo. Había también 4 Juanes Jorges y 4 Juanes Jacobos, lo cual elevaba el número de Juanes a un total general de 52.

Pero lo anterior es poco comparado con el caso de los Mayer, uno de los apellidos alemanes más comunes, mas frecuente que todos los Smith, Jones y Robinson reunidos. El excelente doctor Paulini, uno de los más versátiles y benévolo autores del barroco, preparó la lista de los Mayer famosos. Clasificó 207 nombres, con arreglo a la actividad en que se habían destacado (derecho, medicina, teología, etc.). Incluyó todas las variaciones del apellido: Mayer, Maier, Meyer, Meier... y aun los que eran Meyer “sólo a medias”, como Strohmeyer, Stolmayer, Listmayer, Gastmayer, Ziegenmayer, Spitmeyer,

Kirchmeyer, Stallmeyer, Hintermeyer, Wischmeyer, Distermeyer, Hunermeyer, Münchmeyer, Buchmeyer, Hundemeyer y otros muchos. El doctor Paullini reconoció que el profesor Joaquín Mayer, de Gottinga, lo había ayudado mucho.

Parece que esta plétora de Mayer provocó considerable sensación en el mundo de la ciencia y de la genealogía, pues el profesor Joaquín Mayer inició investigaciones independientes y combinó los resultados de su arduo trabajo en un librito muy interesante, publicado bajo el título de *Antiquitates Meierianae* (Gottinga, 1700).

Hasta ese momento, los filólogos habían creído que el apellido Mayer o Meier provenía del latín *major*, y significaba simplemente una persona de cierta autoridad puesta al frente de los servidores, etc. En las propiedades rurales eran mayordomos; en las aldeas, regidores o alcaldes. Pero el profesor Mayer, de Gottinga, descubrió que se trataba de un error; los ancestrales Mayer formaban un núcleo mucho más distinguido. El nombre se originaba, según este estudioso, en el céltico *mar*, *mär*, *mir*, que significaba “caballo” y posteriormente, por vía de transferencia, “jinete”. Los antiguos germanos, lo mismo que los franceses hoy, escribían ai el sonido

ä, de modo que mär se convirtió en Mair y posteriormente en Maier.

Una vez aclarada esta etimología, el mundo de la ciencia no tuvo inconveniente en aceptar las posteriores deducciones del profesor de Gottinga. De acuerdo con ellas, los antepasados de los Mayer eran caballeros y, como pertenecían a la aristocracia, probablemente dieron algunos príncipes a la antigua Germania. Aun Italia los honró, como lo demuestra el caso de la familia Marius, que dio siete cónsules a Roma. Profundizando más aún el tema, el erudito profesor llegó al Dios de la Guerra, cuyo nombre era también de origen celta. La palabra mar significaba “caballo, jinete, guerrero”. El propio Marte era un antiguo Mayer, para mayor gloria y honor de la familia. (El profesor excluyó al clan Marcus, probablemente porque se sintió avergonzado de Coriolano.)

También en Francia los Mayer habían conquistado una posición importante. De sus filas salieron los Maires du Palais, los Maierus Palatinus, es decir, la más elevada dignidad palaciega. Aún hoy el Lord Mayor es el principal magistrado en cualquier ciudad. Ciertamente, los Mayer llegaron muy lejos... por lo menos en la tarea de prestar el nombre de la

familia para la denominación de altas funciones.

Desgraciadamente, después los Mayer alemanes se empobrecieron y perdieron el lustre que les otorgaba tan noble origen. Pero aun en la pobreza los Mayer hicieron cuanto estuvo a su alcance para aumentar la gloria y la fama del clan: en 1598 la esposa del campesino Hans Maier dio a luz trillizos, hecho que en sí mismo quizás no haya sido hazaña muy considerable; pero ese mismo año las ovejas del pobre Maier produjeron tres corderos cada una, y aún su vaca comprendió que estaba obligada a añadir tres terneros a la prosperidad general de la casa.

Pero no acaba aquí la gloria de los Mayer. El nombre sirvió para designar naciones, ciudades y ríos. La tribu de los Marcoman, hombres viriles y de inclinaciones guerreras, sin duda pertenecía al mismo núcleo familiar. Entre las ciudades, Marburg, Merseburg, Wismar, y aun la holandesa Alkmaar son monumentos a la antigua y olvidada fama. Lo mismo puede decirse del río Morava (de acuerdo con el viejo nombre de Marus o Mairus); y del Maros, que corre a través de Hungría y de Rumania.

El profesor Mayer no se detuvo en los confines de Europa. Franqueando sucesivos escalones celtas, escitas y tártaros, siguió la pista del gran clan hasta

el lejano Oriente. Las palabras tártaras Mirza, Murza significaban “jefe de jinetes”, y el término Emir, del mismo origen, indicaba una jerarquía importante, tanto entre los persas como entre los árabes. Y todos eran Mayer. Finalmente, el buen profesor hizo flamear su bandera sobre el noble edificio que habla erigido en honor de su familia. Los Mayer, afirmó, incluso habían producido un profeta en beneficio de la humanidad, pues el profeta Elijah era conocido en Palestina por el nombre de Mar-Elijah.

Hoy, la fantástica filología y las conclusiones poco científicas del profesor del siglo XVIII nos mueven a risa. Pero sus investigaciones fueron consideradas muy seriamente durante casi dos siglos.

La locura de la vanidad es tenaz y desafía a la propia realidad.

V

LA ESTUPIDEZ DEL BUROCRATISMO

1.

Dice un proverbio turco: “Si Alá te da autoridad, también te dará la inteligencia necesaria para que sepas mandar”. Como muchos proverbios, éste es al mismo tiempo peligroso y falso. Por lo que se refiere a la burocracia, la adquisición de autoridad muy frecuentemente determina la pérdida de la inteligencia, la atrofia de la mente y un estado crónico de estupidez.

Nadie negará que los funcionarios gubernamentales son seres humanos. Y no cabe duda de que la mayoría son excelentes esposos, padres afectuosos y buenos ciudadanos. Pero, sea cual fue-

re la edad del sujeto, o el país en que desempeñan sus funciones, tan pronto se apoderan de un escritorio y de un mueble para archivo de papeles le ocurre algo misterioso y terrible. La letra reemplaza al espíritu, el precedente anula a la iniciativa, y la norma se sobrepone a la piedad y a la comprensión. Hay muchas excepciones, pero cada una de ellas constituye la confirmación de la regla. Las oficinas gubernamentales son viveros de estupidez, y desempeñan el mismo papel que las aguas estancadas en el caso del mosquito anopheles. Es inevitable: aún el burócrata más inteligente sucumbe a la infección.

El papeleo oficial, símbolo de la burocracia, es casi tan antiguo como la humanidad. Los egipcios tenían una burocracia muy desarrollada; el imperio de Diocleciano, que ya se agrietaba por todas partes, se sostenía precariamente en pie gracias a una administración de fantástica complicación. Esos inocentes papeles han sido vestidura de tiranuelos y cadenas de la libertad y de la empresa privada. Thackeray concibió la teoría de que Hércules niño luchó contra montañas de papeles oficiales, no contra serpientes. Shakespeare lanzó sus dardos contra la “insolencia del burócrata”. Los romances

de Voltaire satirizaron al mismo tiempo a sacerdotes y a políticos, pero el gran escritor reservó sus flechas más agudas para los “caballeros de la ignorancia, los paladines del papelerío, los campeones de la confusión”. Es decir, la burocracia.

A Dickens corresponde el mérito de haber identificado a la burocracia con la ineficacia y la estupidez. En la inmortal figura de Bumble creó el arquetipo del burócrata torpe y miope, y desde entonces el personaje ha hecho carrera. La cálida indignación de Dickens despojó al burócrata de toda su vanidad y autosuficiencia, aunque no lo mató, porque en realidad es inmortal. Carlyle se mostró más violento aún en su ataque a la burocracia, a la que odiaba tanto que a veces perdía todo sentido de la proporción (aunque también era capaz de mostrar sentido práctico). Enfurecido por las reglas y normas del Museo Británico, fundó con varios amigos una gran institución, la London Library, cuyos suscriptores podían llevar libros a casa (privilegio que la biblioteca del Museo Británico todavía niega a sus lectores).

Para mí, el perfecto burócrata estará siempre representado por el Schupo (policía) berlinés, a quien conocí poco después de llegar a la capital alemana.

Necesitaba ir a una calle de los suburbios del oeste de la ciudad, y me dirigí al policía de uniforme verde. Me escuchó atentamente, y luego me suministró la información necesaria con voz seca y rápida. Las instrucciones eran muy complicadas, e implicaban dos cambios de ómnibus, varios desvíos a la derecha y a la izquierda, el cruce de algunas plazas y unos cuantos detalles más. Me fatigué del asunto a mitad de la explicación y decidí que, una vez en camino, preguntarla nuevamente. De modo que agradecí cortésmente al Schupo y empecé a alejarme. Pero su mano enguantada me aferró del hombro y me obligó a dar media vuelta.

-¡No me agradezca!- ladró- ¡Repítalo!

2.

El primer síntoma de la incapacidad mental del burócrata es su lenguaje. Del mismo modo que ciertos desórdenes mentales provocan tartamudeo, ecolalia y otros defectos del habla, así la burocracia crea un lenguaje burocrático. Eric Partridge ofrece una definición de notable moderación, pues afirma que es el “tipo de fraseo que ha sido asociado a me-

nudo justificadamente con las oficinas del gobierno”. Y cita en su brillante *Usage and Abuse* un breve pasaje que se refiere a los pequeños comerciantes:

“... los siguientes artículos de esta ley se aplicarán solamente a los comercios, es decir a aquellos artículos de la sección seis y de la sección ocho que se refieren a la aprobación por los ocupantes de negocios, de las órdenes emitidas con arreglo a las secciones de los artículos del párrafo c) de la subsección 1) de la sección siete y a los artículos del párrafo a) de la sección doce...”

Se trata de un caso relativamente benigno. A propósito, recordamos ahora la réplica de un departamento del gobierno al pedido de provisión de un libro. Se informaba al solicitante que estaba “autorizado a conseguir la obra en cuestión mediante compra realizada por los conductos comerciales normales”. En otras palabras, se le autorizaba a comprarlo en una librería.

La pasión por las palabras largas, por las frases complicadas, por la expresión tautológica es innata en el burócrata. En Gran Bretaña la enfermedad alcanzó tal gravedad (y provocó tan considerable pérdida de tiempo) que Sir Ernest Gowers, miem-

bro eminente del servicio civil, decidió escribir un libro titulado *Plain Words* (Palabras francas). En él procuró demostrar cómo se podía emplear un lenguaje mejor y más sencillo. El libro fue aclamado... y prácticamente no tuvo la menor influencia. Un ministerio ordenó veinte ejemplares, y una semana después produjo la siguiente obra maestra:

“El consumidor individual rara vez utiliza simultáneamente todas las luces y demás artefactos eléctricos. Por consiguiente, la máxima demanda en un momento dado (la “demanda máxima del consumidor”) es menor que la suma total que se obtendría si todas las lamparillas eléctricas y todos los artefactos (la “capacidad instalada del consumidor”) funcionaran simultáneamente”.

El asunto parece muy impresionante, hasta que se elimina el exceso de palabras. Y entonces se descubre el verdadero significado del párrafo: que si se encienden todas las luces de la casa y se conectan todos los artefactos eléctricos, se gastará más corriente que en caso de utilizar menor número de luces y de aparatos. Pues una de las características más destacadas de la estupidez burocrática es hacer complejo lo que es simple, sinuoso lo directo, y convertir al clisé en profunda y reveladora verdad.

Véase, por ejemplo, esta fórmula mágica:

P	S	M	V	N
----	= R + B-	---	+ C-	----
PO	SO	NO	VA	NA

Se trata, sin duda, del método de producción de la bomba de hidrógeno, o del elixir Supremo de la Vida. En realidad, es la fórmula oficial que los empresarios fúnebres de Francia deben aplicar cuando calculan el precio de los funerales en cualquier ciudad de más de 20.000 habitantes.

No he podido conseguir el significado de todas las letras. Pero M sobre NO, por ejemplo, representa la variación del precio del forraje destinado a los caballos que tiran del vehículo en el que se transporta el ataúd. ¡No es de extrañar que la tasa de natalidad haya aumentado mucho en Francia, al paso que ha disminuido la de mortalidad! Es evidente que la gente teme morir.

Si los empresarios fúnebres de Francia se ven en dificultades, ¿qué decir de los dentistas ingleses? Pues con arreglo a las disposiciones del *National Realth Service*, deben calcular sus honorarios sobre la base de las siguientes instrucciones:

“El párrafo II del artículo 3 del reglamento re-

formado deberá ser sustituido por el siguiente párrafo:

II. En cualquiera de los meses del mismo año la remuneración no excederá la que resulte de sumar a la remuneración de los meses anteriores del año, la cantidad que sea el producto de la suma standard multiplicada por el número de meses del año que haya expirado al fin del mes para el cual se está realizando el cálculo, agregado a la mitad de cualquier exceso autorizado de honorarios respecto de ese producto que, salvo los artículos de este reglamento, hubiera derecho a cobrar en dichos meses, excluyendo, para todos los fines de este párrafo, el mes de enero de 1949.”

Después de luchar con esta kilométrica frase, el dentista tiene todo el derecho del mundo a equivocarse de muela. Y todavía nadie ha aclarado por qué el pobre enero de 1949 ha sido excluido de todo el arreglo.

Se creería que en los Estados Unidos, habida cuenta del genio norteamericano para la frase directa y sencilla, la permanente transformación y el enriquecimiento del idioma evita estos fangales burocráticos. Pero la burocracia es la misma en todo el mundo. Un plomero de Nueva York preguntó al

Bureau of Standards de los Estados Unidos si aconsejaba el uso de ácido clorhídrico para la limpieza de cañerías tapadas; recibió esta breve y desconcertante respuesta:

“La eficacia del ácido clorhídrico es indiscutible, pero el residuo corrosivo es incompatible con la permanencia del metal.”

El buen hombre necesitó un buen rato para descubrir el significado de la frase: “¡No use ácido clorhídrico! ¡Se comerá las cañerías!”

Y un funcionario de Washington informó a su superior:

“El contacto verbal con el señor Blank respecto de la notificación de promoción adjunta ha puesto de relieve la formulación adjunta en la que se destaca que prefiere declinar el nombramiento.”

Treinta y una palabras en lugar de cinco: “Blank no desea el empleo”.

En Nueva Zelanda un funcionario del gobierno inspeccionó cierta propiedad propuesta para asiento de un campo de deportes. Su informe fue perfecto ejemplo de burocratismo:

“De la diferencia de elevación con respecto a la escasa profundidad de la propiedad se deduce claramente que el contorno impide toda posibilidad de

desarrollo razonable con fines de recreación activa.”

También en este caso llevó cierto tiempo descubrir que el lote tenía una pendiente muy pronunciada.

El humor inconsciente caracteriza a la estupidez tanto como el papeleo interminable. He aquí un párrafo de cierta reglamentación británica:

“En la Categoría Nueces (descascaradas) (que no son maníes), la expresión Nueces se refiere a dichas nueces, distintas de los maníes, las cuales, si no fuera por esta disposición de enmienda, no merecerían la denominación de Nueces (descascaradas) (distintas de los maníes), por tratarse de Nueces (descascaradas).”

Gracias a una dosis considerable de control de mí mismo, me abstendré de formular el comentario que este párrafo merece.

Sir Alan Herbert, novelista, político e ingenio brillante, resumió el espíritu de la burocracia cuando “tradujo” la frase famosa de Nelson, “Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber”, al lenguaje burocrático:

“Inglaterra presume que, en relación con la actual situación de emergencia, el personal encarará los problemas, y realizará apropiadamente las fun-

ciones asignadas a los respectivos grupos ocupacionales.”

Felizmente, Nelson no sucumbió a esta enfermedad verbal, pues de lo contrario es muy probable que Trafalgar se hubiera perdido.

3.

Las guerras modernas han diezariado a muchos países; pero cada una de ellas han engendrado millones de burócratas. Engordan con la escasez y prosperan en los momentos de crisis. La paz jamás puede ofrecerles tantas oportunidades de ejercer sus pequeñas tiranías, de utilizar el papeleo para regimentar al individuo y de amargar la vida de sus semejantes. Ninguna guerra fue ganada por funcionarios; varias estuvieron a punto de ser perdidas por ellos.

Uno de los más valiosos ejemplares de mi colección de tonterías burocráticas data de la Primera Guerra Mundial, y es francés. El *fonctionnaire* francés ha sido inmortalizado y crucificado por muchas plumas brillantes, desde Rabelais a Molière y de Balzac a Tristan Bernard; pero ninguno de ellos in-

ventó tan maravilloso monumento al burocratismo como el que me comunicó el venerable Charles Humbert, ex senador por el departamento de Meuse.

El asunto comenzó el 14 de noviembre de 1915, cuando el ministro de Guerra dirigió una carta al comandante en jefe. El gobierno había ordenado la formación de un censo de todos los obreros metalúrgicos y afines que prestaban servicio en el ejército. Sin embargo, uno de los regimientos de infantería territorial resistió la medida y prohibió a sus hombres que inscribieran sus nombres... probablemente porque el comandante de la unidad temía perder algunos de sus hombres en beneficio de la industria de municiones.

La carta del ministro, debidamente firmada por el subsecretario de Estado, fue recibida al día siguiente por la Primera Sección del Comandante en Jefe en Remiremont. Fue enviada al Estado Mayor general del Séptimo Ejército, en Belfort, el 17 de noviembre, y remitida al día siguiente al comandante general de la Undécima División. En el trayecto el documento había adquirido cinco sellos y once firmas (todo ello, en el curso de tres días). El general pasó la carta al Deuxieme Bureau, la sección

de inteligencia de la división. Allí descansó cuatro días, durante los cuales, evidentemente, se reflexionó profundamente sobre el candidato a chivo emisario. Finalmente, el 23 de noviembre, se eligió para ese papel al coronel jefe del regimiento territorial. El 29 de noviembre el coronel envió una respuesta en la cual, con contenida cólera, señalaba que en su regimiento se había preparado la nómina de trabajadores metalúrgicos tres meses antes, y que, por consiguiente, el ministro de Guerra no podía acusarlo a él de insubordinación.

El Deuxieme Bureau decidió realizar una nueva tentativa. Esta vez la víctima elegida fue el regimiento 105. El 6 de diciembre el coronel del regimiento 105 replicaba que había realizado el censo el día 30 de octubre; y para mayor seguridad, repetía las cifras. Belfort hizo otra tentativa el regimiento 209 y recibió otra indignada respuesta. De modo que devolvió el documento (cubierto ahora de sellos negros y firmas ilegibles) al Estado Mayor general del Séptimo Ejército. El 8 de diciembre el Estado Mayor informó respetuosamente que todos los regimientos territoriales habían obedecido la orden del Ministerio. Sin embargo, parece que el comandante en jefe logró interceptar la comunicación, y

montó en cólera. El 11 de diciembre devolvió el documento al comando general del grupo Belfort, con esta observación: “Ustedes no han contestado la pregunta. ¿Se prohibió o no se prohibió a los soldados participar en el censo general de obreros?”

Es probable que el general que comandaba el grupo de Belfort se haya encogido de hombros, haya lanzado un juramento gálico, y luego comenzara todo de nuevo. Envió la carpeta que ahora era bastante más abultada al comandante general de la 105 División, y exigió “acción inmediata”. Al día siguiente, el general de la 105 división remitió la documentación al coronel de la brigada 209. El coronel no tenía a quién regalársela, y replicó que él jamás había prohibido a sus hombres nada que no fuera desertar; y ciertamente, no les había impedido registrarse como obreros metalúrgicos. De todos modos, necesitaba cascos de acero; ¿podía hacer algo el general?

El Estado Mayor de la 105 división se negó a intervenir en tan frívolo asunto. Una vez recibido el informe del coronel, envió la carpeta al general a cargo de la brigada 214, quien, a su vez, lo pasó al teniente coronel al mando de la brigada territorial 346. Este teniente coronel fue más lejos aún que sus

colegas. Replicó que no había prohibido a ninguno de sus soldados ni tampoco a los oficiales inscribirse en las listas de obreros metalúrgicos.

La carpeta regresó a las oficinas del general en jefe del Séptimo Ejército. El calendario señalaba ya el 27 de diciembre, y el general replicó al comandante en jefe que ningún regimiento territorial había dejado de cumplir con su deber y, por favor, ¿no se podía dar por terminado el asunto?

Dos días después, el comandante en jefe devolvió toda la correspondencia al subsecretario de Guerra. El 3 de enero, el documento (cubierto de firmas y sellos) llegó al punto de partida. Mejor dicho, debió llegar. Pero un funcionario de escaso espíritu patriótico lo robó y lo entregó al senador Humbert. Y fue discutido en el Senado francés y en la prensa. Y quince años después, el senador me lo regaló.

Entre las dos guerras mejoramos nuestras armas, nuestras tácticas y, naturalmente, nuestra burocracia. Pero en el curso de la Segunda Guerra Mundial, el burocratismo prosperó, con más fuerza e impulso que nunca.

Nada, por pequeño o insignificante que fuera, escapó al control de la burocracia. En el período en

que los Estados Unidos padecieron cierta escasez de carne, Wáshington pidió a Hollywood que no incluyera en las películas escenas de espantadas de ganado; probablemente por temor a que la vista de tanto ganado en pie provocara una revolución de los que ya habían agotado las tarjetas de racionamiento de carne.

Pero el ejemplo clásico de burocratismo en tiempos de guerra fue publicado por el *New Yorker* en 1944. El hecho ocurrió en Fort Monmouth, lo cual puede o no haber tenido cierto valor profético, en vista de las investigaciones que posteriormente habría de realizar el senador McCarthy. Citemos el artículo del señor White:

“Así como la yarda lineal se define mediante dos hilos tendidos sobre una barra de aleación de platino conservados en un depósito del gobierno, la burocracia se define mediante un documento que obra en nuestro poder: el formulario de tres páginas que debe ser llenado por el civil empleado en Fort Monmouth que haya perdido un níquel en una máquina automática y desee el reembolso de la suma perdida. Incluye dieciséis preguntas que deben ser contestadas bajo juramento, ante notario público: fecha, nombre, puesto y sueldo, dirección local y

número de teléfono, dirección particular y número de teléfono, suma perdida y tipo de máquina en la que se perdió el dinero, ubicación de la máquina, explicación detallada de la pérdida (“Adhiéranse y numérense hojas adicionales”), nombre y dirección de empleadores anteriores, descripción del níquel (“Fecha u otros elementos de identificación, mutilaciones, etc.”), nombre y dirección de cualquier testigo de la pérdida, nombre y dirección de tres referencias, clasificación militar, nombre del padre y nombre de soltera de la madre, declaración de ciudadanía del solicitante y de ambos padres, y una declaración, con fechas y lugares, de todas las penas judiciales, incluidas las condenas por violaciones de las leyes de tránsito. El formulario concluye con la siguiente frase: «POR LO TANTO, respetuosamente solicito el reintegro de la cantidad de... centavos»... Si el punto de hervor del agua puede ser denominado arbitrariamente 100° C., bien podemos llamar a la burocracia en estado de fusión 100° C. F. M. (Cuestionario de Fort Monmouth), y éste será el punto de partida de la discusión ulterior...”

Me temo que el señor White está en un error. A riesgo de molestar a mis lectores norteamericanos, debo señalar que los británicos superan al hombre

que redactó el cuestionario de Fort Monmouth. Todavía existen unas cuantas cosas en las que el Viejo Mundo es ligeramente superior al Nuevo, y el burocratismo es una de ellas.

Véase el caso del profesional que solicitó cupones de nafta durante la última guerra para viajar entre su casa y su oficina. Se rechazó la primera solicitud, y se indicó al peticionante que podía viajar en ómnibus. El hombre escribió nuevamente, señalando que el primer ómnibus partía de la zona a las 9 de la mañana, y que, por consiguiente, llegaría tarde al trabajo. Después de considerable demora, recibió un pequeño número de cupones. La carta adjunta decía:

“Después de examinar su pedido, se le han concedido X unidades que le permitirán utilizar su coche sólo para llegar hasta el lugar de trabajo; pues le advertimos que deberá regresar a su residencia por medio del transporte público.”

El profesional tragó saliva y preguntó si debía comprar un automóvil nuevo (imposible de obtener durante la guerra) cinco veces por semana. Pero no hubo respuesta a su pregunta.

El uso de petróleo o de nafta estaba reglamentado por centenares de párrafos, cláusulas y sub-

cláusulas. Los empresarios de pompas fúnebres de Francia tuvieron que luchar solamente con la fórmula que les permitía calcular el costo de un funeral; sus colegas británicos hallaron que los carruajes donde se transporte el ataúd estaban clasificados como “vehículos comerciales”, empleaban nafta especialmente teñida de rojo, y en cambio los vehículos que transportaban a deudos y amigos eran “coches de alquiler”, que usaban nafta blanca. Y sólo a último momento se evitó que éstos fueran clasificados como vehículos de placer”.

Otro caso de burocratismo absurdo fue el del hombre de Kensington, Londres, que perdió una pierna a principios de la guerra. De acuerdo con los reglamentos, tenía derecho a una ración extra de jabón, de modo que presentó la correspondiente solicitud. A su debido tiempo recibió los cupones complementarios... por seis meses. Cuando pasó ese medio año, solicitó más cupones. Una comunicación oficial le indicó que podría obtenerlos si presentaba un certificado que atestiguara que aún carecía de la pierna.

El burocratismo es al mismo tiempo estúpido y pomposo, y tiende a atribuir gran importancia al secreto y a la reserva de las actuaciones. Las dos

palabras: “secreto militar” han servido para disimular multitud de pecados y de ineptitudes en todas las guerras, de modo que hoy son ya ligeramente ridículas... especialmente desde que se transformaron en “secreto supremo” o en “altamente confidencial”.

Véase el caso de la mujer de Providencia que durante la última guerra recibió un misterioso y excitante llamado telefónico... Larga distancia deseaba saber si ella aceptaba una comunicación de Miami. “No podemos decirle quién la llama”, informó la operadora. “Es un secreto militar”. La dama no era tonta y tenía un hijo en las fuerzas armadas, de modo que aceptó el llamado y comprobó que su conjetura no andaba descaminada. Efectivamente, era el hijo que estaba en la marina. Las primeras palabras del muchacho fueron: “Hola, mamá, habla George. No puedo decirte dónde estoy... ¡secreto militar!”

Durante la ofensiva aérea contra Londres, los amplios refugios subterráneos del Ministerio de Información (alojados en la Universidad de Londres), sirvieron de oficinas a una muchedumbre de periodistas, la mayoría de ellos británicos, y algunos norteamericanos y continentales. Había una estricta división entre ambos grupos. Mientras se desarro-

llaban los ataques aéreos, afluía al local la información sobre los lugares alcanzados y el grado de gravedad de los daños. No era posible publicar el nombre de los lugares bombardeados, pero los diarios podían referirse a “una escuela en el norte de Londres”, o a “una iglesia en la City”. Se consideraba que esta información era altamente confidencial, y era leída a los corresponsales británicos agregados al Ministerio en una habitación interior del refugio, donde no se admitía la presencia de corresponsales extranjeros.

Hasta aquí, todo parece normal. Pero a veces el lugar era un poco ruidoso, y el funcionario ministerial debía levantar la voz para hacerse oír. No había puertas que separaran a las distintas habitaciones del refugio. Y no era preciso aguzar el oído para distinguir las voz estentórea que rugía a pocos metros de distancia. A veces, esta lamentable falta de formalismo iba más lejos aún. Por ejemplo, cuando algunos de los periodistas británicos se hallaban en el bar, comiendo o charlando, la secretísima lista de los daños aparecía adherida a una vitrina de noticias, de modo que todo el mundo pudiera verla. Así, los periodistas no británicos no sólo debían ser discretamente sordos, sino también ciegos.

Al principio de la guerra, cuando se arrojaron sobre Alemania las primeras hojas de propaganda, un colega suizo y yo acudimos a un alto funcionario del Ministerio y le pedimos una copia del material lanzado por los británicos. Se negó en redondo. Apelamos a una autoridad superior, y se nos rechazó nuevamente. Exasperados, pedimos una explicación. Entonces se nos dijo solemnemente, y sin el menor rastro de ironía: “Oh, no podemos hacer tal cosa ¡Sería revelar información al enemigo!”

Después de esto, bien podemos considerar leve el caso en que el ejército norteamericano debió organizar el envío de soldados calificados a ciertos colegios, con el fin de que siguieran cursos de ingeniería. Dada la naturaleza de la mentalidad burocrática, no debe extrañarnos que la inscripción en los diversos institutos de enseñanza se hiciera por orden alfabético, con el resultado de que trescientos hombres fueron enviados a un pequeño colegio suizo. De los trescientos, doscientos noventa y ocho se llamaban Brown, lo cual sin duda facilitó mucho la tarea del personal administrativo y docente.

Todos sabemos que la guerra es un infierno. Y el burocratismo contribuye a avivar las llamas, y a ahondar el dolor de las heridas.

4.

En *El Inspector General*, Gogol erigió inmortal monumento a la estupidez de los burócratas. El joven y hábil aventurero que engaña a toda la ciudad tiene éxito no por la falta de honradez sino por la imbecilidad de los distintos funcionarios. Y son funcionarios gubernamentales precisamente porque son estúpidos, afirma Gogol; y si en definitiva resultan más lamentables que ridículos, ello se debe también a la desusada profundidad de la estupidez que padecen.

El burocratismo es ciertamente peligroso cuando está aislado en los límites de una oficina del gobierno; lo es aún más cuando toma contacto con la vida real. Los impuestos, los derechos aduaneros, la agricultura, las reglamentaciones industriales y comerciales, son todas esferas que han dado materia para innumerables bromas e infinitas dificultades en nuestras vidas agobiadas por el peso de la burocracia.

Tomemos, ante todo, el caso de los impuestos. Afírmase que un impuesto popular es un ente imposible... tanto, por lo menos, como un recaudador

de impuestos popular. Los recaudadores británicos se han quejado de su condición de parias sociales... Ningún club de cierta categoría los acepta como miembros, porque se teme la posibilidad de que se dediquen al espionaje aun fuera de las horas de trabajo. Lo cual, naturalmente, es injusto; pero también, por otra parte, bastante razonable.

Tomemos un año que podemos considerar promedio durante el cual sólo dos personas en todo el territorio de Estados Unidos se vieron empujadas al suicidio por la necesidad de llenar los formularios. Una de ellas llegó a realizar la tarea, y garabateó una nota: “Creo que estoy enloqueciendo”... y se pegó un tiro. La otra fue un hombre que mató a su esposa y luego se suicidó con un rifle, dejando el formulario en blanco sobre el escritorio como último mensaje al mundo. En su crónica sobre estos episodios, el *New Yorker* agregó que “varias personas habían debido ser internadas en instituciones para enfermos mentales... pero siempre es difícil establecer si hubo otros factores que contribuyeron al desenlace”. Ese mismo año un hombre fue multado en Londres, de acuerdo con una ley de 1745, por “arrojar dinero al recaudador de impuestos al mismo tiempo que formulaba comentarios insultantes”.

La pena parece bastante leve. Sin embargo, todo esto ha ocurrido en la etapa en que sólo se trata de llenar los formularios, sin efectuar todavía pago de ninguna clase. La etapa final ha determinado aun mayores tragedias y angustias.

El recaudador de impuestos y su mentalidad burocrática pueden inmovilizar y arruinar muchas industrias y negocios. Ocurrió en la región de los Midlands que uno de estos caballeros visitó una fábrica con el fin de fijar el impuesto a las ventas de los artículos producidos en el establecimiento. El inspector fijó la vista en un llavero de cuero de chanco. Durante más de un año se había vendido con sólo el 33% de impuesto sobre la venta. Pero en esa ocasión el inspector advirtió un hecho inquietante y perturbador. El llavero tenía una aplicación de cuero dedos pulgadas de largo. Lo cual significaba que debía pagar el impuesto; lo cual, a su vez, elevaba el precio de fábrica de 2 chelines 2 peniques a 3 chelines 8 peniques.

El inspector se marchó para reflexionar sobre el caso, y más tarde telefoneó a la fábrica. Media pulgada, dijo, permitiría la venta del llavero libre de impuestos. El director de la compañía entendió que debía quitar media pulgada de la lengüeta de cuero.

Pero a vuelta de correo le llegó una carta del inspector: “No he dicho reducir media pulgada... sino a media pulgada”. Después de esta decisión final la fábrica interrumpió la producción de los llaveros. Pues con una lengüeta de sólo media pulgada las llaves corrían peligro de caerse.

Hay ejemplos más notables aún de los actitudes peculiares de los inspectores británicos del impuesto sobre las ventas. Una jarra de metal es objeto de adorno, y tiene un impuesto del 33%; si puede ser utilizada para contener agua caliente, está libre de impuestos. Una campanilla de forma normal sufre el 33% de impuesto; si la campanilla tiene la forma de una mujer vestida de crinolina, el impuesto se eleva al 100%, porque se trata “de una figura animada”. No hay impuesto sobre los barómetros, pero el que tenga forma de rueda de timón, con agarraderas salientes, tiene el 100% de impuesto. Un juego de cubiertos sufre un impuesto del 66%; pero si los cubiertos están no sólo en la caja sino también en la tapa, se reduce el impuesto a la mitad. Una valija de cuero tiene el 100%... si cierra. En caso contrario, se la clasifica como bolsón para compras y no tiene impuestos, aunque lleve un cierre relámpago lateral. El impuesto sobre los cepillos y

los peines, si no se venden en una caja, es del 33%; sobre los espejos, del 100%. Si los cepillos, el peine y el espejo se venden en una caja, soportan un impuesto del 100%.

En Gran Bretaña había al fin de la última guerra 22.000 decretos y normas que afectaban a la actividad comercial, reunidos en 28 sólidos volúmenes, cuyo precio era de 65 libras. Desde la introducción del impuesto sobre las ventas, se vende un promedio de ocho ejemplares diarios. Y todo fabricante que infrinja una sola cláusula se hace pasible de acción legal inmediata y posiblemente de una multa sustancial.

A veces el inspector de impuestos se convierte en personaje de una historia de Kafka, completamente divorciada de la realidad. Cierta ciudadano norteamericano descubrió, en el acto de llenar su planilla de impuestos, que el año anterior había pagado setenta y dos dólares de más, y pidió que se le acreditaran sobre el impuesto del año en curso. Pocas semanas después recibió un cheque de setenta y dos dólares, reembolsados por el gobierno. Ignorante de que la augusta Oficina de Impuestos Inter-nos nada sabía del asunto, ingresó el cheque y gastó el dinero. El 15 de junio, con la factura de la segun-

da cuota del impuesto anual, recibió un aviso en el sentido de que se le habían acreditado setenta y dos dólares del pago efectuado el año anterior, de acuerdo con el pedido formulado por el propio interesado. Consciente de que llevaba al gobierno setenta y dos dólares de ventaja (y de que posiblemente era culpable de algo) escribió a su recaudador de impuestos internos, explicando detalladamente todo el asunto. Y pocos días después recibió la siguiente respuesta: “Estimado señor: Cuando se considere su declaración, su pedido de que se le acrediten setenta y dos dólares a su cuenta de este año por el exceso pagado el año anterior será casi seguramente rechazado”.

De todos modos, el caso anterior constituye una experiencia agradable comparada con la que vivió la señora Jean Stephens, de Saint John Wood, Londres. La señora Stephens era telefonista de un exportador del West End. Cierta día la mujer que limpiaba su departamento le dio una idea. La mujer dijo que muchas personas de su país (Irlanda del Sur) deseaban trabajar en Inglaterra. “Fundaré una agencia de servicio doméstico”, decidió la señora Stephens. Pero como no estaba muy segura del aspecto financiero del problema, pidió consejo a la

oficina impositiva local. Preguntó lo siguiente: “Si encuentro un sitio apropiado y abro el negocio, ¿qué impuesto deberé pagar?” El empleado replicó que debería presentar una declaración de ingresos una vez iniciado el negocio. Entretanto, anotó la dirección de la señora Stephens.

Seis semanas después, llegaron los primeros formularios, en los que se exigía el pago de impuestos sobre los ingresos del negocio. Pero la señora Stephens continuaba en su puesto de telefonista. Aún no había hallado local. Telefonéó a la oficina de impuestos y explicó la situación. Fue inútil. Seis semanas después (y desde entonces con matemática regularidad) llegaron nuevos formularios, exigiendo el pago de los correspondientes impuestos. Finalmente, llegó un cálculo concreto. El negocio, afirmábase, producía 500 libras anuales. Correspondía pagar el primer semestre de impuestos, es decir, 112,10 libras. Cuando la señora Stephens protestó, señalando que era imposible gravar un negocio inexistente, se le indicó firmemente que eso estaba fuera de la cuestión; se había realizado un cálculo, y lo único que podía hacer era apelar la estimación practicada... y dentro de los veintiún días, pues de lo contrario se vería obligada a pagar el im-

puesto total.

Quizás G. B. Stern estuvo en lo cierto cuando dijo: “El recaudador del impuesto sobre la renta posiblemente es un tiburón, aunque yo jamás lo he visto, ni como pez ni como ser humano; pues sólo me he relacionado con una colección de formularios en sobres especiales, cuya repelente transparencia permitía distinguir mi nombre y dirección en el encabezamiento de la carta”.

Los funcionarios de la aduana, pilares de la honestidad y sin duda hombres de considerable capacidad intelectual en la vida privada, también sufren la letal influencia del burocratismo. De lo contrario, ¿cómo explicar el triste caso del agricultor galense que poseía un magnífico rebaño de ganado Suffolk? Solicitó una licencia para exportar varios animales. Fue concedida, “con la condición de que se adhirieran placas de bronce a los cuernos de los animales”.

Pero el ganado de Suffolk es famoso porque carece de cuernos.

O el caso de aquellos inspectores de aduana yugoslavos, que adoptaron una actitud muy suspicaz ante varias cajas de película virgen que una compañía alemana quiso importar para el rodaje de un film. Insistieron en abrir todas las cajas. La película,

expuesta a la luz, se arruinó completamente. Pero los reglamentos habían sido cumplidos al pie de la letra.

O el caso del navegante aficionado cuyo velero (con motor fuera de borda) rompió amarras en su fondeadero de la costa oriental de Gran Bretaña. Nada supo de la nave durante dos semanas, y entonces llegó una carta muy cortés, fechada en un pequeño puerto belga. La embarcación había sido hallada por un pesquero belga, y llevada a puerto. Todo estaba a salvo, incluidos los aparejos de pesca y una botella de oporto. ¿Tendría el propietario la bondad de retirar la embarcación?

Muy complacido, el hombre se preparó para recuperar su velero. Pero la cosa no era tan sencilla. Necesitaba una licencia de importación de la Junta de Comercio antes de reintegrar la nave a puerto inglés. Y tres veces le negaron el permiso que solicitaba... ¡porque era necesario proteger a la industria naviera británica!

Quizás el caso más lamentable fue el de Mr. Alfred Foster, a quien un amigo de Helsinki, Finlandia, envió una bolsa de papas (159 libras, para ser exactos). La Aduana afirmó: “Usted necesita una licencia de importación”. La Junta de Comercio

afirmó: “Usted necesita un certificado sanitario. Debemos asegurarnos de que esas papas no han crecido en tierras infestadas y que no se ha hallado mosca colorada en un radio de 31 millas del lote donde se cultivaron las papas”. Además, el señor Foster sólo podía consumir 22 libras de papas, y la Junta de Comercio deseaba conocer el nombre y dirección de todas las personas que recibirían el resto de las papas.

El señor Foster escribió a su amigo finlandés y le pidió que no olvidara el certificado sanitario. Y pronto recibió la respuesta: “Demasiado tarde. Las papas ya llegaron a puerto Salford. Y, de todos modos, aquí en Finlandia nunca supimos que fuera preciso certificar la salud de las papas”.

En este punto las relaciones entre el señor Foster y el gobierno británico comenzaron a complicarse. La Junta de Comercio archivó la lista de los probables consumidores de las papas, y entregó al señor Foster la licencia de importación. Sin embargo, la Aduana retuvo las papas hasta la eventual presentación del certificado sanitario. El Ministerio de Agricultura no podía suministrar el documento porque no había intervenido en el cultivo de los tubérculos.

El asunto descansó pacíficamente unas ocho semanas. Finalmente, llegó una carta: “Sin certificado, no hay papas. Destruýalas o envíelas de regreso a Helsinki”. Ahora bien, Helsinki está por mar a 1.200 millas de Inglaterra, y el señor Foster hubiera debido gastar más devolviéndolas que comprando la misma cantidad en Inglaterra. De todos modos, creyó que era una lástima destruirlas, a pesar de que ya estaban completamente brotadas, de modo que preguntó a la Aduana si era posible regalarlas al capitán del carguero finlandés que las había transportado. La respuesta fue negativa. De modo que las papas fueron destruidas y el burócrata imbécil se sintió feliz.

5.

Sería un error creer que la estupidez del burocratismo se limita a los funcionarios gubernamentales. Es enfermedad contagiosa, y puede florecer en cualquier organización que ejerza autoridad sobre las actividades humanas. Y se desarrolla particularmente en los sindicatos.

La Unión de Plomeros de Gran Bretaña, por

ejemplo, lucha colectivamente contra las bicicletas. Ha prohibido estrictamente a sus miembros la concurrencia al trabajo en ese tipo de vehículo. Sir John W. Stephenson, secretario de la Unión de Plomeros, ha explicado la prohibición con la maravillosa lógica del burócrata:

“Nuestra regla se remonta a los primeros tiempos de la bicicleta, cuando los empleadores ponían como condición indispensable que sus asalariados fueran al trabajo en bicicleta. El sindicato consideró injusto que sus miembros más ancianos se vieran obligados a andar en bicicleta. Y otros plomeros no comprendían la necesidad de gastar dinero en la compra de una bicicleta.”

De modo que andar en bicicleta se convirtió en infracción a las normas sindicales, punible con una multa de 20 chelines, que se aplicaba a todo plomero que utilizara ese vehículo para ir al trabajo... sin que importara si el interesado estaba o no de acuerdo. Sin embargo, los ayudantes de los plomeros pueden utilizar bicicletas. Sólo les está prohibido a los oficiales plomeros... lo cual, naturalmente, es fruto de la perfecta lógica burocrática. En este sentido, los Estados Unidos son mucho más tolerantes. En Dakota del Norte, por ejemplo, un maquinista

de locomotora que quería llevarse el tren a casa, al final de la jornada, tenía derecho a ello, siempre que consiguiera los indispensables ayudantes. De lo contrario, debía abandonar el tren y pagarse el billete de regreso. Los maestros de escuela de Pennsylvania podían encerar los pisos de la escuela los sábados, para ganar un poco más de dinero... siempre que los ordenanzas regulares no aceptaran esas tareas.

Considérese, en cambio, el triste caso de la señora Muriel George, que quería ser peluquera en Northumberland. Su esposo, el señor Ronald George, era gerente ayudante de la sociedad cooperativa local. La señora abrió una peluquería en un edificio recién construido, y tuvo bastante éxito. Pero entonces intervino la cooperativa y declaró: “Eso no es posible. En nuestra organización hay un departamento de peluquería; usted no puede competir con nosotros mientras su esposo trabaja en la organización”.

Se desarrolló una prolongada batalla, pues los directores de la sociedad ofrecieron al señor George la alternativa de renunciar o de inducir a su esposa a cerrar el negocio. El matrimonio George se negó a aceptar ninguna de las dos posibilidades. En defini-

tiva, se vieron obligados a abandonar su hogar y el negocio, para mudarse a otra parte del país, donde el señor George consiguió empleo en una cooperativa que no tenía departamento de peluquería.

Quizás el lector recuerde la lucha más o menos semejante que Anton Karas, el famoso tocador de cítara de *El tercer hombre* tuvo que librar cuando quiso abrir una Heuriger (posada) en el suburbio vienés de Sievering. Invirtió todos sus ahorros en la aventura y solicitó una licencia. Pero tropezó con la oposición de la corporación de taberneros. “Si las autoridades permiten el funcionamiento del negocio de Karas”, declaró solemnemente la organización de patrones, “ello equivaldría a la aplicación en Austria del principio de libre empresa”.

¡Sin duda, una perspectiva terrible! Karas fue multado en 15 libras mientras se sustanciaba la apelación contra el primer fallo, que ordenaba el cierre del negocio. La Corte declaró: “La culpabilidad del acusado resulta probada por sus anuncios en diarios y por su propia confesión de que ha servido porciones de pollo frito con vino”. A pesar de esta espantosa confesión, Karas apeló a la Corte Constitucional, y entretanto continuó en su desafiante actitud de servir pollo y vino al mismo tiempo

que tocaba el tema de Harry Lime.

Perdió la apelación. Otro tabernero del mismo distrito decidió retirarse y por una suma sustancial le vendió su licencia. Y entonces la unión de patronos taberneros pareció satisfecha... pues se había mantenido el sagrado principio del monopolio de la venta de pollo frito y vino.

La estupidez burocrática se esfuerza también por interferir en el funcionamiento de la Naturaleza. En Egipto, la señora Nazla el Hakim, directora de una escuela de El Cairo, llamó a todas las maestras y les espetó una conferencia. Después de criticar el trabajo, la apariencia general y la moral de sus subordinadas, dijo lo siguiente: “Puedo autorizarlas a tener hijos sólo durante el mes de junio. De lo contrario, se perturba el desarrollo normal del año escolar”.

El amor puede reírse de muchas cosas... pero no de las directoras de escuela. Y las maestras de El Cairo se vieron obligadas a vivir en constante temor, no fuera que la cigüeña demostrara hacia la directora menos respeto que el que las propias maestras debían expresar.

La burocracia tampoco cree en la justicia. Hace algunos años se incendió la casa del brigadier C. E.

Hudson, en Chudleigh, Devon. El brigadier Hudson llamó a la telefonista y le pidió que enviara a los bomberos. Acudieron con mucha demora, y la casa resultó completamente destruida. ¿Qué había ocurrido? Como siempre, la burocracia. La telefonista sospechó que se trataba de una broma. De modo que telefoneó al sargento de la policía local. El buen hombre dormía profundamente. Al fin se levantó, se vistió, y fue en su coche hasta la casa. Cuando comprobó que el incendio era real, telefoneó al cuerpo de bomberos.

Luego, vino el epílogo... un ejemplo perfecto de lo que significa añadir el insulto a la injuria. Pues la Administración de Correos pidió al brigadier que pagara el teléfono destruido durante el incendio de la casa. Muy irritado, el militar replicó que bien podían olvidarse del reclamo, “en vista de que el instrumento podía haberse salvado si el servicio telefónico hubiera funcionado más eficazmente”. Pero la Administración de Correos se mostró inflexible. Según parece, perder la casa no era suficiente; el infortunado brigadier tuvo que pagar el instrumento que, precisamente, no le había suministrado la ayuda que tanto necesitaba.

En cierto sentido, las democracias occidentales

son afortunadas, pues en ellas es posible ventilar públicamente las estupideces cometidas por la burocracia. A veces se logra presionar a través de la opinión pública, y entonces se remedian ciertas situaciones. (Aunque a menudo son soluciones tardías e inadecuadas.) Pero en los países totalitarios las víctimas no pueden acudir siquiera a ese recurso (o por lo menos su utilización está severamente restringida). En los países comunistas la llamada “autocrítica marxista” es generalmente un arma empleada contra quienes (voluntaria o involuntariamente) se han apartado de la línea del partido; y aunque Pravda e Izvestia publiquen una columna de abusos y de estupideces burocráticas, en general el poderoso aparato del Estado sólo puede ser atacado por motivos políticos nunca por razón de su ineficiencia. Pues la burocracia es la nueva clase gobernante; el jefe partidario ha reemplazado al noble y al capitalista. En muchos casos se ha convertido en clase hereditaria, pues los funcionarios comunistas se preocupan de conseguir excelentes sinecuras para los miembros de su familia.

No es necesario señalar que la burocracia comunista es ineficaz. Los rusos siempre tuvieron la manía de los dokumenti, y muchos planes quinque-

nales se ahogaron en un mar de papeles. Nunca olvidaré la figura del sargento ruso, con su manchada túnica y sus bien lustradas charreteras, que examinó nuestros pasaportes en la frontera de la zona ruso británica de Austria. Insistió en que le presentáramos dokumenti, hasta que al fin nos vimos obligados a entregarle cuentas de hotel, menús, y el itinerario mimeografiado de la Asociación de Automovilistas. Estudió celosamente el material durante más de media hora; y como sostenía algunos de los papeles al revés, no creo que haya obtenido mucha información de todo ello. Pero la considerable masa de papeles seguramente lo convenció de que éramos personas que viajábamos legalmente, de modo que al fin nos dejó pasar... aunque no de muy buena gana.

Cuán estúpido puede ser el burocratismo comunista lo demuestra el lamentable caso de una gran fábrica húngara, que debía ser completada para cierta fecha, pues sus productos estaban destinados a alimentar otra media docena de fábricas. Se daban fechas y más fechas, pero la fábrica no estaba lista. Se concedieron otros tres meses; sin embargo, faltaba mucho para completar el trabajo.

Al fin, se envió una comisión especial al lugar de

la construcción. Volvió con informes alarmantes: a ese paso, dijo, jamás se concluiría el trabajo. Tantos departamentos habían participado en la planificación de la fábrica, era tanta la gente que procuraba esquivar responsabilidades, que en el lugar de las obras reinaba el más completo caos. Entre otras cosas, los planes establecían la construcción de dos edificios diferentes en el mismo lote; y durante meses nadie se había atrevido a señalar el error. Un grupo de obreros estaba levantando un galpón en un extremo, y otra cuadrilla había recibido orden de derribarlo, porque se habían modificado los planes; pero el capataz de la primera cuadrilla no había recibido aviso de los cambios introducidos. Se había comenzado la construcción de un gran edificio para la administración antes de haber excavado el lugar para los correspondientes cimientos; se habían tendido rieles sobre un lote destinado a construcción... y así por el estilo, hasta que, presas de la más absoluta desesperación, en la imposibilidad de poner orden en la confusión, resolvieron abandonar todo el proyecto.

6.

El lector dirá que he presentado aquí una selección deliberadamente unilateral de casos particulares; que casi todos los burócratas son eficientes e irreprochables. No es mi intención afirmar que la gran mayoría de los burócratas o empleados son estúpidos; pero sí creo que cada habitante de este planeta puede citar por lo menos un ejemplo de estupidez burocrática. Muchos podemos citar una veintena o más aún. Y si se suman todos los casos aislados, resulta un total impresionante.

No es de extrañar, pues, que hayamos desarrollado una suerte de órgano protector contra la burocracia; y que en nuestros planes y cálculos dejemos cierto espacio para los extravíos y las estupideces del aparato burocrático.

El arquetipo clásico del humilde ciudadano que se defiende contra las fuerzas ciegas e intangibles de la burocracia es el buen soldado Schweik, el héroe cómico de nuestra época. Enfrenta a la estupidez con estupidez; pero la suya es una especie de idiotez inspirada, con la que procura asegurar su propia supervivencia. Y su astucia es mucho mayor que la de los héroes de Kafka, que luchan contra fuerzas cie-

gas identificadas por algunos críticos con la formidable burocracia de los Habsburgo, y por otros con el pecado original de la humanidad. Schweik sobrevive y siempre sobrevivirá, pues la burocracia no puede atrapar a un sujeto tan resbaladizo, ni envolver a un individuo cuya pasividad es expresión de la más cabal agilidad.

En nuestro mundo moderno Schweik tiene muchos descendientes y camaradas. Así, por ejemplo, una firma británica de fabricantes de muebles escribió a uno de sus clientes: “Señor: Después que usted nos envió su estimada orden por 20 sillones medianos de roble, la Junta de Comercio dividió la orden y aprobó la entrega de sólo diez unidades. Le rogaríamos que nos envíe otra orden por 20 sillones para que la Junta de Comercio la reduzca a la mitad y tengamos de ese modo la cantidad necesaria de unidades”. Y a una joven norteamericana que solicitaba un nuevo talonario de cupones de racionamiento, para reemplazar al que había perdido, se le pidió que relatara detalladamente lo que había hecho para hallar el anterior. Y respondió con magnífica sencillez: “Miré en todas partes”. Creo que esta mujer había heredado parte del espíritu inmortal de Schweik; lo mismo que el caballero norteamericano

que introdujo mil cigarrillos en Dinamarca, a pesar de que los reglamentos sólo autorizan cincuenta por cada viajero. La noche antes de salir de Nueva York, este ingenioso turista encendió uno por uno los cigarrillos, aspiré una pitada y los apagó. Había hallado el punto ciego de la ley... la cual no prohibía la introducción de colillas de cigarrillos.

Simpatizo con el hombre que, cuando encuentra la pregunta “Raza” en una solicitud de visa, contesta simplemente con la palabra: “Humana”. Admiro el espíritu de una mujer norteamericana que durante la última guerra estuvo empleada en el Ministerio de Marina. Decidió renunciar. Cuando comunicó sus intenciones, sus superiores le explicaron que el asunto no era tan sencillo. Debía explicar por escrito los motivos de su decisión, obtener el permiso correspondiente y esperar que adiestraran a su reemplazante... y así por el estilo. La mujer regresó a su escritorio, caviló durante algunos instantes, y luego mecanografió brevemente una hoja de papel, que introdujo en un sobre. En la cubierta del sobre escribió: “No abrir hasta las 3.30 p.m.”, y la entregó al jefe de sección. Como buen burócrata que era, el hombre abrió el sobre a las 3.30 en punto. El mensaje que halló adentro era seco y definitivo: “Me

marché a casa”.

Casi idéntico ingenio demostró un jefe de departamento de un gran edificio gubernamental de Londres que se vio trasladado de un día para otro, con todo su personal, a un salón excesivamente pequeño para las necesidades del trabajo. Como la sala vecina estaba vacía, solicitó se le permitiera ocuparla, pero el pedido fue denegado. Era preciso adoptar una decisión rápida, de modo que consiguió una mesa y varias sillas, y puso a dos de sus empleados a trabajar en la habitación de marras. Luego pidió nuevamente, por conducto oficial, que se le permitiera utilizar el sitio. Después de varias semanas de espera, se repitió la misma negativa anterior. Pasaron otras tantas semanas, y al fin se encontró casualmente con el funcionario encargado de la distribución de los locales; consiguió acorralarlo, y le preguntó por qué no le cedían aquel sitio (supuestamente) vacío. El hombre respondió que “se reservaba la habitación para darle el mejor destino posible”. El departamento necesitó siete meses para descubrir lo que había ocurrido... y entonces se concedió autorización; al mismo tiempo, se aplicó una reprimenda al jefe de departamento por “haber adoptado una actitud unilateral”. Soportó la repre-

sión con auténtica paciencia cristiana.

7.

El señor Philip Fothergill, presidente del Partido Liberal británico, pronunció hace años un discurso en el que resumió la estupidez y la malignidad del burocratismo, mediante una versión moderna de la parábola del buen samaritano:

“El samaritano halló al hombre herido a la vera del camino, y telefoneó a los hospitales de Jerusalén y de Jericó. Debido a cierta desgraciada desinteligencia entre ambas instituciones, se produjo una demora de varias horas en el envío de una ambulancia, y cuando el vehículo llegó al lugar la víctima ya había muerto.

“No es posible censurar la actitud del samaritano que hizo tan poco. Debe recordarse que era ciudadano de una potencia sospechosa. Más aún, la visa de su pasaporte probablemente estaba vencida, y si hubiera caído en manos de la policía local seguramente habría sido encarcelado o deportado por las autoridades judías, en su condición de extranjero indeseable”...

Sería posible escribir nuevamente cada uno de los cuentos de hadas, cada parábola, cada relato de heroísmo según se vería afectado hoy por la estupidez burocrática. Pero ésta no es, ciertamente, una fuerza mítica o alegórica. En sus efectos generales, es quizás la forma más peligrosa y destructiva de la estupidez.

8.

Cuando el burocratismo alcanza su forma más elevada, más peligrosa y más aristocrática recibe el nombre de protocolo diplomático, de etiqueta internacional, de procedimiento propio del servicio exterior. Sea que debamos ver en el diplomático a un hombre “pagado para mentir”, como afirmó cierto francés cínico, o a un “espía glorificado y privilegiado”, como afirmó un norteamericano, está sometido a leyes y a reglamentos que en algunos casos tienen siglos de antigüedad, y son hoy aún más insensatos que originalmente.

Durante una generación entera una tremenda acumulación de archivos amontonó polvo en la biblioteca de la corte y del Estado de Baviera, en Mu-

nich. A principios de la década de 1870, Sebastián Brunner, prelado papal e ilustre historiador, examinó esta terrible montaña de papel y publicó los resultados de su trabajo en dos interesantes volúmenes (*Der Humor in der Diplomatie*, “El humor en la diplomacia”, Viena, 1872). Los archivos que había estudiado contenían los informes de los embajadores imperiales de Austria en Baviera de 1750 a 1790. Cómo estos informes estaban en Munich, cuando originalmente habían sido dirigidos a Viena, es un misterio que el propio Brunner no fue capaz de resolver. Como lo indica el título de la obra, se trata de un trabajo humorístico; lo cual no significa, naturalmente, que Sus Excelencias desplegaran mucho ingenio o que en sus despachos relataran historias cómicas. Las citas que monseñor Brunner utiliza son todas extremadamente decorosas y el estilo es un tanto pedestre; los autores jamás habrán creído posible que los lectores modernos hallaran nada reidero en sus largas, solemnes y pomposas parrafadas.

Se trata de un desfile de mezquinas intrigas de la corte; las conspiraciones y tramoyas de dignatarios sin importancia, los problemas de título, de rango y de precedencia; es decir, hormigas convertidas en

elefantes y montículos elevados a la categoría de montañas.

El 10 de abril de 1756 el embajador austríaco se queja amargamente de que sus sirvientes- ¡vestidos de librea!- deben pagar cierto derecho de peaje si llegan a las puertas de Munich después del toque de queda. Pregunta si los lacayos del embajador bávaro en Viena están sometidos a la misma exacción. Recibe una respuesta afirmativa. De modo que el embajador austríaco decide amenazar con el despido a cualquiera de sus servidores que se demore fuera de su residencia... cuando viste la librea que le sirve de uniforme. La discusión de este problema insumió trece hojas de papel de oficio. Finalmente, el 30 de abril, el embajador informa el canciller austríaco, príncipe Kaunitz, que el Elector de Baviera ha renunciado graciosamente al pago del peaje. “No podría decir si este desenlace favorable fue resultado de mi firmeza tenaz o si el Elector deseaba demostrar los sentimientos personales que le inspiró o si constituye el reconocimiento de la diferencia que existe entre un representante imperial y el de un electorado”.

El 6 de abril de 1770, cuatro páginas para informar sobre los preparativos de la visita a Munich

de una archiduquesa austríaca. Había obstáculos casi insuperables. El embajador austríaco exigía que la guardia de nobles que acompañaba a la archiduquesa pudiera cabalgar hasta el patio interior del palacio del Elector. El Elector se negó obstinadamente; la visitante podría ser acompañada solamente hasta las puertas del palacio. Y en esta ocasión de nada sirvió la tenacidad; el gobernante bávaro no cedió.

27 de marzo de 1778: Una conferencia, presidida por el Elector, para decidir un candente problema: si la cinta de la Orden bávara de San Jorge debía ser llevada sobre el hombro izquierdo o sobre el derecho. La conferencia se inclinó por este último criterio. El embajador se sorprendió mucho cuando, en la primera recepción de la corte después de la mencionada conferencia, el Elector llevó su propia cinta sobre el hombro izquierdo. El informe agregaba una circunstancia atenuante: “Sin embargo, Su Excelencia tuvo cuidado de llevar el Vellón de Oro en un lugar muy conspicuo”.

En la masa de informes, los problemas y las discusiones sobre cuestiones de precedencia ocupan un lugar prominente. Los enviados se aferraban a estos asuntos con desesperada tenacidad. No se

avenían a ceder ni una pulgada de los privilegios debidos a sus respectivos amos. El principio fundamental era doble: obtener el homenaje debido al señor de cada cual, e impedir que el embajador o el ministro de otra corte gozara de los mismos privilegios.

En 1761, el conde Podstaski participó en la elección del obispo de Passau, en carácter de representante del emperador. No se trataba de una ceremonia eclesiástica, sino civil; el emperador, en su condición de señor, otorgaba las propiedades episcopales al nuevo obispo, Clemens, príncipe real de la casa de Sajonia. Se trataba de una brillante y memorable ocasión.

Pero desde el principio mismo se produjo un lamentable choque entre el enviado imperial y el capítulo de Passau. El conde señaló el caso de una ceremonia similar, realizada en 1723, y exigió que los dos canónigos designados para recibirlo, rodeados por todo el séquito episcopal, lo esperaran al pie de la primera escalera, y que la misma escolta ceremonial lo acompañara mientras subía la segunda escalera, hasta el salón donde se realizaba la ceremonia de investidura. Por su parte, el maestro de ceremonias del capítulo presentó al conde un ante-

cedente aún más antiguo, que se remontaba a 1680; de acuerdo con este último, los dos canónigos no estaban obligados a recibir al enviado imperial al pie del primer tramo de escaleras, sino en el descanso entre el primer tramo y el segundo. Debido al apremio de tiempo, el conde se vio obligado a ceder, pero aclaró terminantemente que se reservaba sus derechos y que no consideraba la emergencia como precedente para el futuro.

Tuvo mucho más éxito cuando se discutió la disposición de los asientos. Durante la elección se sentó bajo un baldaquín negro, sobre un sillón cubierto de paño negro. Cuando el capítulo lo llamó, su sillón se distinguía de los ocupados por los canónigos gracias a un ribete dorado. Durante el banquete de celebración el sillón que ocupaba estaba forrado de terciopelo rojo. Bebió a la salud del emperador en un vaso de cristal servido en bandeja de oro; en cambio, brindó por el capítulo y por sus miembros en un vaso común; a su vez, el nuevo obispo bebió a la salud del conde en un vaso con tapa de plata.

Tampoco omite el conde la descripción de su ubicación en la mesa del Consejo. Los canónigos, a dextro latere, se hallaban cerca de la mesa; los que

estaban a la izquierda retiraron sus sillas para que el enviado imperial pudiera llegar a la mesa con toda dignidad y seguridad.

Al estudiar estos detalles, se advierte cuán difícil fue sin duda la vida de un diplomático. No es de extrañar, entonces, que todavía en la década de 1950, el señor Marcus Cheke, vicemariscal del servicio diplomático de Su Majestad, tuviera que componer una guía especial de las cortesías que necesitan desplegar los jóvenes diplomáticos británicos; para lo cual creó un mítico John Bull que va a Mauritania como tercer secretario del embajador de Su Majestad, Sir Henry Sello (como se ve, aquí aún los nombres tienen carácter burocrático). El pobre y juvenil John Bull comete una gaffe tras otra, y se ve superado y desbordado por el tercer secretario de la embajada de Holanda, un hombre mucho más experimentado. Este último vive sus días como un perfecto diplomático:

“Almuerzo con un banquero, toma cóctels en alguna de las legaciones, cena con un diputado, pasa la velada en casa de una dama que es amiga íntima del Ministro de Finanzas”

Parece un programa muy divertido, aunque cabe su poner que el tercer secretario dedica muy poco

tiempo al trabajo de la oficina. El señor Cheke da buenos consejos sobre la conducta en las comidas oficiales, recepciones, fiestas, partidas de bridge “en la casa de un extranjero”, relaciones con la prensa, y aún funerales:

“Muchas conexiones políticas muy interesantes han sido establecidas por el jefe de una misión extranjera en el curso de un convulsivo apretón de manos mientras desfilaba el cortejo fúnebre, y se han consolidado ofreciendo a esa relación reciente trasladarla a su casa desde el cementerio, en el coche del embajador.”

Duda: ¿Qué ocurre si la persona que es una “conexión política muy interesante” a) está demasiado abrumada por el dolor para estrechar manos, convulsivamente o de cualquier otro modo, o b) tiene su propio automóvil?

Es posible que para el joven John Bull la etiqueta sea menos rígida y la precedencia menos imperativa; pero sus antecesores en la diplomacia necesitaban estar constantemente en guardia, pues no podían prever cuándo darían el paso en falso que podía significar una vergonzosa caída. Por eso estaban siempre inquietos, siempre alertas, ocupados en librar eterna guerra de guerrillas sobre privilegios y

precedencias.

El conde Ottingen, enviado del emperador Leopoldo I, se reunió con los embajadores del Sultán en un lugar denominado Zalankemen, Hungría oriental. En el acto de desmontar, ambos grupos se vigilaban con ojos de lince, pues quien tocaba primero el suelo debía realizar una humilde reverencia frente al otro, todavía sentado en su montura. El conde austríaco era viejo y corpulento, y no estaba en condiciones de desmontar de un salto. Mientras forcejeaba por bajar del caballo, los representantes turcos permanecieron en la misma postura, con un pie en el estribo. Finalmente, el conde logró llegar al suelo... y en el mismo instante los turcos también tocaron tierra.

La planta del pie no era la única parte del cuerpo que desempeñaba un papel importante en la diplomacia; también era preciso vigilar otra región del cuerpo, ubicada en un lugar muy diferente. La tradición afirmaba que quien se sentaba primero adquiría preeminencia. En la conferencia de paz de Karlowac, se aplicó una ingeniosa idea con el fin de satisfacer los escrúpulos de precedencia de los representantes austrohúngaros, turcos, polacos y venecianos. Se construyó un salón circular, formado

por una sola cámara, con una mesa redonda en el medio. El pabellón de madera tenía cuatro puertas, y las tiendas de los enviados estaban frente a las cuatro entradas. A una señal convenida los embajadores abandonaban simultáneamente sus respectivas tiendas, abrían con estricta precisión la puerta que correspondía a cada uno y se sentaban en el mismo instante en los respectivos sillones. De ese modo, ninguno reconocía preeminencia a los demás, y se salvaguardaba la dignidad de las cuatro potencias.

Un problema semejante inspiró la misma solución a John o'Groat o por lo menos, así lo afirma la leyenda. John o'Groat (o Jan Groot) fue de Holanda a Escocia con sus dos hermanos, durante el reinado de Jacobo IV, y se estableció sobre la costa nordeste de Escocia. Con el tiempo, los o'Groat prosperaron, y su número aumentó; al cabo, se contaban ocho familias del mismo nombre. Una vez por año se reunían en la casa construida por el fundador de la familia; pero llegó el momento en que se planteó el espinoso problema de la precedencia, y John o'Groat prometió que la próxima vez que acudieran todos quedarían satisfechos. Construyó una sala de forma octogonal, con una puerta en cada uno de los

lados, y en el centro del recinto colocó una mesa también octogonal. Y esta construcción en las proximidades de Duncansby Head fue llamada después la “casa de John o’Groat”.

En cierta ocasión Federico el Grande nombró embajador en la corte de Versalles a un coronel, y el militar en cuestión tenía sólo una mano. La corte francesa quedó sumida en profunda perplejidad. Se les ocurrió que si nombraban embajador en Berlín a un hombre entero, el Rey de Prusia se reiría de los franceses. Se discutió y examinó el problema, hasta que al fin hallaron un diplomático que sólo tenía una pierna... que debió exclusivamente a esa deficiencia el nombramiento de embajador en la corte de Prusia.

Quizás se trata solamente de una anécdota, o de una invención satírica, pero la obra *Some choice observations of Sir John Finett, Knight and master of the ceremonies, etc.* (1565) incluye únicamente hechos relacionados con las curiosidades de la burocracia y del ceremonial. Sus “observaciones selectas” fueron publicadas sólo después de la muerte del autor; nunca pensó darlas a conocer, y escribió sus memorias sólo por placer personal.

Sir John se vio en graves dificultades con el

obstinado embajador veneciano. El astuto italiano había sido invitado a cierto festival de la corte, pero antes de comprometerse, mandó buscar al maestro de ceremonias y pidió que le repitiera, palabra por palabra, el texto de la invitación enviada al embajador francés. Luego, insistió en que su invitación fuera redactada exactamente del mismo modo, sin omisión de una coma o de una mayúscula. Sir John aceptó y se marchó a casa, abrigando la esperanza de haber resuelto el problema. Poco después llegó otro mensajero, jadeante y excitado: el enviado veneciano deseaba saber si también estaría presente el representante del Gran Duque. Sí, replicó Sir John. En ese caso, dijo el mensajero, rogaba al maestro de ceremonias que le informara cuál de los dos (el representante del Gran Duque o el enviado de Venecia) recibiría PRIMERO la invitación, porque de ello dependía la asistencia del diplomático veneciano. ¿Qué podía hacer Sir John? Aseguró al representante de la República que él sería el favorecido.

La maniobra diplomática más exitosa del maestro de ceremonias fue su arbitraje entre los embajadores español y francés, cuyas disputas eran interminables. El problema era grave, y hubo de celebrarse una conferencia. ¿Cuál de los dos debía

sentarse a la derecha del nuncio papal? Por desgracia, el mencionado nuncio sólo tenía un lado derecho. Sir John se vio en un aprieto, pero al fin descubrió una solución brillante. Pidió al representante papal que mandara buscar al nuncio residente en París. Monseñor se echó a reír e hizo lo que se le pedía. Ahora era muy natural que el nuncio de París se sentara a la derecha del londinense. Y por su parte, los dos belicosos embajadores podían hacerlo donde mejor quisieran. El francés eligió el asiento de la izquierda, porque de ese modo estaba más cerca del nuncio de Londres; el español votó por el de la derecha, porque así, aunque a un asiento de distancia, el lugar que ocupaba era más distinguido. Y ambos se sintieron satisfechos.

A veces era inútil apelar a ardidés o a recursos ingeniosos. Los propios embajadores resolvían el asunto apelando a la fuerza.

Así ocurrió en Londres, en septiembre de 1661. Llegó un nuevo embajador sueco, que en su propia nave remontó el Támesis. Con arreglo a la etiqueta de la corte, el carruaje real lo esperaba en la Torre; el enviado subía al coche y era trasladado a Whitehall. Los carruajes de los restantes diplomáticos extranjeros solían unirse a la procesión. Y aquí sur-

gió la violenta disputa: ¿Cuál de los carruajes debía seguir inmediatamente al que ocupaba el embajador sueco? ¿El español o el francés? El rey Carlos se encogió de hombros y declaró que los caballeros en cuestión bien podían arreglárselas solos. Así lo hicieron, de acuerdo con sus propios métodos diplomáticos.

El gobierno inglés sabía que este ajuste de cuentas podía degenerar en batalla campal; por consiguiente, procuró mantener a sus propios ciudadanos fuera del asunto. Las tropas formaron una sólida muralla destinada a impedir el paso de los curiosos. Los ingleses no se inquietaron mucho ante la posibilidad de que hubiera cierto número de cabezas rotas, o de que se produjeran situaciones más graves aún, siempre que el caso afectara solamente a extranjeros.

El embajador sueco debía llegar a las tres de la tarde. El cortejo español apareció a las diez de la mañana... es decir, el carruaje y cincuenta hombres armados. Los franceses acudieron un poco más tarde, y ocuparon una posición menos ventajosa. Por otra parte, reunieron para la ocasión unos ciento cincuenta hombres: cien soldados a pie y cincuenta jinetes.

Apareció la nave con el embajador: el enviado sueco desembarcó y ocupó su sitio en el carruaje real. Apenas éste inició su marcha, los antagonistas, que habían estado lanzándose miradas de fuego, se arrojaron al ataque. Los españoles formaron una línea para proteger su propio carruaje, que aprovechando su mejor posición avanzó en pos del diplomático sueco. Los franceses lanzaron una andanada y luego desenvainaron las espadas. Fue una batalla en toda regla. Los españoles lucharon con desesperada furia, y no cedían una pulgada al número superior de los franceses. Hubo doce muertos y cuarenta heridos. Es decir, hubo otra víctima... un burgués de Londres cuya curiosidad resultó fatal, y que recibió un balazo en la cabeza.

Aparentemente, los franceses eran mejores tácticos, pese a todo el heroísmo de sus oponentes. Habían puesto en reserva otra tropa montada, con la misión de perseguir al carruaje español, atacarlo y cortar las tiraderas del vehículo. Todo se desarrolló de acuerdo con el plan, salva que, milagrosamente, las espadas no hacían mella en las tiras de cuero. Pues los españoles fueron más astutos aún: habían puesto cadenas de hierro en lugar de tiraderas comunes, y las habían cubierto de cuero para disimular

los eslabones de metal.

Concluyó la batalla, pero la disputa continuó desarrollándose con más furia que antes. Luis XIV, encolerizado, se arrancó la peluca. Envió de vuelta al embajador español, y llamó al representante francés en Madrid. Pareció que estallaba la guerra. Pero España tenía conciencia de su propia debilidad, y debió ceder. En presencia de la corte de Versalles y de veintiséis enviados extranjeros, el marqués de Fuentes, embajador de España, formuló una solemne declaración, en la que España reconocía la precedencia de Francia. Para conmemorar este acontecimiento, de tan trascendental importancia, Luis mandó acuñar una medalla. De un lado había una cabeza coronada de laureles, del otro estaba el rey sentado bajo el baldaquín de su trono, y ante el monarca el embajador español, en actitud, de evidente humildad, rodeado por los restantes diplomáticos extranjeros. La inscripción de la medalla decía: IUS PRAEDEDENDI ASSERTUM, CONFITENTE HISPANORUM ORATORE. ¡Lo cual valía sin duda tanto como una docena de campañas victoriosas!

VI

LA ESTUPIDEZ DE LA JUSTICIA

1.

Antaño, el juez se ponía sus vestiduras, se ajustaba la peluca, y abandonaba su condición de ser humano. Era una máquina que dispensaba justicia... o lo que entonces se consideraba justicia. Expulsaba de su mente la frase de San Pablo: “Pues la letra mata, pero el espíritu da vida.” San Lucas lo expresó con mayor claridad aún: “¡Desgraciados de vosotros, abogados! ¡Pues habéis perdido la llave del saber!”

El juez- el juez que condena, el hombre del párrafo y del precedente- no se interesaba por la persona del acusado ni por la intención que el hecho

ocultaba, sino sólo por el hecho mismo. Las penas prescritas por la ley eran aplicadas sin piedad. No había circunstancias atenuantes, ni piedad, ni comprensión.

Eran los jueces que aplicaban el concepto de retribución, y que han sobrevivido hasta nuestros días. En el otro extremo de la escala se encuentran los jueces demasiado humanos. Parecen particularmente frecuentes en los Estados Unidos, donde un magistrado de Nueva York invitó al acusado a sentarse con él y a tomar una taza de café; donde otro, en Greenville, Mississippi, resolvió poner a votación de los espectadores si cierto asesino convicto debía morir en la silla eléctrica o ser condenado a prisión perpetua. Finalmente se resolvió sentenciarlo a prisión, por la holgada mayoría de quinientos noventa votos contra diez. O está el caso del juez de circuito de Harlan, Kentucky, que entró tambaleando al tribunal, después de una francachela, y descubrió que acusadores y acusados estaban cansados de esperarlo. Al día siguiente se aplicó a sí mismo una multa de doce dólares por haber bebido en exceso, pero no se puede afirmar que esa medida lograra restaurar su deteriorada dignidad.

El juez medieval, con toda su terrible majestad,

jamás se habría hecho culpable de semejante conducta. Podía emborracharse, pero ciertamente jamás se aplicaba multas. Tampoco era raro que enviara niños al patíbulo. En la famosa Biblioteca Széchenyi de Budapest hallé una detallada descripción del proceso de una niña de trece años, Margarete Dissler, que en 1780, en pleno período del Iluminismo, fue sentenciada a morir decapitada. En el volumen correspondiente a 1681 del *Sonntagischer Postillon* de Berlín (Nº 30) hay un informe sobre el caso de una muchacha de catorce años de edad, que fue sorprendida cuando pegaba fuego a una casa. Hoy diríamos que se trata de una piromaniaca, y trataríamos de curarla mediante un cuidadoso tratamiento psiquiátrico. En 1681 fue condenada a muerte, decapitada y su cuerpo quemado públicamente. El *Vossische Zeitung* trae en el número 112 de 1749 la crónica del proceso a una bruja, en la región de Baviera. La bruja fue quemada, y se descubrió que había iniciado en sus “malignas prácticas” a una niña de ocho años. La niña fue arrastrada al patíbulo, donde el verdugo le abrió las venas.

Tiempos de horror, que es mejor olvidar. Excepto que, en la Alemania nazi y en Rusia comunista, la edad límite para la responsabilidad penal ha

descendido hasta el punto en que muchachos y niñas adolescentes han sido enviados a prisiones, campos de concentración o, en centenares de casos, ejecutados por el hacha o por el pelotón de fusilamiento. A medida que desaparecía el sentido de justicia de estos países, se revivían sin vacilar principios y castigos propios del Medioevo.

Hoy, una sirvienta que cediera a la tentación y robara unos pocos chelines sufriría una multa o sería puesta en libertad condicional; hace un siglo o dos era colgada.

Hoy, la infortunada madre soltera que destruye a su hijo en un acceso de terror, va a la cárcel por pocos meses o años; antaño, era enterrada viva, y se le clavaba una estaca en el corazón.

La justicia de épocas más primitivas no renunciaba a sus rígidas exigencias de retribución aunque el malhechor escapara. Se aplicaba la sentencia in effigie. Si el delincuente había sido condenado a muerte, se fabricaba un muñeco de paja; el artefacto era transportado a la plaza principal de la ciudad, donde se armaba el patíbulo.

Allí, en presencia de la efigie, se leía solemnemente la sentencia; y luego se ordenaba al verdugo que cumpliera su deber. Sin olvidar una sola de las

exigentes normas de su oficio, el verdugo ahorcaba al “condenado”. Únicamente omitían llamar a un médico para que certificara la muerte.

Si la sentencia era particularmente severa y ordenaba quemar el cuerpo, también se ejecutaba esa parte; el verdugo retiraba el cuerpo “muerto” del criminal y colocaba el “cadáver” sobre una hoguera, para edificación y entretenimiento del público.

La letra implacable y feroz de la ley debía ser aplicada rigurosamente, aunque el criminal estuviera muerto.

El inhumano principio de la retribución (desde cierto punto de vista podría hablarse de una “retribución nacionalizada”) debía obtener satisfacción.

Un buen ejemplo de lo antedicho es la exhumación de Cromwell y de sus compañeros, que habían sido sepultados en la abadía de Westminster. Los regicidas debían ser castigados aún en la tumba. El 30 de enero de 1661 (aniversario de la ejecución de Carlos I) los ataúdes de Cromwell y de sus dos asociados fueron retirados de sus sitios y los cadáveres descompuestos fueron llevados a Tyburn. Allí se los dejó colgados hasta el anochecer, en que fueron decapitados y enterrados bajo el patíbulo. Naturalmente, este raro espectáculo atrajo considerable

público. Las damas de la aristocracia consideraron un deber acercarse a Tyburn y recrear sus ojos en la novedosa escena. Sin duda tenían excelentes nervios. Pepys registra en su diario los acontecimientos del día: oyó un sermón, recibió una carta de su hermano y llamó a Lady Batten... que acababa de regresar de Tyburn, con la señora Pepys. Es evidente que el hecho le pareció bastante natural, pues en sus anotaciones no formula ningún comentario sobre la excursión.

Es característico del formalismo del antiguo sistema judicial que los casos criminales se desarrollaran de acuerdo con las mismas reglas y procedimientos aplicados a los casos en que se juzgaba a personas vivas. La única diferencia consistía en que se nombraba a un representante del cadáver, para que desempeñara el papel de abogado defensor... pues desgraciadamente el cadáver no podía argumentar. He aquí el procedimiento en el caso de los suicidas, según el relato de un informe fechado en 1725:

“El fiscal del Rey en Fontain-des-Nonnes inició juicio criminal contra Jacques de la Porte, empleado del tribunal de Marcilly, en su carácter de defensor del cadáver de Charles Hayon. En el curso de la au-

diencia se estableció que el arriba mencionado Charles Hayon, residente en Chaussée, se mató voluntaria y malignamente, atándose las piernas y arrojándose al arroyo, donde se ahogó. Se sentenció al cadáver a permanecer boca abajo, desnudo, sobre una parrilla de madera, y a ser arrastrado en ese estado por las calles de la comuna de Chaussée.”

Se han conservado también los documentos del proceso en que se juzgó el cadáver del asesino de Enrique III (*Collection des meilleurs dissertations, etc.*, por C. Leber, J. B. Salgues & J. Cohen, París, 1826. El informe aparece en el volumen XVIII de la serie.)

Nueve testigos fueron llamados a declarar, y todos declararon bajo juramento que Jacques, Clément había apuñalado al rey, y que entonces los guardias reales y los cortesanos se habían arrojado sobre el asesino, matándolo en pocos instantes. Todos conocían bien el episodio, pero ello poco importaba. Se leyó la sentencia en nombre de Enrique IV, sucesor del monarca asesinado, y después del preámbulo habitual, se estableció lo siguiente:

“Su Majestad, después de oír la recomendación del Consejo Judicial, ordeno que el cadáver del arriba mencionado Clément sea descuartizado atando cuatro caballos a los cuatro miembros, y luego

quemado, y las cenizas arrojadas al río, para destruir todo rastro de su recuerdo. Dado en Saint Cloud, el 2 de agosto de 1589. Firmado: Enrique.”

Y más abajo se lee una anotación:

“Sentencia ejecutada el mismo día”

En Francia el descuartizamiento era sentencia reservada a los regicidas. Enrique IV no sabía que también él caería víctima de la daga de un asesino, y que Ravailac, su matador, sufriría vivo la misma suerte que corrió el cadáver de Clément.

¡”Para eliminar todo rastro de su recuerdo”! ¿Acaso el gobierno soviético no siguió el ejemplo del siglo XVI cuando ordenó a los suscriptores de la Enciclopedia Soviética eliminar las páginas que contenían la biografía y la fotografía de Lavrenti Beria? ¿O cuando Goebbels ordenó que Lorelei, de Heine, fuera incluido en los libros de texto alemanes con la indicación: “Autor desconocido”? El principio es el mismo, aunque las aplicaciones (o los sujetos sufrientes) sean distintos.

La cosa era un poco menos trágica cuando la ley descargaba sobre objetos todo su draconiano vigor.

El 8 de abril de 1498, la muchedumbre florentina, que se había rebelado contra Savonarola, saqueó el monasterio de San Marcos. Uno de los adeptos

del gran reformador echó a vuelo las campanas. Al oír la señal, la gente del monasterio se reunió y resistió un tiempo; al fin, la turba triunfó. El resto es historia bien conocida. Pero poca gente sabe que la horrible muerte de Savonarola en la hoguera no satisfizo el espíritu de venganza del partido victorioso. También la campana debía ser castigada. Ese mismo verano los prohombres de la ciudad dieron su fallo. La campana fue retirada de la torre y, arrastrada por asnos, fue paseada por toda la ciudad, mientras el verdugo la azotaba... lo mismo, precisamente, que hicieron los esbirros de Jerjes con el Helesponto.

2.

Aún más extraños que los casos relativos a cadáveres o a objetos inanimados fueron los juicios en que se acusaba a animales.

Mucho se ha escrito sobre estas extrañas aberraciones, blanco fácil de muchos humoristas. Pero la ley de la Edad Media (y aún de épocas más modernas) castigaba a los animales sobre la base de un sistema lógico.

Algunos de estos juicios buscaban la eliminación

o expulsión de plagas animales. Esta categoría de procesos caía bajo la autoridad de los tribunales eclesiásticos... quizás porque la Biblia se ocupa de tantos casos y tribulaciones semejantes.

La otra categoría era el juicio a animales que delinquían “individualmente”; aquí, el objetivo era castigarlos por sus “malvadas actitudes”. Estos eran juzgados por los tribunales civiles.

De todos los desastres naturales sufridos durante la Edad Media, las plagas animales eran los más espectaculares y más temidos. Langostas, orugas, escarabajos, serpientes, ranas, ratas, ratones, topos... parecía que periódicamente se rompía el equilibrio de la Naturaleza, y estas pequeñas pestes se combinaban para devastar regiones enteras. Se arruinaban las cosechas, y a menudo se padecía hambre. La ciencia medieval nada podía hacer. La gente no obtenía ayuda de los eruditos, y se volvía hacia el cielo y la religión.

Tan súbitos y despiadados ataques sólo podían explicarse mediante la acción de una fuerza demoníaca y sobrehumana. No era que las langostas devoraran las cosechas, ni que los ratones royeran las raíces... el demonio o sus ayudantes se habían posesionado de los dañinos animales.

El pueblo aterrorizado esperaba que sus sacerdotes combatieran la plaga maldiciendo o exorcizando al Espíritu Maligno.

Pero esta excomunión o exorcización tenía sus propias reglas, estrictamente determinadas. El formalismo de la Edad Media habla arraigado en la ley canónica tan profundamente como en el derecho civil; ello es fácil de explicar, pues en ambas esferas eran casi siempre juristas legos los que deformaban y retorcían, tejían y entretejían, corregían y fabricaban, los párrafos y las cláusulas.

Por consiguiente era preciso observar los formalismos legales y las reglas del tribunal aún en el proceso de la excomunión: acusación, nombramiento de un defensor, proceso, discurso de la acusación y discurso de la defensa, sentencia. Todo lo cual hoy nos parece bastante cómico; pero desde el punto de vista de la época no era más extraño que muchas tradiciones que han sobrevivido hasta nuestros días. Aún se busca pólvora oculta en los sótanos del Parlamento británico, lo mismo que en tiempos de Guy Fawkes; no hace mucho tiempo un abogado de Jersey planteó ante el Tribunal Real el antiguo derecho normando a echar mano del *Clameur de Haro* en un litigio de tierras. El alguacil sigue